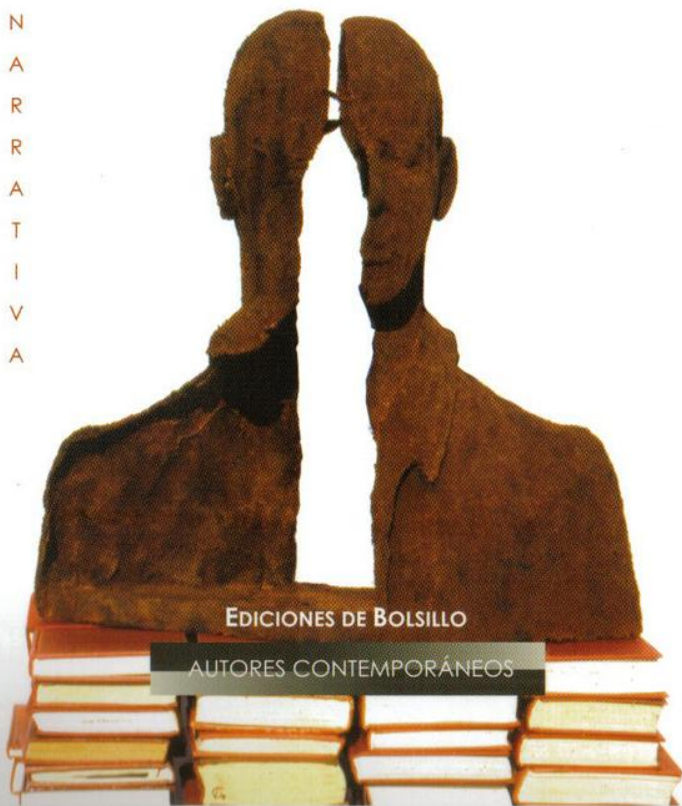


CÉSAR VALDEBENITO
Correcciones Elementales

N
A
R
R
A
T
I
V
A



Correcciones Elementales

PRIMERA PARTE

Mediado de año, estación insoportable.

Francisca amaba las salas de baile e ir con esos tipos que escupían y hueveaban, sacándose o poniéndose calzones y sostenes, y fulanos que fumaban y brincaban como sapos (lo que hacían a las mil maravillas). Les aseguro que ella podía construir una vida allí. Yo no. Allí se iba gran cantidad de dinero, de oxígeno y parte importante de mi vida. No era ni bueno ni malo, era horrible. Me daban ganas de gritar: "Ya está bien. ¡Acaben con la mierda! ¡Aquí no hay nada que yo no pueda hacer en 10 minutos y ustedes llevan horas haciendo el tonto!" Un día lo grité, pero mi grito desapareció entre la música. El punto era que eso no estaba mal; estaba bien, pero no suficientemente bien. Quizá, todos ellos, ya lo han olvidado, porque las cosas pasaban tan rápido en aquellos tiempos. Comprendía que la sala de baile era su victoria, su premio, su venganza, su religión.

Recuerdo una de las discusiones. Francisca en el sofá, viendo un video, gritaba: "¡Quiero bailar! ¡Quiero vivir!" Ella siguió observando el video. Estaba de espalda a mí. Una espalda pequeña, malvada. Una espalda que se siente estúpidamente segura de sí misma. Eso me enfureció. "Me largo", dije. "Tú no te largas", afirmó. Una espalda con la que no era posible entenderse. Pretendía que se callara; que se volviera hacía mí, pero sentía tal rechazo hacia ella, que no quería tocarla. Tiré un plato al suelo. Se quedó muda, pero no se dio vuelta. Dejé caer una taza, arrojé otra. Vi, en su espalda, que tenía miedo, pero era obstinada y no le importaba y no pretendía rendirse. Una de las últimas noches que conversé con ella, pasamos una hora caminando por el Paseo Peatonal. Llegamos a Prat y nos metimos en un bar. Había un montón de tipos y de niñas con camisas rojas o trajes

completos (espeluznante). Habían, también, chulitos que se ganaban la vida por la noche con tristes homosexuales. Francisca entró con los ojos entornados para verlos bien. Había maricones, marinos hoscos, delgados y enajenados yonquis y universitarios bien vestidos o en camisetas desteñidas con la cara de Ghandy, Alí o Marilyn Monroe. Era uno de los tugurios en el que se podía fraguar toda clase de planes turbios y cualquier tipo de actividad sexual para amenizarlos. Echamos un vistazo aquí y allá. Nos miramos. Esa noche no dijimos nada importante. Al final no podía ver bien su cara, un adefesio recogió los vasos y arrugó las servilletas.

Salí a la calle y di vueltas por el centro. Salí del centro y crucé un barrio residencial. Vagué por esas calles semivacías hasta encontrar una plaza, y la plaza no se me antojaba a nada de nada, regresé a mi casa y el silencio era sepulcral. Subí al segundo piso, crucé el pasillo y entré al baño; junté la puerta y me quité los zapatos, los calcetines, el pantalón, el calzoncillo y la camisa. Largué el agua. El sol atravesó la celosía. El agua fría corrió por mi cuello. Bajó por mi espalda. Mientras estaba allí escuché abrir la puerta de la casa. Oí el sonido de los tacos de mi madre subir la escalera.

—¿Claudio? —preguntó.

—¡Sí!

—¡Dios! ¿Y qué pasa con el escritor? —gritó, burlándose.

—¡El escritor es el que pone la sangre, las bolas y el cerebro o ausencia del mismo! —le repliqué.

La oí detenerse en el pasillo.

—¿Claudio, quieres un trocito de queque y café?

—Sí, sí.

—¿Con chocolate encima?

—Vale.

Se rió de mí. La escuché entrar a su pieza y cerrar la puerta. Corté la ducha. En ese momento entendí que necesitaba terminar aquella relación con Francisca, que ya no me interesaba. Francisca era una buena muchacha. Sí, eso era, una buena muchacha. Sin embargo, cuando descubrí que, además, se había convertido en una gran mentirosa, me sentí completamente engañado (hasta cuando iba a beber cerveza con una amiga decía que iba a comprar el diario y una vez la hallé mamándosela a mi padre). Había amado su infelicidad silenciosa, expresada sólo en la sexualidad y sensualidad. A la mañana siguiente me di cuenta que, de alguna manera, se había acabado. Muy temprano tomé la micro que me llevó a su casa. En el amanecer gris y sucio miraba ansiosamente por la ventanilla: casas rojas, palmeras, cines, jardines; pasaban automóviles en dirección al centro, hacían gestos frenéticos; toda aquella locura, la tierra prometida. Hacía frío. ¿Qué me dicen de eso?

Aquella temporada terminé con Francisca, o mejor dicho, fue una determinación de común acuerdo. Cuando le di a conocer mi intención ella se tendió en el sofá, indecisa, sin inquietarse, y siguió cavilando como un espíritu realmente cavilador y, al final, aceptó encantada. Entonces me invadió la sensación de que todo había muerto. ¡Desatado! ¡Libre! Liberado de un cautiverio del que, en el fondo, deseaba seguir cautivo. Ernesto me propuso que lo tomara con calma, me contó un chiste, lo expresó bastante enfervorizado, hastiado de tanta sensibilidad, y me subió un poco el ánimo. Ernesto era un tipo alto y tieso como un palo, un mechón de pelo le caía

sobre un ojo. Él estaba convencido de ser un buen amigo, sincero, leal; aunque yo estaba rodeado de tantos amigos sinceros y leales que esas palabras no eran más que adjetivos para mí. Ernesto parecía un tipo relajado por el sencillo hecho de fumar marihuana continuamente. Ernesto me confesó que estaba enamorado de Carlota. Yo le confesé que, si fuera él, me daría un buen revolcón con ella y la trajinaría sin contemplaciones. Bostezó y se tapó la boca con la mano. Luego disfrutamos comentando aquella vieja historia de Carlota; un año antes, abril de 1991, encañonó a un hombre. El hombre había sido el esposo. Lo obligó a arrodillarse en el polvo suplicando que le perdonara la vida. Ella le apuntó con un revólver (una reliquia que el padre de Carlota había adquirido en una subasta) y le cantó cuatro verdades, mientras los ojos del ex marido se llenaban de lágrimas. Trató de hacerle comprender que no podía seguir pisoteando los sentimientos de la gente, pero el ex marido, simplemente, lloraba, temblando de miedo y asegurándole que todavía soñaba con ella, asegurándole que guardaba la carta de amor que ella le hizo llegar hace mucho tiempo y que la leía noche tras noche. No sé por qué aquello me pareció penoso y, si no me engaño, ridículo, más allá de cualquier expresión. No sé por qué me pareció tan penoso y ridículo, pero así lo sentía.

A Ernesto y a mí la historia nos abrió el apetito. Un deseo fuerte y muy firme salía de nuestras entrañas, en consecuencia pasamos a la Fuente Alemana. Nos metimos en el local como si fuéramos multimillonarios pidiendo completos y bebidas. Comimos con ganas y fruición; en un segundo despachamos los platos. Yo robé la propina que Ernesto dejó a la camarera, las otras camareras pusieron caras consternadas. Ernesto soltaba risas y hablaba sin parar. Me explicó que los animales también amaban. No discutí. Es posible. ¡Qué sabía yo! Ni siquiera estaba seguro de si las mujeres amaban o si nosotros amábamos. No es que el mundo haya dejado de amar exactamente, sino que estaba falto de genuina

lujuria. ¿Qué había ocurrido? ¿Un suspenso, un momento apoteósico o emocionante? Salimos a la calle, doblamos en la esquina y nos despedimos. Pensé en Maka. A Maka le gustaban los preservativos, a mí no. Francisca usaba pastillas. A Francisca siempre le quedaba la ropa perfectamente ajustada. A Maka le fascinaba acariciar al perro más roñoso de la plaza. Me parecía tierno y divertido verla acariciar a los perros de la plaza. Era humana. Paula decía que éramos la pareja perfecta, "pues la terre est ronde". Pensé en Maka y Francisca. ¡Mujeres!, pensé.

Miré el espejo. Apareció el tipo delgado, el mocosito que olía a arte por todos lados. Se veía que había nacido para crear, para crear cosas magníficas. Un tipo totalmente libre, nunca perturbado por algo tan trivial como una jaqueca o dudas sobre sí mismo. Lenitivo. Placentero. Oooh, ipuaf! Me adoraba a mí mismo, pero no me gustaba en el espejo. Y lo que me cagaba era que creía ser casi un genio, pero no lo era: yo no era nada. Entonces, Maka entró al baño y preguntó qué pasaba.

—Por favor, estoy tratando de borrarlo de mi mente. Es absolutamente estúpido —expliqué.

Supongo que los dioses la habían enviado para salvarme o para terminar de poner mi cuello bajo la hoja de la guillotina. Yo continué mirándome al espejo.

—Vamos, corta el rollo —dijo.

—Está bien... mierda... salgo enseguida, me voy a hacer una paja primero.

—¡Tú sí que te controlas, machito! ¿Cuándo me toca?

—Tengo buenas noticias.

—Quiero escucharlas.

—Todo lo que quede es solamente tuyo.

—¡Hombre, eso es realmente maravilloso!

Asentí con la cabeza. Y luego dije:

—Maka, eres buena, eres realmente buena.

Dos noches después Maka estaba desnuda sobre la cama y yo en calzoncillos, habíamos puesto una música muy suave y ninguno de los dos deseaba echar un polvo, ya que a mí, en ese instante se me ocurrió que era una tarea digna para un Hércules del Sexo, lo que yo no era, y cuando empezamos a dormir ella me hizo recordar —al susurrarme al oído *eres un chiquillo desesperado*— la desesperación de mis trece años. En la entrada del caracol por Caupolicán, yo era un bicho flaco de pelo largo, me resbalé en la acera y cuatro carabineros enormes saltaron sobre mí y me golpearon en la cabeza repetidamente. El pelo me volaba por la fuerza de los golpes. Después de cada golpe uno de ellos me amenazaba con matarme por medio de unos pistoleros alquilados. De las sienes me comenzó a fluir sangre. No gritaba ni lloraba, sino que, presa del estupor, me arrastré hacia la cuneta y en el instante que un palo reventó mi ceja derecha distinguí a un fotógrafo que me enfocaba y le hice el signo de la victoria con los dedos. Hacia el final de las imágenes, abrí los ojos y Maka lloraba viendo como entraba y salía mi fallo y escuchaba que le hablaba sobre las torturas que yo inventaba. Una de mis invenciones favoritas era amenazarla con conseguir un taladro de dentista para perforarle el cerebro, lo que a mí mismo me llegaba a provocar escalofríos. Y mientras yo seguía royendo su cuerpo, ella esperaba que aquello terminara pronto, para —y esta es una de las pocas cosas que puedo esgrimir con seguridad— poder comenzar de nuevo a esperar o para seguir esperando, después de la música final o aun durante la música final. ¿Qué hubiera sido de los dos si aquello hubiera acabado de repente? Y cuando luego aquello se acabó de verdad, empezamos enseguida a hacer del final un nuevo principio lleno de esperanza, porque, entre nosotros, el final era siempre un principio,

y había esperanza en todo final, aun en el más definitivo de todos los finales.

Tanto tiempo sin una vagina voraz y sin arrumacos y yo proclamando la dulzura y por fin comenzaba a recoger el fruto. Ella, la cama y el espejo, de alguna forma, me podían matar de manera majestuosa, deliciosa, delicada; pero nunca volvería a estar tan cerca de mi libertad como en ese período, en que sentí temor y odio; y al mismo tiempo, me sentí libre y amado. Y el destino golpeaba y la alegría aullaba.

En esa época lo que los "escritores" publicaban comenzaba con: "Lo que nunca pensó Pedro Almíbares de las Mercedes... etc., etc., etc.", es decir, se iniciaba con un párrafo totalmente absurdo, insípido, previsible. Sólo a cierta clase de escritor se le ocurría algo como eso, y a los más estúpidos, lo peor de eso. Así es como yo decidí escribir a costa de mis propios pesares; me propuse narrar situaciones auténticas, extraídas directamente de mi vida o de la vida que me rodeaba, situaciones comprobables, de las que era responsable, tenía que ser el responsable, no podía ser nadie más y con las que yo intentaba acceder a la vida sin éxito. Por ejemplo: el sadismo latente de mi primer polvo, y/o sobre el día en que acompañé a Maka al entierro de su padre; y, luego del funeral, la madre de Maka (demacrada, guapa), convertida en un impresionante modelo de decoro, me confesó que trabajaba para la CIA, y/o sobre el chalado que se montó a mi ex novia. Esa clase de incidentes. Historias sencillas o difíciles de explicar, que había vivido, que había oído. Situaciones que me trepaban cual gato por la espalda. Las innumerables trivialidades malignas o espléndidas, o pequeñas y baratas.

Trivialidades que llevaba pegadas a la piel. Debía contar uno a uno los embrollos que me pasaban y que me seguían pasando. Historias de padres (mujerriegos que no tienen otra elección) de mi madre (que se hacía pasar por una santa y era una víbora; cada vez que la acompañaba al médico, un viejo con cara de orangután que se desplazaba en una silla de ruedas; le metía la lengua estropajosa entre las piernas, lo que para ella, a su edad, constituía una felicidad inmensa). Y así, debía contar las historias de abuelitas (chillonas), amigos o amigas (despedazándose por un antiguo adulterio), de la primera pareja que había tenido o de ex parejas con sus largas series de desencuentros familiares tras los cuales quedaban abandonadas en la calle como bandera de fiesta, tal como una noche de febrero cuando llegó Francisca a mi casa. Estaba mojada (por uno de esos estrepitosos aguaceros que caen en verano en el sur) y triste. Resultado: Francisca no debía irse a su casa. Debía quedarse y descansar bien toda la noche. Ella me impecionó interrogativamente.

—¡Por supuesto, por supuesto! —dije— Yo no echaría a mi peor enemigo en una noche como esta.

Lo más horripilante de la escena, cuando pienso en ella, es que Francisca se puso un camisón (que extrajo de su cartera) flojo y semi abierto por el cual pude distinguir claramente la deliciosa mata pubiana. Si hubiera tenido una mata más frondosa y un poquitín más pelirroja habría estado perfecto. Sin embargo me asusté, ya que era el día de San Valentín y acababa de dar la una de la mañana. En ocasiones, a esa hora, Maka se escapaba hasta mi casa. Así es que cuando golpearon la puerta quedé tan pasmado como si mi alma pendiera de una cisterna sin fondo. Desesperado, aterrado, comprendí que aquello era una pesadilla sin fin. Cuando abrí la puerta, al contrario de lo que esperaba, encontré a Romina y a Carlota completamente borrachas. Las dos parecían haber recibido una paliza. Tuve que desvestirlas y meterlas entre las sábanas. Cuando entraron a mi pieza ni

se percataron que allí había otra mujer, pero qué importaba. Cuando creí que estaban ya profundamente dormidas, se les ocurrió hacer pipí. Tambaleándose y tropezando se dirigieron al baño. Al regresar se golpeaban con las mesas y las sillas, caían, se levantaban, resollaban y sin abrir un ojo volvieron a meterse entre las sábanas.

—Y ahora. ¡Obsérvame! ¿Qué soy? —dijo Francisca—
¿En qué me he convertido? Soy una pelmaza aún más embustera que tu Maka.

—No eres una embustera.

—No tienes por qué ser bondadoso.

Durante un momento creí que ella iba a estallar en lágrimas y sólo pensar en eso me resultaba repugnante. Entonces puso unos ojos bribones, zalameros, tiernos y se tornó muy atenta. ¡No me contradecía en nada! Y yo tampoco. La desnudé y no se me levantó. En ese estado de delirio me era más difícil imaginarme amándola a ella que amando a una araña.

Esas son las escenas que estaba más que dispuesto a contar.

Cada vez que se acercaba D.J.Preiss era la visión de un ángel regresando del infierno. Preiss, en un momento u otro, intentó (y en muchos casos lo logró) coaccionar sexualmente a casi todo: un florero de porcelana, argollas, un niño muy pequeño y un octogenario. Incluso el cadáver de una mujer, con el que se había quedado durante diecisiete minutos en el pasillo subterráneo de la morgue del Barrio Universitario en una gélida noche de invierno. Aunque su más soberbia hazaña la llevó a cabo con el cerdito de un vecino que luego fue el deleite del festín de año nuevo. El bruto se llenó la panza con la

rozagante carne del cerdo que le había proporcionado un furibundo coito y cuando lo contaba se reía como condenado. Preiss, de pequeño, había sido una niña tierna, hasta que las hormonas masculinas destrozaron su identidad sexual, lo que hacía presagiar invariablemente un destino trágico. Sin embargo, a los quince años, un cirujano argentino le injertó un enorme penecillo y le cercenó los incipientes senos, después de lo cual, él, adquirió una moral no muy severa. Sabía que no debía partírle la cabeza a una persona o meterle bala al cura de la cuadra, y menos echarle mano a la madre del mejor amigo. Así se convirtió en un chico vulnerable y muy apetecido por una o dos señoras.

Por aquel entonces era una tarde de sábado. Preiss, momentos antes, había peleado con no sé qué compañeros de pool, por lo tanto decidimos tomarnos unas cervezas recostados en el prado.

Preiss llevaba puesta una bufanda, sus zapatillas negras y el abrigo. En cuanto a mí, iba con camisa y suéter rojo.

—No tengo ninguna intención de cambiar las cosas — explicó Preiss.

—Que se pudran —dije.

—¡No merecen ni volver a un colegio de idiotas! —gritó.

—Ya es bastante triste con que las fábricas, universidades y empresas estén colmadas de ineptos y trogloditas y tontos del culo —contesté.

—De imbéciles, de parásitos y de retrasados mentales —dijo.

—Con un C.I. más bajo que el de una rata —dije.

—Son *las ratas*.

—De mamones, chulos, estafadores, desviados sexuales, de monos y de payasos.

—Eso está bien.

—Sí que lo está.

—Échate a dormir, te avisaré cuando pase algo.

—Sólo saldremos cuando empiece la fiesta.

—Cuando hayan muerto esos mamones.

—¡Sí! Mamones.

—Dios sabe que somos buenos.

—Sí, lo sabe; y si no lo sabe, es otro que engruesa sus filas.

—Sí que las engruesa.

—Debemos esperar confiados como niños.

—Exacto.

—Ojalá nos esperen las niñas bonitas y las cervezas.

—Si es que los mamones no se las han llevado todas.

—Y si no esperan... las violaremos en cuatro minutos y nos largaremos a cualquier lado.

—Claro que sí, cualquier asunto doloroso es mejor que soportar a la manada de tontos. Es preferible, hasta donde yo sé, formar un pelotón que nunca llegue a destino, que un pringoso ejército de tarados bien adiestrados.

—Cualquiera de estos brutos, por estúpido que parezca, termina siendo fundamental para algún cretino, sea el jefe o el dueño de la empresa. Son incapaces de entender que las cosas se tuercen, se inclinan y se caen.

—Hay personas que podrían considerarte una buena presa.

—Comprendo lo que dices, pero suena como si yo hubiera escrito una tesis —repliqué compungido.

No estábamos seguros si una turba andaba detrás de nosotros, sin embargo, en aquellos años no había sitio para unos chicos ansiosos y poco inventivos y aunque eso no me aturdió, no sé porqué o cómo, me incomodaba. Una necia ocurrencia que nos impelía hacia un abismo. Como cuando, a los nueve años, vi el abismo de la espalda de mi madre. Se sentó en un piso de la cocina. Dejó caer su chaquetilla sobre los muslos. Se fue quitando lentamente la camisa de seda, como si graves pensamientos se lo dificultaran. Hacía arriba, del borde del vestido hasta los hombros, cubrían la espalda unas cicatrices abultadas que impedían el crecimiento del bello, escocían al cambiar el tiempo y ostentaban diversos colores; vi ese abismo y me fue permitido tocarlo. Así era.

Más tarde Preiss y yo callejamos y me subió el ánimo. Tomé a Preiss por el brazo y empezamos a bailar en la vereda. En la noche dormí plácidamente como una lechuga en el viento del verano.

Maka era una bicha licenciosa; para unos, una chula picante y de pacotilla; para otras, la ejecutiva elegante, la promotora, la pollita vestida a la última moda. Maka denunció en la comisaría que intenté violarla un par de veces, y yo traté de explicar lo inexplicable. Supuse que eso pronto quedaría olvidado. Estuve fumando y mordiéndome la uña y rápidamente me inscribí en un cursillo de contemplación y pensamiento positivo. Una semana después visité a una machi para que alejara las bajas vibraciones. Pero no: tuve que comprometerme con ella para que su madre retirara la denuncia. Fue así cómo me enrollé con Maka, esa muchacha licenciosa, cuyo padre (un empresario de prestigio, que en paz descanse) sacaba el dinero del bolsillo como si hubiera sido dueño de una máquina; esa muchacha a quien me costó más de un respiro ocasional convencer de que las poblaciones de covachas armadas de palos, plásticos y zinc; por las que se colaba el viento, el frío y el barro; existían, que constituían un estado de la vida real, que esta mierda de país no sólo era una fiesta, y que, en fin, existía un país en el que se mendigaba, o, sencillamente, se trabajaba de nueve a siete. Pero yo no estaba enfadado con ella. Lo que pasaba es que si la mirabas un buen rato te sentías como sentado en la silla eléctrica (ninguno de ustedes podría relajarse si estuviera sentado en una silla eléctrica).

En su favor debo decir que me complacía relacionarme con una muñequita juguetona; además, tenía la decencia de tragarse mi semen: de lo más divina. "La alegría es un

alivio para el dolor", me dijo uno de sus amigos. Y yo me lo creí. Yo sólo era un chico de clase media, de Concepción, de colegio católico; y esas estupideces no se arreglan así no más. Fue entonces cuando sentí, si no me engaño, cierto sopor en la mente. Por aquellos días ya conocía a Carlota. Maka, desde el colegio, frecuentaba a Preiss, que, por la casualidad del destino, me hizo conocer a Paula. Supongo que Maka se hacía ilusiones sobre mí. Debía creer que estaba curado de prejuicios o que me estaba pasando a los suyos, siempre más alegres y livianos. Y no es que yo sea muy diferente —de profundo no tengo nada—, pero no se imaginan lo que implicaba convivir con Maka. Si lo supieran me entenderían. En primer lugar, Maka se pasaba todo el tiempo donde médiums, futurólogas y ese tipo de gente que te relata cuentos y te anuncia viajes y sorpresas. Cada vez que Maka me tomaba por el brazo y me arrastraba calle abajo explicando lo que le habían revelado los farsantes, yo empezaba a reír, a reír como pocas veces lo he hecho en la vida. Cada vez que abría la boca para explicar aquellas tonterías me entraba un ataque de risa. Al final, pensaba que podía llegar a morirme de risa. Y cuando, por fin, conseguía calmarme un poco, en medio de un prolongado silencio, Maka, me abordaba de nuevo. Todo aquello, y cada excusa, era parte de nuestra comedia. Y, sin embargo, las mujeres, las buenas mujeres me daban miedo, porque a veces exigían tu alma, y lo poco que quedaba de la mía necesitaba conservarlo para mí. Básicamente, se me hacía fácil con las perras, porque no pedían nada personal. Nada se perdía cuando ellas se iban. Pero, al mismo tiempo, me ilusionaba con conquistar una mujer buena y cariñosa, y me lo expresaba a mi mismo con esas mismas palabras, parecía una declaración aventurada, incluso un poco loca, más justificable por razones puramente personales que por cualquier iniciativa lógica. De cualquier manera estaba perdido. Deseaba a las mujeres como nada en el mundo. Si hubiera sido una mujer habría sido una perra y habría

mantenido el negocio abierto-a-todas-horas-del-día, pero como no lo era, las deseaba. Bueno, supongo que ese corto período con Maka me sirvió de algún modo, un período que terminó un año más tarde cuando una mañana, al despertar, encontré a Paula sentada en mi cama. Si alguien conociera los pormenores más mínimos de aquellos días, se quedaría tan fascinado con mi vida como yo lo estoy, lo cual es un error mortífero. Los demás errores huevones y mortíferos en que he caído son demasiado numerosos para que sean mencionados. Se necesita de un periodo muy largo para que un mundo desaparezca, mucho más de lo que podemos llegar a imaginar.

Jamás logré expresarme claramente frente a mis mujeres. Me limitaba a sacar las palabras del corazón y nada más; y por mucho tiempo continué igual. ¡En qué pedazo de bestia me había convertido! Como si fuera ayer mismo se me viene a la memoria lo que Francisca me decía: "Claudio, oh, mierda, te encuentras al final de una desdichada adolescencia y en tu ciudad natal nadie te puede ver. Y, para cagarla completamente, tu conversación es insípida, errática y de una inestabilidad radical." Y yo dije: "¿Cómo?" Eso respondí. ¿Pueden creerlo? ¡Qué estupidez! Es que al expresarme tenía la misma desesperación que sientes cuando una mujer (despampanante y al borde del abismo, pero siempre sobria, que te dice con la mirada que ha sufrido mucho y que hace yoga) se te acerca y te corta la respiración y esto no es más que una primera impresión. Si suena demasiado cerebral, no es así. Siempre me desesperaba si las palabras aún no se habían puesto ni la mitad de mal de lo que podían ponerse.

Antes con mis palabras me gustaba destrozarlo todo con odio desatado y mucho tiempo después también. Y eso debido a que habitualmente interpretaban mis frases de la forma que no había que interpretar, ¡oh, Dios! No es difícil entender esto, pero da igual. Todavía tengo bastante odio dentro de mí para desear expresarme de otra manera. Supongo que todo eso, también, tiene mucho que ver con mi incapacidad de soportarlas a ellas por la lengua que no les para, porque creen que uno esta pronto a pasarse los días escuchando sus bobadas, por estar dispuestas a sacrificarlo todo para llevar la vida que llevan, por hacerme creer que el mal que cometemos para corregir un mal anterior, siempre es más injusto que el primero; con mi envidia contra esas buenas muchachas que, con la televisión, las revistas de moda, la Lotería, el Kino, *El Mercurio*, tienen todo lo que desean menos la muerte, y con mi pesar por esas buenas muchachas por no saber llevar el vestido que llevan ni moverse como es debido y con la incapacidad de soportarme a mí mismo por razones análogas. ¿Entonces, cómo funcionaba mi vida con ese panorama? Igual que mi mente; una veleta hipersensible. Por decir: A veces Maka me hablaba y otras veces no; ella, a veces, no paraba de hablar y yo la escuchaba, y otras no.

—Me parece que esto acabará en lluvia

Miré hacía la ventana.

—El diario decía que iba a llover.

No dije nada.

—Claudio necesito contarte algo, pero antes promete que no te vas a disgustar por lo que voy a decir. Anoche al meterme a la cama, no podía resignarme a tu ausencia. Soñé que mis brazos se estrechaban a tu talle, sentía tu aliento en mi cuello. Vaya si me alegro de verte. Mañana voy a hacer pescado frito, si quieres invita a Ernesto. Pobre pichoncito... ¿Cómo has venido?

Ella fingió reflexionar sobre esa idea burlonamente.

—No sé porqué no estoy mejor preparada para esto, Claudio. Debería estarlo, me lo habías advertido

claramente. Sabes, ayer Romina me pidió que la ayudara a trasladar un cajón lleno de plantitas hasta una esquina y allí nos pusimos a esperar a Carlota, pero a Carlota no se le veía por ninguna parte, así es que Romina empezó a cantar no sé qué obscena canción de finales del siglo XIX que trataba de marineros Ingleses que engendraban hijos bastardos en los puertos de las costas de Chile, volviendo después a las embarcaciones para trepar los mástiles. La letra era muy divertida, y en medio del canturreo llegó Carlota y nos condujo a ese horrible sótano, y se han puesto a conversar tantos disparates. Casi me voy de espalda cuando Carlota sacó del bolso aquel armatoste y me dijo “Aquí tienes, mi pistola, ¿quieres echarle un vistazo?” y mientras ellas dos saboreaban una copita de ron, que sabe Dios de dónde la sacaron, Carlota me animó a manejar y admirar una verdadera reliquia de las armas de fuego; pronto estuvimos las tres fascinadas percutiendo el gatillo y apuntando a distintos blancos y luego las dos continuaron hablando y hablando y las dos se veían tan felices. Claudio, deberíamos volver más temprano de aquel local nocturno, he visto que han instalado una patrulla policial a la vuelta de la esquina, dicen que hay un nuevo capitán y que es una verdadera flor. Está bien, está bien, no pongas esa cara.

Cada una de sus palabras me aturdía y me embriagaba a tal punto que me dejaba sin habla. Salió por una puerta y volvió con dos tazas y una jarra de té. Supuse que esa iba a ser la cortina de humo que todo lo tapa.

—¿Te quedarás a almorzar?

—Será mejor que me ponga en camino.

Llenó las tazas y me pasó una. Su mente seguía girando en torno a su pequeño almacén de preocupaciones.

—Claudio, debes quedarte a almorzar.

—Gracias, pero es mejor que no.

—Quédate, hombre. No tienes nada mejor que hacer. Vamos quédate.

Enarqué las cejas. No sabía si quedarme sentado o salir de la casa, ni me constaba que una u otra opción pudiera

tener influencia alguna en lo que fuera que fuese a pasarme en lo inmediatamente sucesivo.

¿Se dan cuenta? Una estupidez tras otra. ¡Parecía sereno, en cambio estaba en un estado de agitación tremenda!

Así fui engendrando aquel odio en mi mente, un odio que era producto de enfrascarme en conversaciones en las cuales nunca lograba expresarme claramente. Como dije: Me limitaba a sacar las palabras del corazón y nada más. Hay mujeres que, si no estimaran que soy el tierno huevón y el rozagante chiflado, me mandarían al cuerno. Eso, en ocasiones, da pavor y crisis de pánico; pero también vitalidad, arrogancia, delectación. En cualquier caso, esto no tiene gran importancia; mejor dicho, no tiene ninguna importancia.

Escuchábamos a Lady Day. D.J. Preiss descansaba en un rincón. Habló un poco sobre Kusturica y luego pasó a Kurosawa. Lady Day sonaba. Lady Day es el apodo de Billie Holiday, "la inmortal cantante de jazz", según Preiss. Ninguno de nosotros tenía idea de jazz, pero nos gustaba. Paula fumaba tirada en el suelo. Su rostro sobresalía en la sombra, con los ojos cerrados, el pelo sobre la cara y las mejillas brillantes como si estuviera llorando. Se oía llover bajito. Romina hablaba de la aventura que había vivido en Michaihue. La aventura la había tenido con una mujer casada de cuarentaicinco años. "Cualquier aventura de Romina suena a literatura", aseguró Paula. El amor nunca me pareció absurdo, lo absurdo es lo que precede al amor y lo que sigue, concluí.

Preiss ofreció su cigarrillo a todos. Se veía vagamente su perfil. Me gustaba aquello. Mi madre no sé qué veía en el trabajo, para mí, revelaba una forma aterradora de

suicidio, es una de las cosas sin sentido que poco a poco, con los años, te carcome y te derrumba. Entonces, Romina, habló de ella misma. Su familia había vivido en Valparaíso. El papá; José Manuel Castillo; trabajó como obrero, electricista y también fue camionero; Cecilia Castillo; la madre, si mal no recuerdo, acababa de cumplir cuarenta años de secretaria. Había manejado el primer computador que llegó al país; había sido la número uno, la mejor de todas; resistente y agradable. Hubo un silencio. Hacía dos días que estábamos allí. Preiss tenía temblores. A mí, de cuando en cuando, un nervio —a lo mejor no era un nervio, pero era una zona bajo la piel— me empezaba a dar tirones en el hombro y todo parecía una película. Una jodida película. Resultaba gracioso, parecía como si nos filmaran y les gustaba y me gustaba y era mejor que el campeonato mundial de fútbol. Claramente, mejor que los combates de boxeo de hace tanto tiempo. Preiss siguió bebiendo. Romina abrió otra botella. Yo casi no bebí, pero el resto sí. Los demás sí que bebían y escucharlos y verlos allí resultaba fácil. Preiss habló de Dickens y de Lin Yutang —vaya mierda—, le señalé que Emily Brönte un día pasaría a ser la escritora más grande de la historia. Paula me miró atónita de que yo hubiera oído hablar de Brönte. Luego me dieron la razón. Paula se tiró a mi lado y me abrazó, su cuerpo se sentía bien arrimado al mío. Preiss no era el pedante confabulador que parecía, y debajo de sus fanfarronadas e insensibilidad, siempre había el indicio de algo más. No iría tan lejos como para decir que él era una buena persona, no en el sentido que lo era Paula o Romina, pero Preiss tenía sus propias reglas y se ajustaba a ellas. Paula al contrario de los demás, conseguía permanecer por encima de las circunstancias. Y Romina quizá fuera la única que siempre salió ilesa del dolor, como si se imaginara cada posibilidad por adelantado y, por lo tanto, nunca se sintió sorprendida con lo que ocurría. Preiss decía que Paula tenía una cara agradable e inteligente. Lady Day ya no siguió cantando.

Finalmente, me dormí. Cuando desperté por la mañana, Paula estaba sentada al borde de la cama cepillándose su enredado pelo negro. Sus grandes ojos oscuros me observaban al despertar. El resto, se había ido. Paula se comportaba cariñosa conmigo y, ante todo, tenía la delicadeza de una dama.

Paula estaba semidesnuda sobre la sábana desordenada y arrugada. La examiné detalladamente de arriba abajo, deteniéndome en el pecho, la cintura, las caderas, moldeadas por la seda floja y flexible, para subir luego hasta la cara dorada, nítida como la porcelana, con su boquita barnizada, su cabello muy negro alisado en las sienes para descubrir las finas orejas. Yo era el quinto hombre con el que se había acostado. El primero fue el adolescente alcohólico. Luego vino el pintor casado y dos universitarios. Uno de los chicos universitarios le empezó a dar a la coca, la sustancia lo cambió de la noche a la mañana, se convirtió en una persona distinta de la que ella conoció, después de aquello, se dio cuenta que no quería ver al chico y se quedó pasmada ante esa idea y, por un momento, se sintió turbada ante su mezquindad. Meneó la cabeza. De todas las relaciones que había tenido, aquélla, quizá, fue la mejor. Pero, verdaderamente, no tenía ganas de ver al muchacho, cuya conducta había enajenado su cariño hace mucho tiempo. Él le había devorado un pequeño trozo de su juventud. El chico se convirtió en un tipo tranquilo y neurótico de manera alternativa. Era terrible. Ella, incluso, hizo algunos viajes en ambulancia con el chico delirando y él volvía por la mañana lleno de sueños que a ella la cautivaban, descorchaban una botella y, durante un rato, había un ambiente cálido, agradable, casi festivo. Sin

embargo, en un segundo, el chico se ponía en órbita. Luego la relación se quebró. Al fin de ese mes húmedo, Paula aprobó el último examen de ejecutiva de una sucursal bancaria y logró tranquilizar su vida...

Dos semanas después de ver a Paula, recibí la llamada de una tal Flavia. Decía que había leído uno de mis editoriales y, a medida que avanzaba en la lectura, poco a poco, se sintió alagada por mis palabras e, incluso, en el otoño pasado, tuvo que confesarse, contra su voluntad, que había sido emocionalmente estimulada para olvidar, para recordar, para evadirse. Al término del diálogo me invitó a visitarla. Una tarde caminé por la soleada vereda y me escapé hasta allí. Vivía en una casa pintada con colores chillones, en la remodelación Paicaví. Toqué el timbre.

—¿Quién es? —se oyó una voz muy tersa, saliendo del citófono.

—Villanueva.

Advertí el zumbido y abrí la puerta. Flavia tenía aspecto magnífico: trigueña, nariz aguileña, de pestañas encrespadas, los brazos, aunque, demasiado pálidos, de corte generoso y todo colocado en armonía. Le agradaba usar chalas, jeans y una camiseta blanca. Flavia era hija de un Juez de Osorno y se había educado ella misma. Iba a cumplir los treinta y dos. Se había casado y se había divorciado. Percibía una pensión y le resultaba difícil administrarla. Escucharla resultaba fácil. Había sabiduría y, no menos, ternura. Hablamos de temas sin importancia. Hubo un par de incursiones más, en las cuales, la acompañé a comprar frutillas, peras y manzanas; y una vez me invitó a una pastelería y volvimos excitadísimos y, allí, en la misma mampara de la casita, le subí la falda verde y con sus dedos jugueteó con mi chiche y mi lengua con su lengua, me sobó una nalga y la monté. Afuera se escuchaba el tráfico de media tarde. A ella le gustó. A mí me gustó. Estando allí recordé con gran claridad el rostro de Paula. Me sentí condenado. Vacío. Hundido en la fría soledad de la tarde.

Esas situaciones que infundían algo más que respeto por los sentimientos, eran extrañas.

Terminaba la primavera. A mediados de semana me solicitaron escribir una nota para leerla en la radio Clandestina. La emisora estaba dirigida por un grupo de jóvenes anarquistas, con equipos obtenidos mediante uno que otro robo o regateando en el mercado persa o tiendas de reventa de artículos de tercera mano. Los tipos emitían su transmisión en franca pugna con la ley, en realidad consistía en una mezcla de mucha música y obscenidad. Así que escribí lo siguiente:

Nos cruzamos en la calle y fingimos no mirar a los demás. Algunos trabajan, otros no y están los muertos de hambre y su eterna agonía; éstos son los más. Necesitamos un poco de suerte. Miro a los locos, los pobres, los perdidos, pero nadie quiere que hable de ellos. La gente quiere paz, la música y las voces noche tras noche. Bailando, riendo y botellas de cerveza. Quieren escuchar el sonido de la vida, pero sin mirar a los demás. Sin sentir las murallas que se ciernen sobre ellos. Piensan que murmurar canciones de amor los va a salvar. Y continúan sin mirar a los demás, entre ríos y mares de cerveza, esperando la felicidad y esperando. Esperando que escriba un poema feo, terrible, profético, delirante. Y ahora miro a los vagabundos, a los pobres y a los perdidos, y sé que son sus almas, sus palabras o sus vidas, los mejores poemas nunca escritos...

Esta nota provocó algún comentario loco o estúpido y eso es todo. Una amiga que escuchó el discursito, dijo: "Estoy hasta los ovarios de este hijo de puta." Fue lo que más me agradó. Esa noche dormí en un banco de la Estación de Trenes; al amanecer el guardia del lugar me echó a fuera. Uno crece como un niño y luego llega el día de la decepción, cuando se da cuenta que es desgraciado, miserable y está ciego y desnudo; con rostro de fantasma dolorido y amargado camina tiritando por la pesadilla de la vida.

Salí dando tumbos de la estación. Lo único que veía de la mañana era el gris transparente, semejante a la piel de un cadáver. Me invadía un hambre implacable. Lo que me quedaba en forma de calorías lo guardaba en el bolsillo del pantalón: un jarabe para la tos que había comprado en la farmacia, bebí un poco porque tenía azúcar. No sabía pedir limosna. Caminé un par de calles. De vez en cuando pasaba un automóvil a gran velocidad. Hice dedo. Me recogió un cura siniestro y delgado que creía en el ayuno controlado para mejorar la salud. Cuando le aclaré que me estaba muriendo de inanición, respondió:

—¡Estupendo, estupendo: no hay nada mejor! Yo llevo tres días sin comer y viviré ciento cincuenta años.

Era un maníaco. Podría haberme recogido un hombre gordo y acaudalado y simpático, que me propusiera ir a comer de inmediato.

Escribo estos fragmentos porque no sé qué más hacer. Hace más de diez años, quizá más, en el apogeo de la década del noventa, Rodrigo Palominos empezó un manuscrito procurando ser un chico limpio, menos incorruptible, más razonable; claramente buena tela. Leonardo se ocupaba en titularse de psicólogo (si es que

puedo afirmar que se ocupaba de algo) y seguía con el “gracias, chiquillo”, “que Dios te bendiga, amiguito”. Romina integraba el seudo club de cata de vino de la Quinta Compañía de Bomberos y bebía como si no pudiera parar. Ernesto perdió dos carreras universitarias y pretendía intentar la tercera. Cuando nos conocimos, la vida me parecía el pozo del infierno, un zoológico inhumano. No creo que con el paso del tiempo la situación haya ido mejor; lo más seguro, empeoró. Eso es todo. Mi madre anhelaba verme de oficinista, mesero o lo que fuera, y, en lo posible, me ganara el premio al empleado del mes. Yo no. Corría octubre cuando Preiss nos leyó su último poema. Lo leyó a la luz de la ampolleta. El poema era deprimente. Se lo dijimos y lo quemó. Todos lo felicitamos. Sé que suena patético, pero fue así. Creo que nunca había expuesto nada tan sensible, más comprometido, más conmovedor, pero igual resultaba insufrible y se lo dijimos. Preiss, después de quemarlo, dijo que necesitaba sentir la sangre fluyendo por las venas, aún a costa de la aniquilación. Ninguno sabía muy bien lo qué pretendía decir con eso, por lo tanto, lo aplaudimos. Cuando salimos aquella noche, descubrí que yo no llevaba un peso en el bolsillo, así que intenté vender mi chaqueta de cuero a un simpatiquísimo taxista, pero no hubo manera. Tuvimos una agria discusión. Al final perdí la paciencia y Rodrigo le dio un puñetazo. El maldito taxista nos insultó. ¿Qué podíamos hacer? Ese fue el punto de partida y, sin saber cómo, nos encontramos sentados en la trastienda del mercado a las siete de la mañana. Preiss leía, a media voz, otro de sus poemas a un carnicero. Y Romina traduciendo cada verso al inglés. Lo que me dejó realmente sorprendido y me pregunté —me lo sigo preguntando todavía hoy—: ¿Cómo ha podido suceder? Y el tipo; caliente, cortés y acaramelado con Romina. Y ella poniéndolo a raya. Me sorprendía lo rápido y bien que entendía, mucho mejor, podríamos decir, que un profesor o un dandy o un hombre con cultura. Evidentemente, lo que entendía no

tenía nada que ver, al fin, con los versos de Preiss. Pero eso poco importaba. Un carnicero constituía un auditorio invaluable, en verdad maravilloso, ciertamente exótico, que nos hacía bullir de compañerismo, ilusión y fraternidad. Aquello significaba el gran banquete. La comunión.

Tuve muchos críticos literarios. Me paraban en la calle y me decían: "Claudio, estás escribiendo como nadie, adelante muñeco". Al salir de una librería me topé con el conserje del edificio de Carlota —un muchacho manco, medio analfabeto y un poco malicioso— y él me aseguró: "Villanueva, tu escritura es inmejorable". Entonces empezó a reír, primero bajito y entre lágrimas, pero luego sonora y alegremente. A la luz de los faros de una camioneta que pasó distinguí claramente la intensidad de su sollozo. Yo asentí con la cabeza como un vil idiota. En el *Pub: El pubis de la hormiga venenosa*, un hombrecito de aspecto sagaz, me murmuró al oído: "Muchacho, tú escribes esto, ¿no?... , estupendo, estupendo..." ¿Qué diría de mí Dante? Tengo tantos críticos como Shakespeare o Don DeLillo. Una tarde, la madre de Romina, a boca de jarro y sacando de su carterita uno de mis escritos, me gritó: "¡Mierda, muchacho, qué bien!" (Mientras ondeaba el cretino papel en el aire). "Una lúcida mirada literaria", pensé. Horas después, en mi correo electrónico leí: "Villanueva, no creo nada de tu cochino desvarío. Es puro cuento..." Trataba de decirme, con su manera retorcida, que me apreciaba. "Un día serás un gran escritor," me vaticinó una amiga. "Pero —agregó alegremente— primero tendrás que sufrir un poco. Esto está medio loco, pero bien, bien." Esa era una de las palabras favoritas de mis exegetas: *bien, bien*. Con ello deseaban comunicarme

que podía escribir el libro, con el cual lograría que un tipo de la dimensión de Cervantes o Píndaro, se ahorcara o algo así. Todo aquello me lo creía a pies juntillas. Yo me decía: *para todo lo concerniente a mi propia escritura soy completamente ciego*. Luego me pasaba unas semanas sin escuchar un comentario y entonces me decía: *¿Qué demonios puede saber aquel muchacho analfabeto del edificio de Carlota? ¿Y que demonios pueden entender todos los demás? Hasta me empieza a costar trabajo comprender lo que quiero decir exactamente*. Incluso en ocasiones me parecía una verdadera cagada. Entonces habría la ventana de mi pieza y arrojaba todo lo que había escrito la última semana. Al día siguiente totalmente arrepentido y sigiloso salía al patio a rescatar las hojas que no habían volado con el viento de la noche. Y mientras las recogía rogaba a la virgen (disimulándolo dulcemente y luego con toda hipocresía) que no se hubieran perdido muchas. Y para darme ánimos trataba de persuadirme de lo insolente de la escena, de lo provocativo, exaltado y excéntrico de mi comportamiento; un Rimbaud, un Baudelaire, cero patetismo.

Cuando pensaba en aquellos comentarios no es que me los tomara en cuenta o no —es verdad que yo no hacía muchos esfuerzos para entenderlos—, más bien estaba visiblemente preocupado por una cierta vanidad que empezaba a exacerbarse dentro de mí, por un ego demoledor que no sabía muy bien como manejar, sin embargo, siempre sabía indicarles a mis comentaristas, con una sonrisa, mi beneplácito.

Ernesto dijo una mañana que estábamos sentados en la Plaza España:

—¿Qué hay de malo que disfrutes de tu primer trocito de reconocimiento?

—Ya basta —le reproché.

—Que seas escritor no quiere decir que estés obligado a negarte el placer humano, común y corriente, de verte alabado y aplaudido.

—Por favor córtala, ¿ya?

—Tú eres el escritor más indulgente y comprensivo y modesto que conozco. Demasiado modesto.

—Déjalo, me quieres dejar como si ostentara el sumiso aspecto de una *geisha*. Y tú sabes que no es así.

Aquí se rió grotescamente y de pronto cambió el tono:

—Por el tipo de textos que escribes, creo que lo estas logrando de verdad.

—¿A que tipo de cosas te refieres?

—Esencialmente esas últimas hojas que me pasaste, uno las lee y es como si nos pegaras un palo en la cabeza. Y eso me importa tres cuescos, pero es bueno. ¡Bum, Bum! ¡Te sale el sádico! ¡El racista que llevas dentro! ¡El antisemita! ¡Qué maravilla! Estas dispuesto a sacrificarlo todo; la claridad, la buena voluntad, incluso tu propia cordura. ¡Ah, que bueno es el nuevo aire que traen tus textos! —la última frase la dijo soñadoramente.

—Muy bueno.

—El pecho se dilata.

—¿Sí?

—El corazón muda la piel.

Entonces como si despertara de un ensueño me repitió todo lo que le encantaban mis textos y lo excelente que los encontraba. Yo respondí.

—No es tan evidente.

—Has superado todas las vayas.

—Es demasiado pronto para saberlo.

—¿Los publicarás?

—Casi seguro.

—¿Te entenderán?

—No lo sé.

—Me parece que dejarás a muchos confundidos.

—No me parece acertado suponerlo.

—Siempre aciertas.

—Tal vez me equivoque.

—No creo que te hayas equivocado.

—Indudablemente, puedo confundirme.

Entonces puso los pies sobre una reja que rodeaba un arbusto.

—En realidad escribes lo que se te da la gana en ciertos temas, lo misógino es de verdad, es bueno aquel pedazo en que la madre esta a punto de morir, sin poder hablar y la hija esta al lado fumando un pitillo y le dice: *eres mi madre, eres mujer, mereces estirar la pata... y eso se agradece.*

Hizo un gesto muy gracioso con la mano.

—Es muy directo, pero también esta el rodeo, la segunda intención.

Mirado desde la distancia, en aquel tiempo, asistía a la coexistencia pacífica de aquella conversación y de mis críticos como quien se toma una copa en la plácida tarde, en un bar.

Ernesto y yo dábamos vueltas por el nuevo Barrio Cívico. Faltaba un mes para Navidad. Su voz era menos ronca y más resonante. Sus gestos, terminantes como estocadas, acertaban en el blanco que hasta entonces había errado. Ernesto, habitualmente, con una sonrisa de cortesía, salía con un disparate livianito, simpático; pero en ese momento el paisaje lo tornaba distinto. La niebla invadía y no cesaba, los huesos se entumecían. Yo tenía el aspecto frágil y desaliñado. Él llevaba el pelo espeso, sedoso y una polerita algo estrecha de hombros. Rompió el silencio:

—Digan lo que digan, siempre es mejor echar un polvo que no echar nada de nada. Por lo menos, es un comienzo y un camino por recorrer.

De su billetera sacó la bolsita que contenía el surtido de canutos de marihuana.

—¿Sí? —preguntó y suspiró.

—Eso pienso. Lo que crea el resto me es totalmente indiferente y se lo pueden ir guardando en los dichosos bolsillos.

Seleccionó uno de los canutos, lo encajó en una boquilla y lo encendió. Inhaló profundamente.

—Hasta las madres estarían de acuerdo —afirmó mirando el cielo.

—Ellas saben que un día la chiquilla cantará una canción. La bailará contigo o conmigo...

—¿Y?

—Y una noche, necesitará que le pasen por encima para convertirla en una maravillosa hembra cervical. Es la naturaleza humana. Las madres saben más. Saben que es imposible frenar el avance inexorable. Ahí está el secreto. Así que un polvo es mejor temprano que tarde y, tarde que nunca.

—Alabado sea el señor —concluyó con desparpajo.

—...

—Nunca lo utilizo para colocarme. Sólo lo suficiente para levantar el ánimo y sentir un poquito el delicioso demonio.

Pero por su cara ya había pasado el bueno y amable Venus y hablaba del sobrino que se contagió de una enfermedad venérea y que terminó abatido en *El Hogar de Cristo*. El sobrino tenía veintitrés años y no quería que nadie fuera a verlo. Una historia, en cierta forma, horrorosa. También un montón de veces hablamos de cine. En un instante, sin darme cuenta, entramos por una puerta lateral a un pasillo, y de ahí a un local bastante lúgubre. Pedimos que nos prepararan un pisco sour y Ernesto trajo a colación una parte de su vida; era bastante aburrida, sin embargo, de pronto, se volvió misteriosa. Me aseguró que su madre (que años más tarde fallecería de hipotermia en una cuneta) era capaz de inspirar amor a cualquier hombre; "Padres de familia abandonaban a sus hijos enfermos para esperarla bajo la lluvia en un paradero, hombres de dinero le mandaban flores y ristras de sonetos." "Eso deja a una mujer muy agotada. Las

mujeres quieren eso... les fascina ser la zorra del libro." En un pasado más lejano, había trabajado de relacionadora pública de un supermercado, camarera en un club nocturno, crupier, ejecutiva de banco, modelo, bibliotecaria, archivera, actriz; había llegado bastante lejos. Y, de un día para otro, había desaparecido de la faz del planeta. Ernesto, por un tiempo, guardó una maleta llena de trajes y cintas de video. Cuando ella apareció, un año más tarde, más o menos, era incapaz de dar una explicación medianamente definitiva, medianamente convincente. Si Ernesto la presionaba, daba versiones con improvisadas coartadas, pronunciaba frases poco felices, llenas de dobles sentidos. De alguna manera, agradecí la confesión de Ernesto; viciosa, detallada e imparable; la cual, a esas alturas, reflejaba puro oro. Nos marchamos de allí y, antes de largarnos por las calles del lluvioso Concepción, me lanzó un garabato. Suponíamos que enfilábamos hacia tiempos mejores, hacia personas mejores.

Salí a dar un paseo para liberarme. ¿Liberarme de qué? No sé. Me detuve en el Puente Viejo sobre el Bío-Bío y miré a la distancia. Conocía la ciudad desde la infancia, entonces no me decía absolutamente nada, y ahora tampoco. Los sueños a veces se producen de esa forma. Últimamente sentía una vena que latía en mi frente. Palpitaba. Nunca había experimentado un síntoma similar; tan odioso, tan poco fiable y, por lo que recuerdo, lo tomé con arrogancia, más aún, como si se tratara de una simple ironía. No sería nada extraño que un día me diera un derrame cerebral o algo así. ¿No pasaba eso? ¿Una vena de la cabeza que reventaba? El día estaba nublado, amenazaba. El río avanzaba lentamente.

Consulté el reloj, marcaba cerca de las tres de la madrugada. Pensé en mi madre. Mi madre, pobre estúpida. Ella se daba cuenta de que yo me había convertido en un vago y un necio, y a sus amigas les mentía. Quizá suena violento. De acuerdo, pero pienso en Ernesto. Él decía que la violencia había que practicarla, decía que debía tener un buen repertorio. De pequeño en Chiguayante y más adelante en las calles de Hualpencillo (donde no asomaban la nariz los chicos de la ley), aprendió cada golpe, cada treta. Y ahora, ese violento cretino, que había perdido dos carreras, se perfilaba como un brillante estudiante de literatura y, últimamente, se había convertido en un aventajado, y no menos severo, asistente de corrector de pruebas de una casa editorial. De sopesar aquello se me retorció el estómago. Deseé tener noticias de Francisca. Cerré los ojos. Apoyé la cabeza sobre los brazos. Francisca era despierta. Tenía personalidad. Durante una temporada no fue más que una de esas chicas que patean las calles de barrios desconocidos. La casualidad nos había unido de algún modo impersonal y de forma similar nos había separado. Empecé a caminar. El torrente del Bío-Bío seguía su curso. Francisca había entrado a comunicación audiovisual. Laly —su mejor amiga— le dijo una noche que la quería más que a nada en el mundo. Francisca la quería, pero no del modo que la quería Laly. Entonces Laly le acarició un seno a Francisca. Francisca me aseguró que cogió la mano de Laly entre las suyas y le advirtió que esas cosas no le iban. Nunca volvió a verla.

La noche cubierta de nubes. Dejé atrás el río. Volví a pensar en Preiss. Preiss me había invitado a una fiesta. La fiesta la organizaba un viejo millonario. El viejo había confesado, a una amiga íntima de Preiss, que todavía era virgen (a los setenta años), pero no dijo que también era un depravado. Entre sus más cercanos amigos que iban a aquella fiesta, figuraba un número respetable de personas de toda clase, de las que nadie habría sospechado, que se interesaban en semejante circo. Un par de curas que

hacían cruzadas por la moralidad recaudando cheques para campañas de beneficencia, eran sin duda los amigos más ávidos. Uno era el sacerdote de la parroquia La Merced (Benito) y el otro pertenecía a la parroquia El Buen Pastor (Figuroa Medina, el que andaba con todo tipo de estimulantes o pastillas alucinógenas). Parte de sus vidas había transcurrido en países lejanos, de los cuales contaban todo tipo de recuerdos licenciosos y obscenos, que me fascinaban. La velada que compartí con ellos me ofrecieron convertirme en el verdugo que manipulaba una pinza con empuñadura de goma, el artilugio emitía una descarga eléctrica con la cual, yo, los debía entre atontar y excitar mientras acometían una prolongada felación metidos en un jacuzzi en cuyo fondo había una paradisíaca alfombra de clavos oxidados, la tarea la acepté con simpatía y cierto rubor, incluso al principio experimenté cierto gozo, para ser más preciso estaba muerto de gozo, aunque terminé un poco abatido al ver como se achicharraban esas dos criaturas lacrimosas y destrozadas. Me detuve un momento. Pasaron un par de autos a gran velocidad. Continué en dirección al centro de Concepción. La noche continuaba amenazante y hacía frío. Divagué sobre otro asunto. Un amigo me había ofrecido integrar el equipo de la revista cultural "El grito." Lo mandé, literalmente, al diablo. Me pareció que en ello perdería mucho tiempo. "¿Qué?", preguntó incrédulo. "Diles que se vayan a la mierda". Pero el resultado fue completamente inesperado. Dos horas después llamó a mi casa. Ellos estaban proyectando financiar una publicación dirigida completamente por mí. Estoy seguro que aquella noche despertaba de un largo sueño y mientras más despertaba, más incierto, delirante, contradictorio y mágico se volvía todo.

"¡Tengo que salir de aquí!", exclamó Preiss. Se acercó a la ventana y se apoyó en el marco como un animal acosado, respiraba con dificultad. Inhalaba la brisa de la ciudad. La calle, en ese instante, daba la impresión de estar fría y pacífica. Teníamos ocho o nueve cervezas dentro. Con el estómago vacío hacía su efecto y, él, acababa de jalar.

"Un puto desperdicio", fue lo que cruzó por mi mente. Gruñí un disparate a aquel jodido bastardo irritante de Preiss. Él sacudió la cabeza y elevó la vista hacia el techo. Yo me tiré al suelo y comencé las flexiones. El ejercicio me permitía salir de mi estado sedentario, votar tensiones y eliminar algo de colesterol, lo que, en cierta medida, renovaba mi temple y mi energía. Lo escuché ir a la cocina y volver. Sigilosamente se paseó a mi espalda, parecía en parte nervioso, no sé. "A este hijo de puerco le funciona bien hacerme sentir un hijo de puta mezquino y superficial", me dije. Acabé una última flexión. Me invadió cierto hastío con relación a los mapuches de este mundo, que reclamaban cada grano de tierra como si Chile les perteneciera, ¿por qué no se metían sus padecimientos históricos por el culo, de una puta vez? Me levanté. Examiné una foto colgada de la pared. La foto había sido enmarcada con cuidado.

Me volví hacia Preiss, pero él ya no estaba, había desaparecido. Debía encontrarse allí, a metro y medio. Me acerqué a la ventana buscando su sombra. La melodía de *El Farolero*, la canción de Inti Illimani, empezó a sonar en mi cabeza. Me sentí más contento; luego, bastante contento y hasta un poco alegre. Estábamos en el cuarto piso, en el departamento de Romina. Me asomé al vacío, miré hacia la vereda. Allí había mucha gente y mucho ruido. ¿Cómo era posible? Todos estaban alrededor de lo que parecía una mancha y la quedé

viendo como hechizado, con los ojos encendidos y la boca colgando, desencajada y abierta.

El tres de abril lo visité en el hospital y Preiss realmente estaba hecho un mutante. Si lo observabas, te dabas cuenta de que no había manera de añadir más miseria a su miseria. Estaba paralizado del cuello hacia abajo. Luego de la convalecencia vino la rehabilitación y el fisioterapeuta le aplicó cataplasmas, ultrasonido, masajes y ejercicios de estiramiento. Comenzó a mover el pulgar y luego los brazos y, más tarde, la pierna izquierda y, finalmente, después de un año, desapareció la presión en el disco cervical y logró ponerse de pie. Emocionalmente estaba hecho un guñapo, hecho trizas; por lo tanto, el equipo médico le recetó antidepresivos y ansiolíticos. Sin embargo, al salir del recinto de rehabilitación se puso excitadísimo y, complacido, me invitó a una pocilga a celebrarlo con Vodka. Se acabó la botella y (tras pedir otra), Preiss se lamentó que yo no bebiera a su ritmo. Dijo que le “disgustaba” verme “dar esos sorbitos”, y me exigió que bebiera como una “persona decente” o abandonara la mesa. Me sorprendió lo fácil que le resultaba vaciar el vaso en el estado físico en que se hallaba, empinar el codo de manera majestuosa, deliciosa, delicada, era lo mejor que hacía. Esto ocurrió hace bastante tiempo y luego conocí la colegiala con la que se puso a vivir en una piecita subarrendada y tuvieron una hija bellísima y un niño no muy agraciado. ¿Cómo Preiss pudo engendrar dos críos con un pito que era un injerto? Nunca intenté averiguarlo. A los meses de haber nacido su segundo retoño, se separaron: la colegiala estaba obsesionada con el hijo de su mejor amiga, fue un amor fulminante, a primera vista. ¿Cómo eso no te va a dejar brutalmente golpeado en algún sitio? ¿Cómo no te va a convertir en una persona fácilmente rompible en mil trocitos? En medio de todo esto, también hubo comilona y fiestas y mucha comedia, y un fin de semana festejamos a aquella colegiala por ganar el campeonato de fútbol femenino con el equipo del barrio. Cuando la chica metió el último gol,

Preiss saltó, me abrazó y me besó en la mejilla. Desde entonces, Preiss solía ir sucio y desaseado y vestía una chaqueta de cotelé desteñida y vieja casi todo el año, salvo en verano cuando sólo llevaba camisa manga corta. Era un milagro que Preiss se mantuviera en pie; cada vez que se acercaba, su cuerpo parecía algo inanimado que traía el viento. Ven; los hechos, los hechos, los hechos hablan mejor que el aroma de las palabras.

Preiss, poseía una fila de dientes pequeños y un cuerpo que reflejaba una especie de vulnerabilidad extrema. Su cara, más o menos normal. Preiss, ante todo y sobre todo, era un padre divorciado. Y, aunque nunca hablaba de ello, rigurosamente, visitaba a los chicos una vez a la semana. Preiss me llamó cuando acababan de dar las once de la mañana de aquel día viernes. Me pidió cuidar a los críos, por un par de horas. El niño tenía nueve años y la niña siete u ocho. Eran unos críos encantadores, pero un poco precoces. La niña me propuso que los entretuviera con alguna historia. Pero nada de ositos o de caperucita roja. Yo me quedé allí, mirándolos. Respiré profundo y dije que estaba perfecto, pero les advertí, mediante un sermón, que no me fueran a interrumpir. Lo había dicho para ganar tiempo y, sin embargo, un residuo de instinto de conservación me indicaba que nuevamente iba a empezar a ser el payaso. No sabía qué inventar. Después de un momento expliqué: “Todo está en la Biblia. En ese libro grueso y oscuro. ¿Cómo comenzó el jaleo? El caso es que por un lado estaba Dios; un chico chorísimo, razonable, virgen y casto (los chicos rieron). Y por otro, Satán; ese hijo de puta execrable y mala leche (los chicos rieron). El lío fue que el diabólico Satán quiso pasarse de listo con el buen Diosito y, el muy mamón,

nunca pensó que nuestro muchacho era imbatible, mejor que un as de la Luftwaffe.” “¿Qué es mamón?”, preguntó el niño. “Eso no importa”, dijo la niña. Yo continué. “Pero Satán se creía un kamikaze. Ese fue su primer error. Un kamikaze jamás derrota a un as de la Luftwaffe.” Los niños volvieron a reír. “Luego quiso sacar una buena tajada del pastel que había preparado Diosito, pues el pastel resultaba tentador. Y Dios, a quién no se le escapaba una, tomó nota (risas). El resultado es que mandó a llamar a Satán y le dijo que si no dejaba de joder, lo iba a despachar a otra fiesta (les expliqué: joder para Diosito es andar revolviendo los huevos del gallinero, etc., etc., etc.). Bueno, el mamón era testarudo y se ganó el gran premio. Donde dicen que hace las del diablo. Y como Diosito no es un mal chico, el libro grueso cuenta que los mandó, a Satancito y a su pandilla, a un lugar tibiecito al fondo del patio, donde de vez en cuando arman el sabroso y terrible quilombo.”

La chica y el chico aplaudieron y gritaron de júbilo. Los niños siempre me habían parecido unos reverendos sabios.

Durante ese tiempo, mi vida experimentó una serie de cambios. En primer lugar, Maka se había ido. Y con Flavia había sido una serie de revolcones esporádicos que incluían cierto afecto, y empecé a admitir el hecho de que con Francisca no volvería y que, hasta donde alcanzaba a comprender, ninguno de los dos tenía otra intención. Ya no me hacía ilusiones de que el asunto pudiera ser de otro modo. Sólo a altas horas de la noche, cuando estaba con Paula, deseaba que se extinguiera el amor que aún sentía por Francisca. Pero, en general, Paula y yo vivíamos felices. Últimamente, su madre había tomado la costumbre de cocinarle algún guiso o budín y guardárselo

caliente en el horno hasta que Paula volvía de clase de la academia de arte. Abría la puerta y se encontraba con el aroma de algo bueno que venía de la cocina.

Estábamos a mediados del verano. Ernesto llevaba casi seis meses en su nueva pieza. Aquella tarde pasamos a visitarlo con Paula. Y luego llegaron Preiss y Leonardo silbando la cancioncita y cada uno con una flor en la mano, en una imagen excepcional. Preiss no llevaba ningún poema para leerlo a viva voz. Y allí estaba yo contando mis hazañas, como un tonto, a un muchacho como Leonardo y a uno como Ernesto, pero lo más divertido, era mofarnos de las peculiaridades de Preiss; él se encerraba durante una semana, con la disciplina que se imponía para crear un poema. Para tramar con exactitud un texto necesitaba las facultades combinadas de un matemático (que no era), con las del yogui y del gurú (que tampoco era). Pasaba horas y horas tendido en la cama con una venda sobre los ojos, trazando minuciosamente cada paso, cada movimiento que debía hacer. Cada pequeña estrategia la ponderaba concienzudamente, hasta el detalle más insignificante. Pero, como un autor o un compositor, no quería emprender la ejecución de su plan hasta que fuera perfecto. No sólo tomaba en cuenta todos los errores o accidentes, sino que además, como un ingeniero se concedía un margen de seguridad, para hacer frente a cualquier esfuerzo o tensión imprevisto. Quería tener completa seguridad en sí mismo. Y, finalmente, quería poner a prueba aquel texto ante sus más leales críticos: nosotros. ¡Qué mierda! Digno de una rata. A veces decía: "Un pequeño descuido y ya no hay esperanza". Lo mejor de él se evidenciaba cada vez que lo hacíamos pedazos, nunca se defendía a tiros. Al contrario, salía más seguro de sí, más lleno de ideas y dispuesto a reanudar la tarea. Más tarde abordaba al primer conocido con el cual se cruzaba, y se desahogaba con él, confiado en que la víctima quedaría reducida a tal estado de terror, que no podría hacer nada. Salvo quedar paralizado por una energía inhumana. Quizá gozaba con la idea de

toparse con un afamado escritor, de pedirle fuego para el cigarrillo; preguntarle cierta dirección, de mirarlo directamente a los ojos; tocarlo y darle las gracias, sin que el escritor concibiera la menor sospecha. Acaso ¿necesitaba una emoción como ésa para adquirir firmeza, para mantener la serenidad?, porque una cosa es reflexionar intensamente a solas, encerrado en la seguridad de la habitación, y otra muy distinta, es actuar fuera de la casa. En cualquier caso; Preiss, Ernesto y los demás gozábamos cortejando el peligro; en otras palabras, resultábamos criminales de primera categoría; es decir, la víctima, el cobarde, ni siquiera el sujeto ruin y solapado. También actuábamos para la galería ¿Por qué no? Uno debía divertirse.

Más tarde, en aquella misma pieza, caí en cama con una inesperada fiebre y jaqueca. Al segundo día desperté bañado en sudor. Mis ojos estaban nublados. Los pies, en el transcurso de la noche, se me hincharon; no me hacían daño, pero habían perdido toda su sensibilidad. Tres días después me levanté y decidí vagar por las calles. El calor y la humedad se habían apoderado de la ciudad. En la pared de un edificio vi un afiche anunciando una lectura de poesía. Por supuesto, de poetas sin talento. Lo pasé de largo. Ellos no distinguían al poeta del sepulturero. ¿De dónde había salido yo y cómo había sobrevivido hasta entonces? Es, contra todas las probabilidades, algo imposible de responder. Y, en fin, continuaba mi camino. Concepción, cuatro de la tarde. El cielo extendiéndose arriba por todas partes. Esta vez estaba bien.

Ella acababa de ser dada de alta de la clínica psiquiátrica. Su nombre: Valeria Pía Sotolichio. Valeria Pía Sotolichio una vez publicó letras de canciones muy populares en las

revistas *Rocinante*, *Atenea*, *Quiltro*. Solía verse jubilosa en los lugares de citas de las pandillas adictas al comic, al graffiti y a la literatura de ciencia ficción y, al mismo tiempo, parecía que no estuviera allí, sino en otra parte. En el ambiente había ganado cierta fama a raíz de su frialdad implacable. Y ninguno de nosotros tenía los suficientes huevos para invitarla a alguna fiestecilla. Mis amigos se burlaban de ella. Un día me hincharon las pelotas con Valeria aquí y Valeria acá, por lo cual les dije que la había invitado al cine. Se produjo el silencio. Había utilizado el último truco: ser cruel con el cruel, ser estúpido con el estúpido, el cruel y el estúpido eran el mismo. Al llegar a mi casa empecé a dar vueltas en el comedor; me entró el pánico, una espantosa paranoia, así que me di de cabeza contra una puerta. Ya no me quedaba ninguna capa de retórica con que cubrirme, estaba atado y amordazado por la realidad más real que nunca. Lo merecía. Me repetía: "Me sacrificaré, si un hombre es capaz de hacer feliz a una mujer en la vida, la vida vale la pena." Había adoptado mi cuota de valentía y debía aceptarla. Todo el mundo asumía mi indiferencia suicida por valor. Pero no. Resultaba un farsante. Yo no tomaba nada de nada por nada. Bueno, un jueves de mediados de febrero —fastidiado sin duda, pero no exento de benevolencia— llamé a Valeria y salimos. Y debo decir que con una loca o ex loca lo puedes pasar mejor que con cualquier mujer cuerda que hayas conocido jamás. Por último me permitió ver su sonrisa en el jardín de su casa, a plena luz de la luna y cuando alcanzó su mayor alegría me susurró al oído: "Puedo aspirar el delicado fulgor cadencioso de tus ojos", luego dijo: "Hace un mes fue el día de los Santos Inocentes". Era verdad. Dijo esto y más: habló de las revistas a las que estaba suscrita; recordó los fabulosos días de adolescencia cuando partía al colegio desayunando sus tabletas anticonceptivas; expresó su entusiasmo por la democracia chilena, tan podrida como la dictadura, pero democracia al fin y al cabo; me explicó lo fascinante que

resultaban los masajes con la puntita de los dedos para estimular la circulación (realizados en los Spa), seguidos de unos minutos de rayos ultravioletas; habló de esto y de mucho más. Mientras lo hacía, una sonrisa (estoy casi seguro) le flotaba en la cara. Sinceramente no parecía faltarle nada. Las mentes de mis amigos estaban ciegas. Ella era única. Maravillosa. Celestial.

Paula siempre se refería al amor platónico cuando hablaba del amor carnal. Y para ello montaba un magnífico espectáculo. Era una tipa fatal y juntos nos reíamos mucho. Paula un día me advirtió que un estudiante de medicina se había enamorado de ella, pero que nunca le hacía la menor proposición. Sólo la miraba. Yo le dije que estaba bien. Y luego, sin querer, le conté que Maka hace unos días había ido a verme (jamás pude contarle lo de Valeria). Paula gritó. Estaba temblando. Entonces salió huyendo hacia el dormitorio. Me sentí enfermo, inútil, triste y ahora que lo escribo me siento tan mal como entonces. Mucho más tarde llegó Romina y si Paula comentaba las cartas que recibía de mí y, en cierto modo, me interrogaba sobre ellas, Romina no solamente suspiraba sino que resoplaba, bufaba y, al final, se quedaba muda durante una hora y el rostro se le llenaba de desilusión y desencanto. Romina, por alguna razón, siempre se escandalizaba por cada pregunta de Paula. Y Paula articulaba palabras que cada vez se volvían más anodinas, más concisas, más taciturnas. A mí poco me importaba. Sea como sea, a Romina, en general, le fascinaba respirar el aire del mundo, sin tomar en cuenta lo que hacían o dejaban de hacer los otros. "Son tan cómicos —dijo Romina—, Jerry Lewis y Cantinflas son una alpargata al lado de ustedes". Me retorcí de risa

sobándome la guata. Más tarde, Paula me preguntó cómo hacía el amor con Maka. Nunca le había dicho cómo hacía el amor con Maka. Le dije que lo desconocía.

—¿Cómo hace el amor Maka? —murmuró, apretando sus labios contra los míos—. Pronto, que se me sube la sangre a la cabeza y no puedo seguir así.

—Lo hace muy bien —dije, mordiéndole el labio—, muchísimo mejor que tú y más seguido.

Entonces se espantó, se apartó y se puso furiosa. Armó un escándalo que casi nos meten presos a los tres. Así andaba yo, mirando para cualquier lado, sin saber para qué. Vagando sin rumbo. Caminando como sonámbulo para perderme. Y, cada nuevo día, buscándome. Sin duda, ésa fue la peor época. La época que estuvo más cerca de acabar conmigo. Mi mente dejaba de funcionar. Me convertí en puro instinto y egoísmo. A veces me vuelve la imagen de Paula a la cabeza. La tengo dentro y no puedo sacármela. Paula llegaba, eventualmente, con un desconocido y el desconocido se plantaba delante, arrugaba la nariz, y me decía: "Háblame de ti. Tú debes ser poeta, ¿verdad?" "¡Chucha!", recapacitaba yo, y le soltaba mi mierdecilla. Siempre preguntándome hasta dónde podría llegar, y, habitualmente, terminaba el discursito diciendo algo así: "...Y no hablemos del tiempo de ratas que hace afuera y de mí mismo". Después de haber hablado cada segundo de la santa, agotadora conversación de mí mismo. "¡No nos hagamos el Jodido-Señorito-Inocente!" Eso les encantaba. Y entonces Paula terminaba con una lágrima corriéndole hasta el cuello, pero ella la mayor parte de las veces se comportó como una dama.

Frente a nosotros los edificios se alzaban en una explanada de varios niveles y el inferior se había

convertido en estacionamiento. Había viento, mucho viento.

—Recuerdo aquella nena atada a la cama... se la metí hasta por las orejas y al final, me oriné encima de ella —dijo.

—¡Por Dios, papá, vas a conseguir que me ponga mal de los nervios!

—Creí que eras el chico duro.

—Eso es sólo porque no me cambio camiseta a diario. ¿La dejabas deglutir algo?

—¿Qué es deglutir?

—Vete a la mierda ¿Le pasabas el baño?

—¿Qué baño? Allí no había baño.

—Oh, Dios, pero hombre y ¿qué hiciste con ella?

—La desaté, si no me engaño.

—¿La desataste?

—Al final la desaté. No quería que me acusaran de perverso, de violador o de asesino.

—¡Qué atento!

—Pero estaba borracha, así que creo que no se va a acordar de nada.

—Bien pensado.

—Vamos... ¿quieres pelea o sexo?

—Hummm... quiero sexo.

—¡Camarera! —gritó mi padre.

La camarera de aquel bar era su dama. La muchacha llegó con un trocico.

—¡Bebidas! —dijo mi padre a su dama.

Yo imaginé que realmente le iba a pedir a su dama que se quitara la falda, para darme lo que pedía. Pero no, sólo ordenó bebida. Entonces le escruté la cara a fondo, él llevaba el cabello lacio y la fatiga reflejada en su rostro, ligeramente encorvado, pero todavía espigado. Llenó su vaso con bebida y aproveché ese momento para decirle, con energía, que me marchaba. Casi dejó caer el vaso y palideció. Yo intuía que debía irme de allí, si no lo hacía podía darme por muerto. Siempre me he preguntado si aquel diálogo fue producto de nuestra completa ausencia

de sentido moral, incapacidad crónica para amar o delataba el retrato exhaustivo de dos tipos fuera de serie o sólo pretendíamos hablar fuerte, claro y alto.

Menos de seis meses después, tomó un tarro de bencina del garaje, se roció el cuerpo de los zapatos a la cabeza y se prendió fuego. Cuando lo encontraron aún respiraba. Lo llevaron a una clínica. Mi madre se sentó al lado de mi padre y se pasó casi cinco días cogiéndole la mano y procurando mantenerlo cómodo. Al quinto día, mi madre salió a sacar dinero del cajero automático y cuando regresó mi padre había muerto. En fin, ya es cosa del pasado y, sin embargo, ¿cómo no iba a sentirme responsable de aquello? ¡Por Dios, era mi padre!

Mi primer intento de suicidio fue cuando estaba a punto de cumplir los veintiuno o un poco menos. Por aquel entonces yo andaba con aquella muñequita. Ella; delgada, flexible y siempre con una minifalda a ras de culo. Ella tenía novio y con el autor de estas líneas, la muñequita, hacía el desaguizado. Un día dijo: "Claudio... Ya no puedo, no, no, no." Ella amaba al novio y a mí... Bueno, a mí me amaba, pero él era el novio. Y ella era SU novia. Estuvimos un lapso en silencio, intentó darme una palabra de aliento que, contra mi quebrantada voluntad, yo desprecié. Se había acabado para mí. Lo decidí ese mismo momento. Iba a aplastar mi flaca humanidad. El reloj marcaba cerca de las seis de la madrugada del domingo. Me paré en una esquina esperando. Un camión o un micro son, hasta donde yo sé, armatostes poderosos, con las que puedes inventar un buen numerito para hacer al mundo testigo de tu derrota; y eso ¿aportaba en algo? Si en ningún sentido aportaba, entonces yo me decía; "No, ¿y qué?" A la distancia vi avanzar la mole: enorme,

imponente, indestructible. Bastaba que diera el paso en el momento preciso y zas. Pero qué significaba eso; ¿sexo?, ¿un juego? No, aquello delataba el melodrama mediocre, la melodía insignificante y barata. La típica mierda mentirosa, fullera, latina. Pasaron uno, dos micros. El acólito, en actitud de espera, montando guardia. En la claridad las luces de la ciudad parecían anémicas. Riendo, me dije: "Maldito imbécil, tú no quieres matarte". Crucé la calle en dirección de un teléfono público, lo descolgué. Gracias a Dios estaba en buen estado. Llamé a Valeria, mi amiga que el resto de los bufones creía desequilibrada, pero para mí estaba totalmente cuerda. Valeria pertenecía a esa clase de mujeres que podía sacarte del oscuro agujero. Ella poseía una gran capacidad de ternura y me quería mucho más de lo que había esperado. Pasamos un día magnífico en la brisa de junio. Ahora lleva tres o cuatro años casada. Esa tarde, retornó a su casa y yo sabía que no nos volveríamos a reunir en mucho tiempo. Ella me miró a los ojos, me jaló del brazo y me abrazó.

Leonardo me venía a ver porque pronto se iba de viaje. Se marchaba a visitar el santuario de ballenas del sur de Chile y no sabía si para siempre. Él y su pareja llegaron a una especie de acuerdo. No logré entender si se casaban o no, pero parecía ser que sí. La pareja, Caty, se mostraba como una mujer muy práctica. Leonardo concluyó que tener a Caty cerca, lo compensaría contra cualquier clase de disgusto que le podría provocar en el futuro.

Leonardo me contó esto sentado en mi alfombra y comiendo galletitas.

—Me estoy dando cuenta de una cosa. Me estoy dando cuenta de que tienes un apetito descomunal —le aseguré, mientras me afeitaba.

Leonardo se dirigió a la mesa. Husmeó en la ensaladera. Tomó un pedazo de pizza, la mordió y luego se largó con la pizza en la mano. Mientras terminaba de afeitarme llegó Paula, se dio unas vueltas delante de mí y me preguntó qué me parecía. Intenté pensar qué me parecía, pero fue lo máximo que conseguí pensar y no logré decir nada.

Tras una pausa, Paula me pidió, en tono demasiado indiferente, la dirección de Carlota y de Romina. Se la di y se esfumó. Las dos muchachas ocupaban el mismo departamento. Tal vez pasaría mucho tiempo, hasta que otra mujer como Paula entrara en mi vida o se largara de ella. Salí a la calle. En la vereda me encontré con Ernesto y con Preiss. Entre otras cosas me preguntaron si volvería a salir con Valeria. Les respondí que por supuesto, aunque no lo visualizaba en mis planes de manera concreta; además, afirmé que Valeria nunca había estado loca y que nunca podría estarlo y que, incluso, la consideraba una mujer sensible, transparente, extraordinariamente guapa, bien vestida y muy mundana. Nos despedimos. Me senté en un paradero, saqué una carta —firmada por Rodrigo— de mi bolsillo. La guardé en el pantalón sin leerla. Entré a un supermercado a comprar algún dulce, allí me crucé con Maka y nos saludamos con una sonrisa; no conversamos, pero sí nos saludamos; al final no compré nada y me metí a un café y escuché a unos muchachos discutir de Poe y luego se pusieron a conversar conmigo. Es triste llegar a un momento de la vida en que es más fácil dialogar con mocosos sobre Poe que leer a Poe. Y hablamos de Elvis, de las tetas de las gemelas Campos, de Don Francisco, de Lee Harvey Oswald y de Canes. Y en este país de mierda, aburrido y arribista ¡quién no habla!; hasta el Presidente habla como papagayo, ese amoroso analfabeto habla de la cultura; recuerdo cuando en un documental de televisión

atribuyó a Jorge Tellier la memorable *Residencia en la tierra* de Neruda. Es como atribuir a Roberto Gomez Bolaño (el creador del Chapulín Colorado), el film *2001 Odisea del Espacio* de Kubrick. Hay una hora en que todo suena espantosamente falso. Y, justamente, ese pesimismo tan profundo, tan desolador, tan a tono con los hechos, me daba aspecto desarrapado, diáfano, despreocupado.

Aquello no era tan malo después de todo. Es difícil hacer el tonto cuando la mitad del mundo se esfuerza igual que tú. Estaba seguro que un día no volvería a ver a mis hermanitos de la pasión con sus espíritus temblorosos. Llevaba mucho tiempo sin dormir y andaba demasiado cansado para armar lío. En un momento me encontré solo entre las mesas, cerraban. Salí del café y caminé sin rumbo un buen rato. Luego caminé hasta un supermercado y luego más allá. Todo resultaba hermoso en aquella madrugada de agosto. Me cobijé bajo un árbol viejo y enorme que florecía en medio de unos bloques de edificios. Allí dormí durante dos deliciosas horas, sin más molestia que la de algún zancudo ocasional. Me desperté con un fuerte dolor de cabeza y un frío de muerte. Seguí recostado allí, desalentado. El frío calándome hasta los huesos. Me pregunté dónde estaría Paula y su cuello de porcelana. Dónde estaría, en uno o dos años, cada uno de los muchachos. Qué sería del rostro moreno y rechoncho de Leonardo. Qué sería de Carlota y sus prominentes labios y de su dominio para manejar las conversaciones más triviales, que se divierte con todo y con todos y que, a veces en la noche, sonreía cálida y agradablemente a la vida cuando la verdad y el dolor le hacían frente con dulzura.

Dios, ¿en qué tipejo vanidoso me había convertido yo? Como persona, tal vez, superaba la inquina del monstruo

horrible, pero las mujeres, sencillamente, me odiaban (como si fuera la larga sombra de una historia dolorosa y sórdida) o me adoraban con una debilidad infantil, vergonzosa, indefinible. Constituía la ley de la vida, una ley tan volátil que podía inclinar la situación en un sentido u otro. Las mujeres querían seguridad para procrear y, en segundo lugar, para tener sexo. El hombre quería pezones enfundados en sostenes, sus uñas, su pelo, sus pestañas encrespadas, carne, carne, carne, sexo, sexo, sexo. La mujer suele destilar amor por aquellos bastardos y bestias. Ellas siempre se ligan al mierda más pestilente. Parece que siempre andan detrás del farsante más descarado. Lo curioso, lo raro, extraño y singular es que percibe en el hombre algo que ella no desea saber, no desea mirar en esa dirección y comprobar quién es, ya que la mujer sabe que el farsante sobrevive más y mejor en esta sociedad y, en consecuencia, lo prefiere. Así que estaba allí. Yo; el tipejo. Ella; frente a la vitrina. Yo miraba el cinturón colgándole por el rabo. Ella, muy sexy. La mayoría de los machos crecen y terminan siendo maduros y arrogantes, lo que conlleva indefectiblemente un hado trágico y, en las ocasiones en que logran (por los pelos, siempre por los puros pelos) entablar una aparente comunicación con las mujeres, ellos obtienen algunos momentos de felicidad (ante lo cual me regocijaba y me decía a mi mismo: ¡Oh! Qué maravilla, aunque sea con una morza sáfica, ¡ay, síiiiiiiii!). Mientras miraba los lindos glúteos, pensaba en ello y mis glándulas salivares empezaron a segregarse desafortunadamente. Luego pensé en facturas de gas, facturas de luz y cuentas de teléfono, en platos por el suelo, en hijos y automóviles. ¡Oh, Dios! El mundo funcionaba de esa forma. No, no había manera. Continué caminando por el paseo peatonal. Villanueva nunca sería un hombre. Sería un artista. Eso es. Como necesitaba olvidarme de los lindos glúteos, comencé a repetirme la misma melodía una y otra vez, otra vez y otra vez. No había necesidad de excesivo ingenio o coraje. En esta ocasión no quería ser el mono que caía a la boca

del tigre. Ella debía ser la cebra atrapada en la mandíbula afilada del cocodrilo. Por supuesto, esto me lo dije asumiendo que era un subterfugio más, pues era incapaz de realizar un movimiento distinto al que estaba haciendo. Nada cambiaría el hecho de ser el tipejo melindroso.

Pero lo malo, lo realmente malo, significaba quedarte aquí, en este sitio tan pequeño que a veces te obligaba a encogerte. Estaba cansado de este sitio pequeño. Estaba hasta las putas y malignas huevas. Estaba harto de que me miraran sin que yo me enterara. Como si fuera ayer mismo, recuerdo cuando Paula me aseguró:

—Concepción te dice cosas.

—¿Qué? —pregunté— ¿Cómo has dicho?

—Aquí hay algo siniestramente interesante, por ridículo que parezca.

Eso fue lo que dijo e inexplicablemente se echó a reír. Hablaba como en japonés y jugaba con un perro Chow-Chow condenadamente estúpido. Aquello era un maldito mensaje cifrado. No supe qué contestar. Entonces Paula, con voz suave, empezó a recitar a su Höl:

*Tengo poco que dar, poco que perder,
pero una felicidad me queda,
la única que tengo todavía, en prenda
de días que fueron más dichosos.*

Y luego lo decía en, según ella, el idioma de Höl(derlin):

*Nicht vieles kann ich bieten, nur wenig
Kann ich verlieren, über ein liebes Glück,
Ein einziges, zum Angedenken
Reicherer Tage zurückgeblieben*

Lo recitaba de memoria. Lo fantástico (más allá de las apoteósicas licencias de su propia traducción, me bastaba verle la cara para imaginarlo, sin contar las cosechas de su propia inspiración que nunca logré advertir) es que tenía que estar en muy buena forma para hacerlo. Había que estar tranquilo. Sereno. Tenía que ser capaz de soportar el propio pensamiento sin interferencias. Me pareció algo totalmente descabellado. Tan descabellado como el día en que Carlota bebió mucho tequila y whisky y no sé qué más y le quemó media pierna a Preiss con la plancha. Fue terrorífico, traicionero, tangiblemente doloroso. Pero no sé por qué reíamos.

Paula encendió un cigarrillo y echó la cerilla al cenicero que siempre dejaba en la mesa. Estudió las colillas. Se levantó y tiró el contenido a la basura. El maldito perro seguía dando vueltas por allí.

Era un día cálido e indolente. Podía verse el polvo suspendido en el aire.

En cuanto a mí, quizá debía decir como decía Ernesto: "¿Se puede saber quién me ha hecho esto?". Pero Ernesto lo decía en pijama, con la ropa enrollada bajo el brazo. Y le salía jodidamente divertido. Lo decía como si ocultara un marica debajo del lavaplatos. Todo lo reclamaba animadamente desde la puerta de la cocina.

Paula volvió a jugar con el perro.

Por alguna razón, a partir de entonces todo parecía ir bajando por la pendiente. Fue como el adiós a los buenos tiempos y la caída en los malos. ¿Es eso lo que sucede cuando comienzas a abrir los ojos? ¿La mala suerte para ti y tus compinches? No creo que creyésemos de verdad lo que decíamos. Los sueños condenados al fracaso dividen definitivamente las vidas entre el entonces y el ahora.

Ahí están los grupos de especialistas en literatura. Esos pequeños equipos organizados para dictaminar lo que pasa o lo que no pasa en nuestros libros. Para sacar la luz cuando no tienen tiempo, para escudriñarse la luz del propio culo. Esos chiflados con neurosis, esposa, gatos y sin tiempo, en marcha y ciegos. Veamos, hay trogloditas y majaderos entre nosotros desde hace mucho. Sólo que en otro tiempo no se había convertido en una plaga y hoy pululan como insectos. Pronto llegará algún informe confirmando que si antes había simios en el piso de abajo, ahora, también los hay en el piso de arriba. Y, luego, se reunirán otra vez (como tantas veces lo han hecho). Se frotarán las manos, sonreirán y se sentirán satisfechos. O desaparecerán como el excremento por el w.c. Parece que les da igual que los desenmascaren, siempre que el gráfico de beneficios se mantenga (becas, premios, invitaciones, cóctel, etc., etc., etc.), todo por el progreso de la humanidad y de la historia y de las envidiables posibilidades de la literatura del país. Y dirán: “Pero observemos la obra del señor X; y si inspeccionamos el poema del señor M; y, cómo no, el párrafo de la novela de Z.” Dirán todo, menos la verdad, o sea, que el señor X, M, Z sienten que la vida no ha sido muy buena y que, en definitiva, cada uno de ellos está perdido y asustado. Asustado de ser normal y asustado de ser un raro, asustado de ser despreciado y asustado de ser amado. Ahí están estos comecocos con sus palabras mecánicas, y llegará el tiempo en que se demostrará que son absolutamente falsas. Y que se les pagaba con creces por garrapatearlas; un cursillo en Europa, charla en EE.UU. Y seguirán fantaseando. Recuerdo un día, estaba en el café Colombia (en la diagonal) con un amigo, que, a la vez, formaba equipo con estos comecocos. Y entre café y café me incliné hacia él y le pregunté:

—Dime, Ernesto, ¿Estoy loco? Vamos, muñeco, dímelo de una vez. Puedo aguantarlo.

Él empujó la taza de té, la posó encima de la mesa y me dijo:

—Pero, hombre, quizá sí, quizá no, qué sé yo. En un escritor de tus proporciones, es difícil saber.

Hizo una pausa.

—Pero de una cosa estoy seguro —afirmó.

—¿Cuál?

—Como no me ligue a una tía en este momento, soy yo el que va a acabar desquiciado.

Esos eran y son, los comecocos y estudiosos de nuestra literatura.

Tuvimos unas cuantas reuniones. Un día Preiss manifestó:

—Villanueva, necesitamos que escribas el editorial.

—Bien —dije.

Me fui a la plaza, considerando el error que había cometido. Todavía andaba haciendo el tonto y dando patinazos con aquellos zánganos, pinganillas, tramposos y zoquetes. Sentado en una banca de madera, escribí el editorial que sería publicado meses después.

Tal vez estas sean las mismas nubes que contemplabas, muchachita. Te imagino naufragando en el ocaso de las tardes, hace ahora más de dos años, las maravillosas nubes que pasan, que pasaban, ante estos ojos torturados (es el drama), las recuerdo mejor que todas mis pequeñas vanidades o derrotas y es tu voz que resuena al otro lado de cada una de las palabras, acompañadas de mi falta de

tacto o talento o sentido del ridículo o lo que sea. Nena, esta es la más mínima porción de luz, la más mínima porción de nada que puedo ofrecerte; y es mejor, pienso, que aquellas zambullidas al vacío desde balcones de casas ocupadas o aquellas tardes sentados en la terraza de una boite muy conocida... Recuerda; tú eras un capullo o mejor la chiquilla rabiosa; yo un pijotero, casi un hombre o un palurdo o casi alguien; por supuesto, algo de aquello quedará en estas palabras.

Se publicó en el diario de poesía underground o, mejor dicho, el pasquín que nos daba la posibilidad de llenar el vacío, el espacio. Nada de moral ni escrúpulos ni ideales. Y pronto descubrí que tenía a otros lectores que leían lo que yo escribía. Aparte de aquellos barbudos y punkies y pendejeretes y cerdos comemierda; también me leían, lo cual en realidad era la única ventaja tolerable, dos o tres bellas muchachas extremadamente refinadas.

Son experiencias, momentos o estados de ánimo, aparentemente inocentes los que pueden sacarte de este mundo en cuanto te descuidas. Me metí en aquel basurero a orinar. Todo allí olía muy mal. Como debía ser; fétido, olor a goma, a aceite quemado, si bien abundaba el pasto y diminutas flores de pétalos blancos con coronas amarillas. Completaban el panorama las heces por todos lados. Había encontrado mi nivel. Parecía muy hermoso. Al fin la vida. Al diablo los grandes placeres mundanos, cada gusto civilizado. Tres ratas corrían dispersas, por aquí y por allá. Terminé de orinar,

me sacudí la diuca. Empecé el largo paseo en busca de un local. Me alejé de aquel santuario maravilloso. Continué caminando; locales cerrados por ambos lados. *Buen Dios*, pensé, *¿le pasó esto, alguna vez, a Marlon Brando o a Andy Warhol?* Pero sabía que un día el mundo se arrodillaría ante mí como un corderillo impoluto. En una esquina vi a aquel adolescente desgarbado, llevaba una camisa negra y la corbata blanca y usaba unos enormes anteojos. Sus ademanes se podían considerar muy finos, tan agradables, tan hipnóticos. Hablaba por teléfono.

—Oh, sí, amor, tengo que verte, sí, itengo que verte! Sí, o me abriré otra vez las venas... he actuado en una obra de teatro, una larga y poderosa obra, sólo para ti, es estimulante, sobrecogedor, excitante... tengo que verte o me cortaré... (Y bla, bla, bla)

—...

—No, mi madre no estuvo... no trates así a mi madre, sé que es una alcohólica patética, pero es la única madre que tengo... cariño, ahora te necesito o me voy a cortar una vena...

"Debo largarme de aquí", me dije. "Éste no sería capaz de cortarse el cordón del zapato. ¡Qué ladilla, qué mariconcito repugnante!". Estaba seguro que después se iría corriendo a sentar a su bar predilecto a evocar ante el mundo como ha actuado en la obra de teatro y hablaría de James Dean y de Marlene Dietrich y fingiría ser artista y todo el mundo quedaría abrumado ante su voluntad inquebrantable, su meticulosa belleza, su sensibilidad tan inofensiva, tan resplandeciente. Es decir, había llegado a lo más bajo, a lo peor, al límite inferior. Me largué lo más de prisa que pude. Yo renacía y decidí irme a casa sintiendo la luz de la vida. ¿Volvería a ver las ratas maravillosas? Sí, sí, sí, sentía una ternura incontrolable hacía sus vidas llenas de mierda, hacia su hambre inconsolable.

Pero el verdadero día de lágrimas y locura fue, más o menos, de la siguiente manera: la mañana de aquel invierno fue dura, bastante dura y me estaba peleando con Carlota. Yo aseguré que, en otro tiempo, había sido feliz con Francisca; y Carlota lo comentó:

—Bueno, Claudio, supongo que entiendes mucho de putas, pero ¿qué sabes de otras mujeres?... ¿Sabes algo?

Sólo la quedé contemplando.

—Sí, ya conozco esa tontería de que es una personalidad única —insistió.

Yo no estaba con ánimo de nada. Ella dijo:

—Bueno, estoy dispuesta a discutir este asunto contigo.

Yo afirmé:

—Me parece bien que seas capaz de aceptar la realidad.

—Yo sé más de la realidad de lo que tú sabrás jamás. Estoy en muy buenas relaciones con la realidad. Y no quiero que lo olvides.

Romina y Leonardo nos miraban solapadamente y con aire de duda. Ernesto dormía. Carlota: ardiendo, yo: frío. Ella: hermosa, yo: borracho. Y, para rematar, ella empezó con un discursito diabólico:

—Uno no debe vivir para *esto* sino para *aquello*; importa el dolor y no la falsa felicidad; importa la vida y no la muerte; la realidad, no la ilusión.

—Claro, corazón... claro —aseguré.

Y dejé de escucharla, pero deducía de la expresión de su rostro pálido que seguía sermoneando. Carlota, cuando lo deseaba, se convertía en una pérfida e intragable intelectual. No obstante, de algún modo, por algún mecanismo, eso nos provocaba un primer estado de incertidumbre, para pasar a la certidumbre total de su voluptuosa liberación. En aquel momento me ponía infeliz verla así. Ella opinaba que yo me había portado como un cerdo, pero que, de todos modos, era un hombre que valía la pena, y, que debía seguir viviendo y no morir

y que, incluso, digamos, podía hacer algo por mí. Al final dijo que me respetaba.

—Nena, tú no serías capaz de respetar a tu madre —dije.

—Niños, niños —intervino Romina.

Nos quedamos en silencio. Ernesto había despertado por el alboroto. Leonardo, mientras rasgaba con los dientes la chuleta de cerdo que tenía entre las manos, contó que un tío se había pegado un tiro en una disputa familiar. El tío era un hombre débil, fastuoso, sentimental y fracasado. Llegaba a casa cargado de coñac y, cuando pequeño, solía cantarle viejas canciones. En el colegio había sido un gran deportista y, en la adolescencia, un insuperable jugador de billar. La madre de Leonardo decía que el tío se había transformado en el vago y la vergüenza de la familia. Pero Leonardo lo admiraba y lo quería. Romina pidió un brindis por el tío de Leonardo y todos brindamos. Romina aquella noche se comportaba como una muchacha afectuosa. Estaba abochornada y parecía haber llorado con la historia de Leonardo. Ernesto le pasó la mano por el pelo y le dijo: "Hola." Ella lo miró fijamente. Ella se mostró encantada con los ojos atormentados de Ernesto. Cada vez que nos sentábamos allí, se apoderaba de nosotros una especie de fiebre con poder milagroso. Luego salimos a la calle y nos despedimos muy alegres, echando risitas y más tarde, Leonardo y yo, tratamos de fornicar con una camarera guapísima, pero no lo conseguimos y a él no le importó y a mí tampoco. Caminando, llegamos hasta los Tribunales. Sondeamos a uno y otro lado. La calle O'Higgins estaba desierta. Observé a Leonardo: el lúgubre y santo mentecato.

—¿Qué haces los domingos por la tarde? —le pregunté.

Se sentaba en la puerta de la casa. Los niños pasaban en bicicleta y se paraban a conversar un rato. Leía revistas y se tumbaba en la cama.

—Y los sábados calurosos, ¿qué haces?

Invitaba a su pareja a comer palomitas de maíz, con Coca Cola y dulces.

Nos sentamos por allí. Santo mentecato bostezó. Yo bostecé. Más tarde subimos a un taxi, en la radio una señora y su marido abrían el corazón ante el locutor y los oyentes. Partían afirmando ser Católicos practicantes y, al parecer, seguían todas las reglas sin caer en la vehemencia, lo que aumentaba el encanto. El marido tenía un amante, pero él ni ella querían el divorcio, simplemente anhelaban que el trío se consolidara en el respeto y la tolerancia. El chofer comentó:

—No se puede hacer nada para ayudarles aunque se quiera —y los ojos del chofer reflejaban una tremenda ternura.

Leonardo escuchaba despreocupado. Nosotros formábamos parte de la vida real como cualquier otro. Aquello sucedía.

Pasaron unas semanas. En mi piel sentía la tarde apacible de abril. Lo cierto es que llevábamos una botella de dos bocas y un montón de condones. La botella la había traído Romina de Holanda. Ella conducía. Romina decía: "Todos tenemos derecho a un gran polvo tarde o temprano". Yo le iba pasando la botella. Ella decía: "Éste es un bonito automóvil. Nadie podrá encontrarnos en este automóvil". Yo continuaba pasándosela. Romina decía: "Debemos echar un buen polvo". Yo sonreía. Le alcanzaba la botella y yo, en ocasiones, bebía algo y nada. Cuando paramos a llenar el estanque en una bencinera, el viejo de la bencina le preguntó: "¿No eres una niñita demasiado joven para ir en un automóvil como este?" Y ella contestó: "Todo lo que necesito es amor, cariño. Y creo que este muchacho me lo va a dar". Me apuntó con el dedo.

—Ja, ja, ja —rió el viejo.

Seguimos hasta el mar. Le dije: "Todas las autopistas llevan a un sitio mejor". Y ella me lo creyó. Cuando llegamos al mar caía la noche. Nos sentamos junto a las olas. Liquidamos la última gota de la botella de dos bocas. Ella la arrojó al agua. Con ropa nos metimos en las olas. Era como sentirse en la confusa brecha que existe entre estar al principio de algo y al final de algo.

—¡Nene, dejaré que me violes! —gritaba.

—¡Nene, dejaré que me violes! —gritaba.

—¡Claro que sí! —contesté—, ¡claro que sí!

Luego regresamos al automóvil. Nunca la violé. Después hicimos esto y nada. Sonaba la radio. Ella reía. Yo reía. Tropezábamos todo el tiempo y nos gustaba.

No es frecuente encontrar a una mujer que admita las cosas, quiero decir, una mujer corriente y no la perversa, sádica, tráfuga. Pongo por ejemplo a Romina y a Carlota. ¡Eran un buen par de pájaras! Romina y Carlota solían decir las cosas, sin pelos en la lengua ni eufemismos, a quien las quisiera escuchar. Y para escucharlas, lo único que tenía que hacer era estar allí. Aquel proceso me permitía continuar cuando la vida en sí misma ofrecía muy poco, cuando la vida en sí misma resultaba un espectáculo terrorífico. Traigo a colación el discursito que le tejieron a Preiss:

—Te lo digo ahora, ¡largo! Sólo deseo fumar y beber mi vino en paz —exclamó Romina.

—¡Tú molestas mi vista! —reclamaba Carlota.

—¡Largo! —chilló Romina como nunca lo había hecho—. ¡Largo, has dejado un agujero en mi corazón para siempre! ¡Largo!

—¡Mierda, Claudio, se me ha acabado el vino! ¿Por qué no vas a comprar, por favor?

Al final yo me había levantado del sofá y Carlota había dicho:

—Oh... por favor... ¡la noche acaba de empezar! Todavía no has visto nada.

En la víspera de Semana Santa, Romina me dijo:

—Mierda —estas fueron sus palabras—, estoy perdiendo la mitad de mi vida, estoy aburrida, arruinada. Tengo que retomar el control de mi vida o, creo, me voy a saltar los sesos con la pistola de Carlota.

Puedo hacer una larga lista. En el cumpleaños de Ernesto, Romina y Carlota habían cruzado este diálogo:

—¿Dónde conseguiste el foco y el neumático? —interrogó Carlota.

—Los compré al chico de la cuadra; el muchacho los robó a su vecino y como yo necesito el foco y el neumático, los compré —esas fueron las palabras de Romina.

—¿Qué? —pregunté.

—Dame otro poco de vino —me dijo Carlota.

Romina había ofrecido vino al hampón y había regateado el precio. Aquel foco y el neumático habían costado mucho regateo y mucho vino. Eso simplificaba todo.

—Así se hace, amor —había dicho Carlota.

Tres días antes, Carlota me confidenció:

—Ernesto se compró un auto con alarma. Alarma de última generación.

—¿Sí? —interrogué.

—Sí. La última vez que pasé por el lado del auto me tiré un peo y comenzó a sonar.

Algunos juzgaban que Carlota se había convertido en ordinaria. Falso. Hay un mar de distancia entre la ordinariéz y la sinceridad. Pongámoslo de este modo: *Era una mujer capaz de aceptar sus más íntimas energías.* Y si no se dan cuenta de eso, no puedo hacer absolutamente nada. Es que vean; su vida la definiría como un libro. El mismo libro siempre. El libro de horas, de despropósitos y de la monotonía ociosa de la vida, en medio de la

actividad feroz. Más aún, ni siquiera era un libro, era la piojenta algarabía de locos, eso me causa gracia, y en el centro de eso, en ocasiones, estaba yo. Y Carlota sobresalía, en ciertos momentos de la vida, como una histérica que, sin entender porqué, iba de un lado para otro tropezando con las paredes; no obstante, cuando llegaba al límite de sus sentimientos contradictorios se convertía, la mayor parte del tiempo, en una chica perversa y fascinante. Romina, en cambio, se volvía taciturna cuando andaba semiborracha, para luego pasar a una etapa de absoluta timidez y terminar en su fase de melancolía. A lo mejor, seguía siendo una niña pequeña. No lo sé. Romina repetía que saberlo no mejoraba la situación. Sin embargo, para Carlota, para Romina y para mí (a esta conclusión llegamos una tarde), la vida no podía llamarse vida si no se deslizaba sobre ruedas y si ese deslizarse sobre ruedas, no tenía el mínimo sentido de confusión. Aunque fuese la confusión de la propia locura. La vida sin un sentido de locura no trasuntaba vida ni nada. Yo, para ellas, me desenvolvía como un tipo muy tranquilo cuando todos andaban eufóricos; y me volvía eufórico, cuando ya los demás empezaban a ser reflexivos. Parece algo extraño, pero es así. A veces los tres teníamos arranques, no parábamos de arrojarnos garabatos, blasfemar y nos extendíamos en consideraciones sobre la vulnerabilidad de nuestros sentimientos, la piedad y nuestra plausible, benigna bondad, una idea tan carente de todo sentido, tan simple, que resultaba genial, y siempre describiendo y examinando cada evento con curiosos y apasionados matices, impresiones, detalles. En ocasiones aquello terminaba en una parodia de la vida, a veces no, lo cual, como un juego serio, nos daba fuerza e inspiración para una nueva disputa, una nueva orgía, un nuevo empeño. Y eso no hay Dios que lo cambie.

Los acontecimientos, cuando se producen, suceden de forma instantánea. Recuerdo, claramente, que estábamos parados en la esquina de Barros Arana en el Barrio Estación, al caer la noche. Lo recuerdo porque me parecía totalmente absurdo estar escuchando a un flaco, con cara de nórdico, que me hablaba de la torre Eiffel, de las tierras de La Patagonia, del Mapocho y del Danubio, en una esquina del Barrio Estación. Veía su expresión, mientras hablaba, como la de un hombre que comprendía del todo lo que estaba pasando, pero que se daba cuenta, vagamente, de que en cierta parte de su vida, había cometido un terrible error. Y, por alguna razón, al final, me preguntó si vivía feliz, si tenía el corazón en paz y el alma en completa armonía.

—No, ¿y tú?; tú sí pareces feliz —dije.

—Lo soy —afirmó.

—Estupendo, ahora dime: ¿cómo lo haces?

—Es cosa de Dios...

—Eso suena maravilloso.

—¿Sí?

—Supongo, es muy bonito lo que dices.

—No, no sólo es cosa de Dios, es también un asunto del espíritu.

Esto último mereció una buena carcajada por mi parte.

—Eso es sensacional —le susurré—. Yo soy un puritano por naturaleza. Un puritano degenerado, por supuesto. ¡Amo y aborrezco! ¡Acepto y rechazo! ¡Codicio y desdén! ¡Deseo y desprecio! ¡Sí...!

Empezó a temblar y de improviso sus ojos se llenaron de asombro e inocencia. Estoy seguro de que yo le parecía un tipo divertido que se había comportado como un enfermo o un corrupto o un demente.

—Si continuó así, creo que tarde o temprano voy a terminar asesinando a alguien. Supongo que no me importaría empezar por esa señora tan compuestita de la

esquina o por la alcaldesa que nos deja pasmado con sus piernas. O por la famosa mujer del comercial del desodorante, esa mujer con carácter dominante y con pinta de mulata. O tal vez, por una decrepita artista —aseguré.

El tipo no me hizo caso y continuó hablando.

—He conseguido un puesto en un local de Mac Donald.

—Apuesto que es una tienda grande que pertenece a una cadena, aún más grande, con establecimientos que apestan abarrotados de gente y en donde tragan como si fuera el último bocadillo de la vida.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, nada más lo supongo.

—Esas son tonterías.

—¿Sabes quién toca hoy en el Sandunga? —pregunté.

—Ni la menor idea.

—Oye, este año la primavera se adelantó.

—Sí, hay mañanas soleadas que paso sentado en el jardín de mi casa tomando un vaso de leche caliente y leyendo el diario. Hay picaflores en el patio de entrada, junquillos amarillos que se abren paso tambaleantes entre la reja.

De improviso volvió a cambiar de tema.

—Hasta donde recuerdo habías dicho que estabas sin un peso.

—...

Comenzó a poner cara de ladino y sus miradas se tornaron socarronas. Se inclinó hacia mí.

—Tienes una pinta sospechosa.

—¿Yo? ¿Y tú? ¿O sólo con verte ya saben que eres una lindura de fiar?

Ahí estaba él con un denario en la muñeca y también cargaba una jaula con un perico, seguramente para poner el toque definitivo.

Entonces habló con soltura e indiferencia.

—Esta ciudad no tiene buen aspecto.

—Es deprimente.

—¿Crees en la astrología?

—Creo en todo.

—Esta ciudad es deprimente.

—Ahora hay un vientecillo cálido.

Él miró a un lado y a otro y luego a mí.

—Oooh... —dijo.

Un minuto más tarde me ofreció una pizza. Acepté y él se alejó.

—¿Oye? —grité, yendo tras él—. ¿Oye?

Pero no lo alcancé. Se había ido abandonando la jaula. El pájaro me miraba.

Odiándome me recriminé crispado: ¡Esto es lo que sacas metiéndote en una puñetera noche sin saber para qué! ¡Eso es lo que sacas no sometiéndote al sentido de la realidad como todo el mundo! ¡Es lo que sacas haciendo chistes malos! ¡Es lo que sacas haciendo chistes sobre tu propia vida!

Me quedé allí parado como un poste. Acabé paseando de un lado a otro. Al rato escuché unos pasos; él volvió con una sonrisa de oreja a oreja, traía una caja cuadrada en las manos, la abrió y mostró una pizza infecta. Se tragó un pedazo y le tiró unos trocitos al perico. Yo me comí el resto de la pizza sin chistar, en medio de la calle desierta. La pasta estaba grasosa, el queso rancio. No importaba, estaba dispuesto a asumirlo.

Nos despedimos con un buen apretón de manos. Caminé por la calle con cierta picardía. Cuando crucé una esquina mi figura se reflejó nítida en el espejo de un escaparate, rodeada de oscuridad, una oscuridad que daba terror, pero no me decía nada interesante y tampoco me hizo apurar el paso.

No paraban de solicitar que no fuera demasiado duro. Demasiado cruel. Demasiado insensible. ¡Sea positivo! ¡Sea indulgente! ¡Caritativo!, me aconsejaban. “¡Capullos

descerebrados —le dije a Paula— seré cruel, insensible y un hijo de perra y nunca cerraré el pico!” Al principio, escuchaba con una paciencia supina. Me comía el discursito completo. Me invitaban a hacer libaciones. Me ofrecían un cigarrillo o un consejo exento de toda intriga, probablemente con una pizca de resentimiento y siempre con las mejores intenciones. Yo, a cambio, les daba mi indiferencia total. El efecto fue asombroso. Nadie puede imaginar el efecto. Aunque la acción haya sido perpetrada por un tipo hediondo, soez, lúdico, soñador. Pero igual ellos creían que estaba obsesionado por mis propias obsesiones oscuras. Si hubiera tenido verdadero poder, sabe Dios lo que habría hecho. A muchos habría desenmascarado. Utilizaba el secreto a diestra y siniestra. Bastaba la indiferencia total, ser insensible, el energúmeno al que le encanta mosquear. Muy parecido a quitarle el fondo a un tarro de basura y tener la agradable sensación de que el edificio se tambaleó y se derrumbó en tus manos. Es que cualquier bastardo, que podía mantenerse arriba de dos piernas y con el cerebro lleno de mierda, se podía denominar humano. Yo creo que hasta los gusanos, los potros, los pigmeos y los gorilas, son más civilizados que la raza humana. Y continué. Yo por mi lado, ellos por el suyo. Ellos estaban aterrorizados. Yo me mofaba. Una mula podía llegar a destino más rápido que los idiotas que había conocido.

Aquella tarde, a las afueras de la ciudad, Leonardo y yo nos tiramos en el antejardín de un servientro. Los niños jugaban en el somnoliento atardecer del río. Las niñas se paseaban con pañuelos, blusas de algodón y sin medias. Leonardo las miraba y se frotaba el vientre. Reflejaba nítidamente el transcurso de años enteros mirando fotografías de niñas en trajes de baño y braguitas. El rollizo de Leonardo llevaba gafas y las miraba divertido. Los camiones pasaban con un rumor indescriptible. Aquello estaba condenado a ser barrido un día. El sol declinaba, los mosquitos revoloteaban. Existía una extraña quietud. Entonces, observando el entorno,

reclamé a Leonardo: "Mierda... me cago en Dios..." En realidad, aquello me daba vértigo, y un leve dolor de cabeza me hacía sentir que no estaba sintonizado con este mundo. Y más tarde, al recordar la escena, largué una gran risa hilarante semiderrotada, semidivertida.

Habían pasado un par de fines de semana. Era miércoles por la tarde. Ernesto y yo estábamos sentados en la plaza.

—¿Todavía quieres ser escritor? —preguntó.

—Quiero ser escritor tanto como tú quieres chupártela —expliqué.

—¡Oooh!

—Sí, pero es bastante desesperanzador. Aunque, seguramente, hay bufonadas que pueden despedazarte sin siquiera ser desesperanzadoras.

—¿Quieres decir que no eres suficientemente bueno?

—No, son ellos los que no me divierten.

—En mi opinión, no tienes pinta de escritor.

—Me puedes explicar cuál pinta, se supone, tiene un escritor.

—¿Qué quieres decir?

Aquí se vio obligado a confesar que no sabía qué lo había impulsado a hacer esa afirmación ni adónde iba a parar. Se frotaba la cabeza.

—¿Lees las revistas? —le pregunté.

—Las leo...

—Estamos en el 2001. Al leerlos a ellos, te comienza dolor de muelas o bien te quedas dormido. Parecen curas hablando de Dios y de gente que pareciera querer entrar en el cielo y no adivinan lo que es el cielo, y lo deprimente es que le tienen un terror terrible al cielo...

Personalmente pienso que uno no debe escribir nada que no pueda pronunciar fácilmente.

—Estás demasiado amargado y odias todas las cosas.

—La única manera de escribir es moverse de prisa y pegar con ambas manos. No existe otra manera.

—Pero si miras a Bayle...

—¡Maldito imbécil, Bayle! ¡Suena como una vieja al teléfono!

—Vale, ¿quién es tu autor?

—Oz —dije.

—Ese destripador de la clase judía.

—Él sabe que todo el mundo está loco.

—Bayle habla...

—Sólo los tarados hablan.

—Claro, tú no hablas, pero te pasas queriendo meterle mano a las mujeres.

—Estoy seguro que sin mujeres hace mucho me habría cortado el cuello.

—Eso es cuento.

—Es un cuento que funciona.

—Estás escapando de la realidad.

—Sí —dije—. Chile es la Gran Tierra de la Oportunidad y cualquier hombre o mujer que lo desee tendrá éxito...

Rió.

—Lavaplatos —dijo él.

—Perrero —repliqué sin querer.

—Ladrón —dijo.

—Basurero, bribón, pelotillero —proseguí yo.

—Celador de un manicomio —continuó.

—Chile es valeroso. Chile fue construido por los valientes.

—La nuestra es una sociedad justa.

—Si no yerro, para unos pocos.

—Una sociedad decente y todos los que buscan el tesoro que yace al final del arco iris, hallarán... —dijo—, hallarán...

—Millones de personas enloquecidas, apretujadas, esforzándose por ganarle el pan a los demás; cogiendo,

arrebatando, resoplando, muriendo sólo para ser enterrados en los espantosos cementerios en las afueras de la ciudad.

Dios se había ido. Éramos el cadáver. Esta es la ciudad donde nace el Chile de papel.

Empezó a llover fuerte. Era octubre. Nacía Concepción.

Nunca debí comenzar esta historia. Además, lo pasé extremadamente mal como para evocarla ahora. Lo entiendo demasiado bien. Y entenderlo puede llevar a alguien como yo, casi indiferente a todo, a sacudir al otro en lo alto del seso hasta que la sangre salte por el suelo. Me refiero a que si te sientes incapaz de aceptar lo que no te gusta o que te es profundamente indiferente, entonces estás perdido y sólo te queda rebelarte o sentarte a esperar que lo poco bueno que te ha sucedido no se haya marchado. Lo último que necesito es ser una persona estupenda, por eso admiro a los tipos que se odian a conciencia. Por supuesto, como ya había emprendido la narración, debía llegar hasta el final. Pienso en Preiss y Romina y Ernesto; traigo a mi cabeza esa cierta displicencia que expelían por los poros, pero más que nada me fascinaban por la forma en que se estaban matando minuciosamente. Preiss y Leonardo hipnotizados por una insoportable película japonesa. Yo metido en las lecturas de Barnes, de McEwan, de Tamy Han y todos entregados a la música y al Tarot como modelo de liberación, entregados al reconocimiento explícito de que, en más de un sentido, habíamos fracasado en la vida y en el arte. Queríamos salirnos del curso ordinario de la historia y de la vida. Rodrigo iniciándose desde abajo en la antípoda de Haendel y de

un compositor austriaco de una época absurda, pretérita, siniestra. Andábamos por la ciudad absortos en la punta de nuestros propios zapatos, dejando que ocurriera lo que tenía que ocurrir, queriéndonos o peleándonos, utilizando cada uno sus armas, sus argucias y una retórica que delataba cada insignificante connivencia o oscura maquinación, por no decir cada desfachatado complot y esto al margen de obligaciones de familia y de formas de gravamen moral. Una tarde de otoño pensé cómo nos estábamos empobreciendo. Lo pensé mirando a Ernesto, que miraba a Preiss, quien miraba el aire. Rodrigo siempre escuchando displicente, mientras Paula me explicaba lo buena chica que era Valeria y lo que la encandilaba escuchar su encantador timbre de voz y cómo le trastornaban su caminar delicado, su silueta airosa y su cándido semblante. Y si recuerdo la última pieza, había solamente suciedad y miseria y vasos con restos de cerveza, una media colgando en el rincón y una cama que olía a sexo y Paula pasando su mano fina, suave y transparente por mi muslo, retardando la caída. Sabía que hasta el último momento yo pediría un poco más de plazo, un pequeño suplemento de existencia. Buscaría, sobre todo, un último instante de placer, un capricho más.

Las cuatro de la madrugada y en la calle no se oía un ruido. No corría viento, no había un auto, ni siquiera había luna. Sólo las hojas amontonadas al pie de la ventana. Y la luz de la habitación. Me levanté. Saqué del cajón un par de revistas de chicas desnudas; *La Papaya*, *Cien por Cien*. Volví a meterme en la cama para echarles la ojeada. La pornografía crea adicción. Por ejemplo, yo era adicto a la pornografía y tenía que mantener el hábito de tres revistas y una película a la semana. Después de

una hora, tiré las dichas revistas y me fui al baño. Para despertar me froté la nuca frente al espejo. Soportaba como podía la mirada de la cara somnolienta, casta, excéntrica, lisa y llanamente una cara sana que padecía dolor. Entonces me vinieron a la mente algunas de las calurosas noches de Concepción. Recordé las tres noches consecutivas con Maka. Ella, a fuerza de patadas, solía dejarme sin sábana durante la noche. Una vez, durante un sueño particularmente violento, llegó a golpearme en el oído con el puño. La noche que siguió a esa, desperté y escuché cómo hacía rechinar los dientes en el sueño. La empujé un poco y dejó de hacerlo. A mí no me importaba, en lo más mínimo, su sueño. Sólo necesitaba volver a dormir. A veces, en la noche, despierto y la recuerdo. Quizá la echo de menos. ¿Qué tiene de extraño que la eche de menos? Pero al mismo tiempo me alegré de habernos separado. Recuerdo el momento de la despedida. Me hubiera gustado intentar decir una frase, modular una sílaba, pero no se me ocurría qué. Los dos seguíamos mirándonos, tratando de sonreír y tranquilizarnos. La verdad es que yo no era bueno para eso. Yo no parecía bueno para nada. Yo no era bueno. Lo peor es que me hacía pasar por lo que no era. Me creía capaz de entrar en la vida de la gente porque la gente confiaba en mí. Así hacía mi trabajo sucio, chulanguero. A veces me sorprende de mi propio estúpido pensamiento. Un día me sentí culpable y desprotegido y lloré por eso. Y, al mismo tiempo, no hallaba como arreglarlo. No podía hacer nada. Me sentía incapaz de hacer algo. Yo, el jodido cabrito consentido, con una fama muy menor. Un ex universitario con el aliento que huele a huevo y a ponche y la existencia bastante mediocre. En verdad mediocre. Aquella noche en el baño, rascándome la nuca, recordé el aroma de un pajar que llegaba de algún campo lejano y la casa de madera que había visitado de niño. Fue una de las pocas veces en que había descubierto que, más allá de los patios vacíos, las fábricas, negocios y centros comerciales; más allá de todo

eso, las vacas pastaban en la hierba, los cerdos se revolcaban en los charcos a mediodía y los perros ladraban a las ovejas en los cerros. Rascándome la nuca delante del espejo, vi a Ernesto y a Preiss, cuando el movimiento del agua nos hizo desear echarnos a dormir junto al río, lejos de la autopista. En medio del sueño escuchamos el grito de una muchacha y más tarde imaginé que así se escucharía el sonido de la muerte en cualquier ribera del mundo. El invierno que siguió a esa noche, Romina me dijo: "Ya no leo libros. ¿Quién tiene tiempo para leer libros?" Estábamos en un pequeño café del centro. "¿Quién puede concentrarse en estos tiempos?", decía, mientras removía el café. "¿Quién lee? ¿Tú lees?" Negué con la cabeza, mentí y ella sabía que mentía. "Alguien leerá, supongo. Ahí están todos esos libros en los escaparates de las librerías, en las bibliotecas. Y ahí tienes esos clubes de lectores. Alguien tiene que leer —decía—. ¿Quién? Yo no conozco a nadie que lea". Eso afirmaba, sin venir a cuento. Porque no estábamos hablando de libros sino de nuestras vidas. Y en ese momento ¿qué relación había entre los libros y nuestras vidas? ¡Maldita Romina! Me quería volver loco. En fin. Más tarde llegó Preiss y aseguró que nuestras expresiones tensas y alertas nos hacían muy similares a las de los personajes de la pantalla de televisión que aparecen en la noche y que nunca suelo ver, salvo de pasada. ¡Perverso, el bestia de Preiss! ¿Se habían puesto de acuerdo? Todo aquello lo recordaba de madrugada en el frío baño de la casa. Tres días después de lo del café (¿O fueron cuatro o cinco?, no lo recuerdo bien), Leonardo me contó que se había quedado mirando a una muñequita. "Deja de mirarme, ¿quieres, huevón?", le gritó encolerizada la muchacha desde la acera de enfrente. Y le hizo un corte de mangas y levantó el puño amenazador. Leonardo se acarició la inmensa papada y continuó mirándola. Leonardo quería gozar todo el espectáculo.

Durante meses nos reuníamos con Ernesto. Nos juntábamos a conversar. Nos sentábamos en los escalones del foro de la universidad. Yo ponía cara de imbécil, él comenzaba la cháchara y su voz se mezclaba con el piar de los pajarillos, con el crepitar del follaje de los álamos. Recuerdo tan bien las palabras de aquella temporada porque el resto del año no volví a verlo. En ocasiones los dos poníamos cara de crápula y ninguno gesticulaba una palabra, un sonido, un eco, un sonsonete. Pero generalmente lo hacíamos. Y eso tranquilizaba. Discutíamos un buen rato de mujeres, fútbol, fiestas, profesores, y de las posibilidades de sobrevivencia de transexuales o de un ajedrecista que se ganaba la vida dando conferencias en el circuito de los cruceros. Y discutíamos de la tristeza que invadía a Ernesto cuando veía a Carlota revolcarse con Romina o con Preiss. Quién sabe si ahora Ernesto esta en Arica, antes no. Y yo seguía transitando el camino de infinita alegría. Jamás olvidaré una tarde en especial. Ernesto y yo fuimos a un negocio que se dedicaba a la venta de peces y peceras. Todo tipo de peces y peceras. Ernesto y yo estábamos sentados frente a una pecera. Sentimos una sensación muy extraña. Despuntaba el atardecer. Estábamos mirando un pulpo y aquella criatura parecía mirarnos a nosotros también y apretaba su cabeza blanda contra el cristal. Aplastada así, su carne se ponía blanquecina, descolorida, abultada, llena de manchas. Sus ojos nos hablaban con frialdad. Pero resultaba todavía más expresiva, todavía más fría, aquella cabeza fofa y manchada; era un frío cósmico en el que yo me sentía morir y a Ernesto le daban escalofríos. Los tentáculos palpitaban y se movían al otro lado del cristal; las burbujas ascendían, dispersándose, hasta la superficie. Discurrí: "Éste es nuestro último día. La muerte nos está pasando un aviso." Después de eso se nos apretó el estómago, parecía que nos consumía el frío

ártico, era de locos. En aquellos días a Ernesto le alucinaba mucho la princesa Diana de Inglaterra, a mí no me alucinaba mucho, así que estábamos los dos contentos. A mi madre le hubiera encantado que me ganara la vida, pero uno no puede pasarse la mayor parte del tiempo tratando de no contrariar a su madre y meditando en la cantidad de horas y de días y de años que te quedan por delante, porque si lo haces, vas y te mueres. Debo decir que aquel año estuvo bien: festejé, me salieron ampollas en los pies, leí noticias de terror: un campesino ata a su mujer a un árbol y la azota con una vara hasta matarla; la policía dispara a unos bomberos que confunde con delincuentes; un prisionero aparece muerto en su celda, colgado de un cable eléctrico, con la cara hinchada y una svástica dibujada en la frente. Un horror tras otro, una atrocidad tras otra, sin descanso y hallé algunas amigas que me salvaron de la angustia. Ernesto volaba y volaba a Arica y mi madre continuaba instigándome a trabajar, siempre con el mismo estribillo. La última vez que me encontré con Ernesto me mostró viejas fotografías. Incluso había una fotografía con el pulpo. Comprendí que serían las fotografías que un día revisarían sobrecogidos sus hijos, pensando que su padre había vivido una vida desaliñada, lúdica, delirante y eufórica. Ese día, Ernesto se alejó en el crepúsculo rojizo. Se volvió, agitó la mano tímidamente. Luego se animó, saltó, gritó palabras que no entendí. Me hizo una última señal. Le contesté agitando la mano. De repente, se inclinó hacia delante, encaró su propia vida y caminó con rapidez hasta perderse de vista. Abrí la boca a la desolación de mis propios días.

Aquel viernes de agosto fue distinto a todos los que puedo recordar (aunque debo confesar que en esa fecha

yo era un hervidero de esperanza, lejos habían quedado mis días de colegio en los cuales mis compañeros me habían echo zampar un convite compuesto por caca de la nana de Lulo Pérez, fécas (que todavía traían cierto vaho) de la abuela de Pato Rojas, unas pelotitas depositadas por el conejo del hermano del antes mencionado y una bosta de caballo recolectada quién sabe de dónde. Toda una experiencia con sus elementos de misteriosa sordidez que ha quedado marcada en mi memoria como una yaga y, debo señalar, ha veces casi me vence el placer que me provocaría contarla). Pero como les estaba diciendo aquel viernes fue distinto. Me iba a comunicar vía Internet. Era otro personaje listo de Valparaíso y esa idea me dio la sensación de cambio inmediatamente. Después del desayuno subí a mi dormitorio como si desde allí me llamara el encanto de una música sincopada y cuando me acomodé me quedé inmóvil frente a la pantalla. Entonces me imaginé que podía ser otro de esos curiosos especímenes que había conocido alguna vez y ante cualquiera de las alternativas posibles no podía alterar la producción de adrenalina y de saliva, percibí un incipiente sudor en la palma de mis manos. Prendí el computador. En media hora estaba enfrascado en la dichosa comunicación.

—¡Mierda! Eres Villanueva, perdón, perdón.

—Eso ya lo sé, ¿qué tal? —le pregunté.

—¿Puedo empezar? —me interrogó.

—Espero que no sea una falsa alarma.

—¿En qué fecha comenzaste a escribir?

—Da igual; la siguiente.

—Muy bien, muy bien: ¿Escritor de qué?

—Escritor de lo que sea, ¡huevón! Escritor de novelas o de cartas, lo que sea.

—¿Qué te apegó a tu sueño?

—Supongo que, de alguna manera, fueron; Los presidentes, el Papa, la iglesia, todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—Bueno, mis amadas y lo que traen con ellas. Por ejemplo; sus agujeros o los pezones levantados o los tobillos gloriosos, son las delicias que traen todas nuestras alegrías y desgracias, pero éste sería el peor de los mundos si, principalmente, no existieran aquellos agujeros, ningún poeta ha logrado crear un poema tan bello como eso. Así que, por último, todo se reduce a una cuestión de agujeros, aunque siempre he creído que es un exquisito y resumante agujero envuelto en un pedazo de carne.

—¿Y qué me dices de tu niñez?

Entonces le solicité que esperara un poco, que necesitaba ir a buscarme una cervecita helada ya que yo trabajaba parejo toda la semana y necesitaba recomponer el espíritu.

A los minutos volví a mi aposento con el brebaje.

—¿Sí?

—¿Hablemos de tu niñez?

—Desde que tengo memoria mi padre tenía una hermosa biblioteca. Estudié en un colegio de curas, la formación que nos inculcaban era de un despotismo apoteósico. Era realmente fabuloso lo que hacían con nosotros, lo que indudablemente fue como si pusieran una grúa empujándome a escribir, pero amigo mío esto es un pretexto para limpiar mis propios nidos nocivos. Mejor vamos con la siguiente pregunta.

—Discúlpame, pero yo no soy tu amigo.

—Está bien, vamos con la siguiente.

—Hay artistas que dicen muchas mentiras. ¿Qué opinas?

—Están confundidos. Creo que básicamente dicen la verdad. Quieren sobrevivir.

—¿Crees que estás dando un buen ejemplo al lector?

—Yo no escribo para dar ejemplos a nadie, para eso tienen a su puta, o a su rabino, pero ten en cuenta lo siguiente: ¿Crees que ellos me lo dan a mí? Verás, yo no soy el sabueso, soy más bien el conejo.

—A pesar de lo cual sigues escribiendo y machacando.

Aquí me cagué de risa, siempre me he considerado un pendejo que no le gusta más que rascarse las pelotas.

—Confidencialmente debo confesarte que es así.

—Espero que no te moleste, pero esperaba más de ti, me refiero a lo que dices no a lo que escribes.

A estas alturas me había puesto flemático.

—O sea, al final, se supone que soy el cobarde y te estoy volviendo un desquiciado de alguna de las mil maneras posibles, pero te alegrará saber que esto es exactamente lo que yo me esperaba de ti. Por otro lado, curiosamente, para adquirir experiencia, en el plano verbal, debería trabajar para una compañía publicitaria, pero eso no es para mí. Qué le vamos a hacer. Lo que dices es muy justo.

—¿Qué importancia le das a dedicar tu tiempo a la escritura?

—Bebra dijo: ¡Qué es el tiempo y qué somos nosotros, mi buen amigo, sino nuestras obras!

—¿No entiendo qué hay en tu cabeza?

—Bueno, pues a mí me pasa, más o menos, lo mismo.

Nos despedimos amablemente. Miré por la ventana y disfruté la llegada de la noche, una noche agradable y que, en cierto modo, carecía del menor interés. Y sólo era finales de agosto del 2002. Apagué el computador y me recosté sobre la cama. Cerré los ojos al lugar de este mundo espectral donde, años atrás, había nacido. Esta es la ciudad dura, húmeda, sucia. Encima de las frazadas el tiempo se detiene. Ahí estoy en mi primera infancia; atravesando tierras de cultivo, campos de avena y de remolacha, dejo atrás manzanales y un rebaño que pasta. Fue un verano en el campo. En Cabrero. Y todo cambia. Ahora son moteles y calles cochinas, mozas y fulanas, gatos roñosos, maniceros, gitanos y perros. Y duermo cada vez que puedo.

Y ahí estaba recostado, recapitulando. Quizá, algún día, volvería a recordar al muchacho listo de Valparaíso. Bueno, ustedes saben lo que pienso de eso. Corrían tiempos disolutos, misteriosos, extraños, violentos, en los

que ninguno deseaba brillar con luz propia porque ninguno deseaba errar con tan oneroso esplendor.

Llegó el principio de septiembre. Acababa de salir de una gripe, un delirio de fiebre y de otros alarmantes síntomas que el médico no fue capaz de precisar y que al final descartó como si fueran una moneda sin valor. Estaba intentando escribir mi segunda novela y había empezado una peculiar relación con mi almohada. ¿Cómo llegué a enamorarme de la almohada? Es un asunto que logro explicarme muy bien y por el que más tarde, un poco avergonzado, me escupí la cara en el espejo. Por entonces llevaba tres meses sin una mujer (incluida Paula, había acompañado a su madre a un matrimonio familiar y luego pasarían una corta temporada en Talca) y alguien había puesto este ardiente falo en mi cuerpo. Y él estaba siendo pisoteado y humillado. Así es el mundo; sin sentido, si es que algo tuvo sentido alguna vez. Y ahí estaba mi falo con su determinación, vehemencia e intensidad sorprendente, sin poder acercarse a una vagina, sin acariciar los labios menores cuando empezaban a hincharse, sin tocar el clítoris, sin humedecerse en el bálsamo de las secreciones hasta el último estremecimiento, en esa inacabable fuente de sensaciones. Es que vean, tres meses equivalía a doce semanas, lo que equivale a noventa días con cada uno de sus sábados y domingos, horas, minutos y eternas tardes y gélidas noches. Cosas como éstas podían destrozar para siempre a un hombre. Eso te puede sumir en una profunda soledad (y no menos desgarró y angustia) hasta hacerte sentir lástima de ti mismo. Así que un día, medio enloquecido, cerré la puerta de mi pieza y enrollé la almohada alrededor de mi falo. Al principio el

acoplamiento no anduvo muy bien. El adminículo se salía y debía volverlo a enrollar. Supongo que tirarse a la almohada no es fácil. Pero de pronto aquello tomó ritmo y lo concebí, mis movimientos de pelvis fueron más rápidos, luego me relajé y fue de maravilla. Mejor que el afrodisíaco recomendado por el pitoniso de Maka hace mucho tiempo. Estaba echando abajo siglos de muerte programada. Un futuro de certera incertidumbre. Y el problema no es que fuera yo o el frío o una mujer, sino el miedo a no volver a echar un polvo nunca más. Así es que mi primer affaire con mi almohada, en cierto modo, jamás lo podré olvidar.

Yo apostaba en la ruleta de la vida y juraba que ganaba. Juraba que ganaba más de lo que jugaba y me pregunté si tenía auténtica importancia, pero luego me puse a pensar en otros chismes y disparates, bebiendo algo y nada en el Sandunga, a las dos de la madrugada. Y entonces un oficinista hiperactivo, no exento de humor, se me acercó sigilosamente y farfulló una anécdota picante, impregnada de un leve salvajismo y cuyo desenlace fue totalmente insatisfactorio (supongo que, con eso, él disfrutaba de su juventud). Luego me preguntó si había visto al barman y yo le expliqué que no tenía idea de qué hablaba. Claro que no era verdad, pero algo tenía que decir. Hizo una mueca y se largó caminando como un vicioso. Después una sexagenaria histérica y con labios de silicona llegó con el mismísimo cuento y yo me puse a bostezar, es que sabía que estaban desequilibradas esas extrañas viejas fracasadas, que dejaban que los años les pasaran por encima, rumiando tiempos mejores y odiándose por ello. Como si envejecer fuera cuestión de principios. Esas viejas se te acercaban y te contaban una

historia que tenía, por lo menos, cien años y con menos sentido que sus vaginas. La vi desaparecer, meneando las nalgas y con la pulcra cara de niña recién salida del colegio. Más tarde la vieja pasó por mi lado, se dio media vuelta y con su voz engolada me espetó que anduviera con cuidado. Yo le respondí que no se preocupara, que al barman lo conocía a la perfección y que era un lamerabos, y qué mejor sería que estuviera bien muerto. Y así continué apostando a la ruleta de la vida y juré que ganaba, cuando en realidad perdía. Y me zambullí en la noche con mi sonrisa maliciosa. Y ahí es donde precisamente empezó la cosa; la botella al frente. Mi cara completamente flaca, estúpida y los ojos odiosos. La vida me hacía consciente de mi conciencia de todo; la vida me hacía inconsciente de todo. Y esperaba a Carlota y a Romina que no aparecieron sino mucho más tarde. Bebiendo de una petaca, con la tranquila calma de los que habían vivido vidas duras antes de los veinticinco y siguen vivos. Carlota llevaba pantalón y gabardina, y Romina traía el pelo idéntico al pasto rojizo, sus medias agujereadas y manchadas con barro eran penosas. Sus manos enfundadas en guantes blancos y de cuero y todo su ser resultaba un espectáculo abrumador. Por entonces, formaban la pareja lésbica más cómica de Chile. Me contaron que habían aterrizado en Santiago y habían vuelto sin bajarse del avión. Dijeron que lo importante consistía en viajar a Santiago, pero no caminar (por no decir recorrer o pasear) por sus avenidas. Así evitaban una de las capitales más aberrantes y contaminadas del mundo.

Preiss autoeditaba libros de escaso presupuesto y reducido tiraje. Él me leía y una tarde me llamó (su voz parecía bajo el efecto de un sedante) para confidenciarme

que, debido a mi escritura, ya no podía leer ningún otro escritor. Le aseguré que eso era sensacional. Entonces mencionó la posibilidad de publicarme en una revista y yo dije: "Vale, magnífico, adelante". Él contestó: "No puedo pagar el costo... pero... quizá Maka..." Yo repliqué: "Vale, estupendo, olvidémoslo". Cada vez que oía hablar de Maka por alguna razón me la imaginaba zigzagueando como una anaconda en el pastizal con toda la selva por delante para ella. Cuando nuevamente puse atención, él continuaba la cháchara y en un instante fue taxativo: "Un momento, conozco a la mayoría de los escritores y son unos seres humanos deleznable". Le dije: "Tienes razón, soy un humano deleznable". Entonces Preiss volvió a la carga: "¿Bien, bien, cuál es el punto?". Le contesté: "No hay punto. ¿Por qué tiene que haber un punto? ¿Por qué tienes esa manía de buscarle el sentido y la utilidad a las cosas que no lo tienen?" Él manifestó: "De acuerdo, voy a editarte". Me comporté como un imbécil y por una secreta determinación me deseaba publicar.

Más tarde llegó mi madre y me llamó a terreno.

—Claudio, aquí viven personas adultas y vienen personas con niños. Nunca he oído queja de mis amigas. Y yo igual te oigo, oigo esas canciones, esas palabrotas cochinas y cuando invitas a tus jovencitas, esas cosas que se rompen, lenguaje vulgar y aullidos. ¡Y el jaleo de anoche en tu habitación! Claudio, te educaste en el Instituto de Humanidades Alfredo Silva Santiago, el mejor colegio católico de Concepción, y a ningún hijo mío le permito que arme ese escándalo bajo mi techo sin que yo esté presente en la fiesta. ¿Me sigues?

—Está bien, me voy.

—¡No, no te irás, sencillamente dejarás de joder!

Nuevamente recibía la lección de baile de mi madre. Años antes viví en la pensión de la señora María y me encontraba trastornado, destripado, y, en el fondo, estaba a punto de derrumbarme de hambre y busqué una mujer que pusiera la pasta, los pesitos, los morlacos para cada comida, refrigerio y aperitivo opíparo, la mujer era Maka.

Ella se emborrachaba, pero yo no. Maka andaba con su blusa ajustada, pequeñita, transparente, mostrando sus pechos sin sostenes lo cual me enloquecía de deseo; aun así teníamos nuestras discusiones y, de vez en cuando, había agresiones físicas, lo que acababa siendo casi patético. En algunas ocasiones, la patrona llamaba al carabinero de punto fijo del barrio o a la comisaría, que mandaba una patrullita con dos policías que entraban a husmear, recomendando precaución y, en ciertas ocasiones, llegaba un sargento obeso y déspota que me sacaba a empujones, invadiendo y atropellando mi exigencia de privacidad, y nos metían en el calabozo por perturbar la paz. Luego protagonicé una trifulca con la casera y volvieron a meterme en ese hoyo lleno de tipos tenebrosos. Esa vez fue por intento de violación y escándalo público. La celda en exceso limpia, hedía a humedad y un poco a desinfectante químico, en ella me di de puñetazos con otro preso que trató de darme por el culo y, debo confesar, cada vez que mi ojo se estrellaba contra un muro le rezaba a Dios con amargura; en cambio, si lograba asestar (por casualidad, por los caprichos del destino) un golpe a mi enemigo, salía de mí (de entre mis jadeos y penurias) un incontrollable rintintín dándole gracias al Señor, claro que la única respuesta que obtuve fue la de tres borrachos, un comerciante ambulante y una prostituta que chillaban, silbaban y aplaudían, lo que acabó de deprimirme del todo. Mi madre pagó la fianza y volví a casa con mis maletas, pilchas y bártulos. No creo que haya más que recordar. Supongo que he tenido algunos momentos, eso es todo.

Para la cena de Año Nuevo, Paula sirvió asado, papas humeantes, ensalada y postre de macedonia. Yo estaba

recuperando el apetito y mi ánimo mejoraba a pasos agigantados. Con el pan repasé el plato y quería más. Miré el cubierto de Leonardo. Lo había limpiado de dos lengüetazos. Quedaba intacto el hueso del trozo de carne y no dejaba de comer papas fritas, lechuga, tomate, bastones de zanahoria, queso, beber refresco y aguado helado de chocolate. Leonardo decía: *ya no hay nada que me ate a nada*. El pobre, esa noche, añoraba estar con Caty y entrar con ella a un cine tomados de la mano. Sin embargo, tenía miedo de marcharse y sentir las horas lentas, soporíferas. Lo entendía. Caty, trece días antes, puso sobre su estómago el cañón del arma de Carlota, presionó el gatillo y el proyectil atravesó el abdomen sin dañar ningún órgano vital. Lo que atemorizaba a Leonardo no era el disparo mal dirigido, una muerte imprevista, sino algo más insidioso, tenía el presentimiento de que la trama avanzaría hasta cierto punto y desarrollaría un desenlace lógico o paranoico. Desde entonces, Leonardo vacilaba al hablar, ya no vociferaba historias de un sadismo temerario, se mostraba reservado. Algo había cambiado. Yo me relajé. Le ofrecí un tenedor del que colgaba un trozo de durazno y en el rostro de Leonardo apareció una sonrisa optimista.

Más tarde nos levantamos y nos sentamos alrededor de la televisión. Y más tarde aún, Paula fue al jardín y volvió con un vaso de jugo de mandarina y entonces nombró su libro de cabecera: *La Amortajada*. Leonardo comentó que Caty también tenía un libro favorito y al nombrarlo se puso blanco y unas gotitas de sudor brillaron en su frente, yo tuve la impresión de que la sangre se me congelaba en las venas. Comentó que a Caty la seducía tanto el libro que nunca se despegaba de él, incluso cuando salía lo llevaba en su carterita. Leonardo recordó cómo se conocieron, las cosas que se habían dicho; puede que lo adornara un poco, había aprendido a amar los pasos de ella cuando se desplazaba por la cocina; el ruido de la cadena cuando terminaba de orinar, el silbido del mando

a distancia, amaba el ronquito de ella y el arroparla después de una especie de coma etílico, Leonardo murmuró algo que nadie entendió. Yo no dije nada. Nos quedamos en silencio. Paula me miró como si fuera una mosca más. Pensé que lo mejor sería salir para que nos diera el aire nocturno, pero no lo hicimos. En cualquier momento las cosas podían tomar un vuelo inesperado. Eso era lo habitual. Esa era la norma.

Entonces Paula comenzó a sisear una melodía indefinida. Yo me comí la crema del pastel que yacía sobre la mesita y Leonardo puso otro en un pote de plástico. Él se negaba a reducir por un instante aquella ingesta voraz de calorías y grasa saturada y eso ayudaba a dar cierta atmósfera de decadencia y mal gusto, lo que tornaba al asunto pobremente auspicioso. Leonardo arrojó el pote vacío sobre la alfombra, prendió tres varillas de incienso y suspiró. Ya no le temblaban las manos. Paula aseguró que Carlota y Ernesto nos visitarían en cualquier momento.

—Estupendo —les dije, asintiendo con la cabeza y chupándome el merengue de los dedos—. Buena noticia, Paula.

En el cielo, sobre la ciudad, aparecieron fuegos artificiales. Nos dimos palmadas en la espalda. Nos deseamos feliz año. Me limpié los dedos en la servilleta. Nos estrechamos las manos. Llegaron los abrazos. El champán corría, ialeluya, las burbujas y la espuma! Media hora después, Paula comenzó un berrinche: " A Leonardo debemos darle la patada en el poto y mandarlo al extranjero antes de que termine de hundirnos a todos, y no es que sea mala persona, lo conozco y puedo tratar con un borracho." Y soltó la risotada. Leonardo estaba más alegre y ensartaba cubitos de queso con un palito de cóctel.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par. Unos golpecitos desde el umbral llamaron mi atención y en ese instante entraron dos personas; emergió la cara colorada de Ernesto y tras él apareció la silueta sinuosa, la sonrisa

indiscreta, el caminar vicioso, angelical, elegante de Carlota. Y, sin embargo, estoy seguro de que al resto del mundo le dábamos la sensación de una cloaca abierta.

Aquel año nuevo nos despedimos en el rojo amanecer. La mayoría tomó un taxi, alguien cruzó la autopista y yo desaparecí por unas bellas casitas pareadas, acabadas de pintar.

El fin de semana que siguió salimos a pasear en auto. Nos detuvimos, entramos en un pequeño negocio de abarrotes y compramos las delicias para servirnos: sándwiches, papas fritas, pollo y vino, y volvimos al auto. Avanzamos en medio del embotellamiento; cómodos, cautos, pacíficamente; luego salimos a una calle despejada, dejamos atrás las últimas casas recién remodeladas para dirigirnos fuera de la ciudad. Romina manejó a baja velocidad todo el trayecto. Carlota se impecionaba el pelo en un espejito y contemplaba el paisaje. Minutos más tarde tomamos un camino lateral. Luego nos metimos a un camino de tierra y entonces cruzamos un arroyo donde un chiquillo chapoteaba desnudo. Sus ojos brillaban, eso nos llenó de alegría. Diez minutos después llegamos al camping en medio de unos pinos. El lugar estaba casi desierto. Romina sacó los paquetes con cautela y Carlota se puso a instalar un quitasol, yo busqué el mantel, lo extendí sobre la hierba y luego descorché la botella de *Santa Emilianita*, era mi interpretación de las reglas de amabilidad, es decir, me comporté como *el gran señor*, el galán, el diplomático. Cuando todo lucía estupendo nos sentamos. Encontré exquisita la comida. Romina no hablaba, Carlota sí. Yo estaba asombrado viendo lo rápido que comían. Atacaban los sándwiches desgarrándolos salvajemente. Bebían largos tragos de Coca Cola, se comían medio escabeche

como el mejor manjar de la purísima vida y agarraban un puñado de papas fritas y las masticaban y las engullían. Yo, por el contrario, era muy lento comiendo y bebiendo.

Pasión, ellas rebosaban pasión.

—¿Qué tal el sándwich? —pregunté.

—Muy bueno. Estaba hambrienta —respondió Carlota, taxativa.

—Yo también —dijo Romina.

Se largaron a dormir la siesta a pierna suelta. El silbido del aire se escuchaba melancólico, lánguido. No sentí emociones, más bien una ligera tristeza.

Se me vino a la mente Leonardo, tal vez dormía. Francisca quizá estaría durmiendo o estaría haciendo el amor. Todos dormían o hacían el amor. Ninguno paraba cuando hacíamos algo de sexo en grupo. Y comíamos huevos y fumábamos; ah, no pueden saber todo lo que fumábamos; yo no tanto, pero ellos sí que fumaban, parecían una fumarola. Y mucho más tarde encontraría a Romina en un sótano cultivando yerba en unas pequeñas macetas, encontraría a Maka perdida en las luces nocturnas, y Ernesto hablaría de un hermano muerto en un accidente aéreo y de un medio hermano que no había visto en su vida, hablaba de gente desconocida y de amigos de la calle y hacíamos el amor; parados, acostados, de rodillas, con las manos, con las bocas, llorando o cantando, y afuera había de todo y las ventanas daban al aire. Y Preiss llegaba llenando puzzles. Puzzles y más puzzles, tantos que parecía conocer la palabra que iba en cada casillero. Y éramos muy sucios, desordenados y las camas olían a noche, a sueño pesado; debajo había pelusas, libros y vino. Y si a Romina se le perdía un libro, gritaba que Carlota se lo había robado, hasta que aparecía y nos reíamos. Y Carlota acariciaba a Preiss y a Ernesto, los acariciaba y los mimaba como chiquillos; con holgura, serenidad, delectación. Un día que estaba borracha, el ron se le salió hasta por las orejas. Ese día los había tratado de basura, de sádicos y malignos. Romina los acusó de sifilíticos, racistas y homofóbicos, noticia

bienvenida por mí. Me pareció de lo más justo, incisivo, preciso. Ni siquiera éramos capaces de hacer el gran silencio teatral ante aquello. Romina y Carlota despertaron radiantes, indolentes. Conversamos y bostezamos un buen rato. Nos quedamos allí recostados, comiendo pasas, picando aceitunas y contemplando la vegetación. Me ponía contento compartir junto a Romina y a Carlota. Nada podía reemplazar aquello: caían las hojas, se abrían las yemas. Sentíamos en nuestras caras el apacible viento de campo. Yo estaba allí como un hombre llegado al final de algo.

Me habían pedido que preparara un texto sobre la contingencia de los países subdesarrollados y la inserción de líderes latinoamericanos en el mundo. Debía leerlo en un seminario organizado por la Fundación Trabajo para un Hermano. La actividad sería difundida a una bohemia poblacional por unos parlantes gigantescos que llegarían a tres o cuatro inadaptados dispuestos para el jolgorio, si es que llegaba a alguien, y, para éstos, la regla indefectiblemente consistía en no escuchar absolutamente nada de lo que se decía. Yo me había despreocupado del asunto. Pasé unas tardes con Paula en su casa. Y luego, el fin de semana, con Leonardo y Carlota. Durante cinco días vagué con mis compinches. Al llegar la fecha del compromiso no tenía absolutamente nada preparado y vagamente recordaba aquel “seminario.” El día anterior me llamaron para confirmar mi asistencia. Respondí con inusitada convicción, y hasta con gravedad, que estaba listo, dispuesto y con entusiasmo. Y me froté las manos de placer. Colgué el teléfono. Dos minutos después sentí la palidez de mi cara, la humillación espantosa. No me quedó más que

improvisar. Mis primeras palabras, dichas con algunas copas encima, fueron:

Osama Bin Laden tiene razón por el lado que se le mire. Ellas necesitan que les den de patadas en el poto. A ellas les gustaría eso, se quedarían en casa y cuidarían a los peques y lavarían, alegres, los platos. Eso es lo que hay que darle a una mujer. Cualquier otra aptitud rabiosa, muchachos, sería el descalabro, el infierno y la perdición, lo juro. A ellas les encanta recibir sopapos. De vez en cuando hay que hacerlas papilla. Hay algo en eso. Algo tan humano. Así es que les voy a dar de patadas y a chicotear. Y luego me iré con ellas a bailar a la cama. En ese sentido, Bin es un hombre civilizado. Un muchacho razonable. Nada mejor que Alá y que Bin. Bin será terrorista, pero no tonto. Para morir en la ley se debe haber aprendido algo de la naturaleza humana. Y para morir en esta ley, se tiene que haber aprendido algo de la mujer. Así que vamos a sacudir a las mujeres, pero sin abusar del asunto, más aún, sin hacerlas víctimas de un lamentable acto de vandalismo. Darles lo justo y necesario para mantenerlas alegres. Y al despertar te traerá desayuno, te la chupará y te limpiará el culo. Y ella será feliz.

Luego expresé otras ideas que no fueron muy buenas y cerré la intervención de improviso.

Lo que siguió fue que percibí entre el público unos ojos ostentosos, una cara paradójica y más atrás una risilla nerviosa. Recibí pifias varias e insultos de algunos de mis colegas panelistas. Yo no entendí muy bien por qué. Yo ni siquiera había comprendido mis propias palabras. Me habían parecido insignificantes, básicas. Al final parecía una foca amaestrada dando el espectáculo. Sólo eso. Salí

a la calle; el aire tibio, la noche horrible, las promesas de cada siniestro callejón eran tan grandes que creí que estaba soñando. Toqué una puerta.

—¡Vaya! ¡Si es Villanueva!

Al día siguiente estaba en mi casa. Pasé el invierno sin mayor contratiempo y empezaba la primavera. Reposando en la alfombra chupaba una caluga y comencé a cavilar. Mi madre decía: "Crié un holgazán." Mis amigos de la calle repetían: "Cuidado con esta sabandija anodina, nihilista, taciturna." Si he de ser sincero, adoraba a los holgazanes tanto como adoraba las cálidas manías del nihilista, anodino, taciturno; me gustaba pensar que los hombres se dividían en unos u otros. Por ejemplo: Hitler, de la misma manera que Stalin o Marx, a mi modo de ver, poseía la veta, el filón de los segundos. En cambio el Papa y Buda y Noé y Mahoma, llevaban en lo más hondo de sus entrañas el impío, pérfido y sustancioso magma del holgazán. Con respecto a unos u otros yo le explicaba a quien quisiera escuchar; "¡Jesús!, a la gente le encanta creer que uno adora esa mierda. Así es que adelante. Antes, ahora y después la raza humana se muere por creer en algo, lo que sea, o no creer en nada. Por ejemplo, yo creo que fue bellissimo lo de los secuaces de las Torres Gemelas, la más bellísima patada en el culo de Bush y de Dios. Dirán: ¡Hombre! ¡Estás loco!... no sé, pero envidio a los secuaces, hay que ser un hombre con testículos de acero para hundirse en el infierno por principios, los que sean; pero Bush, oh, Bush, Bush, estaba muy ocupado en esconder su trasero fofo, no se sabe dónde; le gritó al mundo: *sálvese quien pueda*. ¡Oh, Bush! Por supuesto fue un acto demasiado humano para no creerlo. Por eso no hay cómo no preferir al terrorista, más aún, pienso

que debieron comenzar la fiesta por La Estatua de la Libertad, pegarle en el alma al gran Dios Mierda." ¡Viva Osama! ¡I love CIA!

Dejé de reflexionar en aquello. Saqué de mi cabeza a Bush y a mis amigos. Aquel día mi madre, a primera hora, se ausentó de la ciudad. Esto dejaba la casa a mi entera disposición. Desayuné y luego que mi madre se marchó de viaje, me quité la ropa y volví a la cama. Me reventé un grano, me rasqué el sobaco y me bajé el pijama. Me froté el escroto y luego el bálano. Al instante salió semen y acto seguido me limpié con la sábana y tras esto me dediqué a escuchar el ruido de los vehículos que pasaban.

Mientras me relajaba en la cama, tenía una extraña sensación en el cuerpo. Era como si flotara. Como un globito hinchado de aire. Sentía como si levitara. No podía comprenderlo. Pronto dejé de preocuparme por ello. Estaba cómodo, no me sentía agonizar.

Un momento después me levanté. Bajé al despacho. En la casa de enfrente había una muchachita de unos nueve años, piel blanca, cara famélica. Llevaba puesto un cortísimo y ajustado vestido celeste. Estaba sentada en la reja de su casa, que se ubicaba directamente delante de la ventana del despacho de la mía. Podía mirarla bien, más allá del vestido. La vigilé oculto atrás de la cortina, desnudándola con mi mirada. Me empecé a excitar. Nuevamente me masturbé. La chiquilla parecía no querer moverse de allí. Así que tomé el teléfono y llamé a Leonardo. Le expliqué que si se apresuraba, podía alcanzar a ver una prudente porción de aquel calzón. En quince minutos Leonardo llegó a mi casa. Entró al despacho. Ni siquiera me dirigió la palabra. Entreatrió la cortina, husmeó y se acomodó en una silla metálica. Leonardo se empezó a excitar. Decía: "¡Sigue! ¡Sigue! ¡Eso es! ¡Sí! ¡Sí! ¡Es Dios! ¡Es Dios!"

Al final yo me aburrí y él se quedó, a lo menos una hora, gritando como demonio. Leonardo poseía una curiosidad fenomenal. En medio de aquel barullo afirmó:

"¡Claudio, te has convertido en un loquito fascista!" No sé a cuento de qué señaló aquello, pero lo señaló.

Leonardo se transformaba velozmente en un caso. Si lo hubieran visto por la noche, cuando se sentaba a la mesa, picaba un poco de comida y tiraba los huesos a los gatos. Tenía siete gatos.

—Me gustan los gatos —decía Leonardo—. En especial los que lanzan maullidos desesperados cuando los enjabono y los meto a la tina de baño.

Qué cínico, a los pobres los tenía abandonados y nunca enjabonaba ni la cola de un gatito.

Un día yo le conté que había visto a un grupo de turistas en la Vega Monumental. Al grupo lo conducía un monitor. El monitor parecía alemán y llevaba un anillo gigantesco colgado en el lóbulo de la oreja. Se apoyó contra un mesón para descansar un momento cuando surgió un tipo de la nada y le quitó la oreja antes de que el monitor pudiera gritar. De pronto se dio cuenta de que no tenía oreja. Leonardo lo único que logró decir frente a este episodio fue: "¡Ji ji ji!" Cuando se reía, contraía los labios y la risa le salía del vientre, de muy lejos, y se doblaba hasta tocar las rodillas. Se rió mucho rato. Luego gritó alegre: "¡Claudio, estás hecho un fascista!" A continuación se quedó en silencio y preguntó: "¿Y Preiss?"

Por Prat entramos al centro. Lloviznaba. Preiss se apretó el abrigo que olía a sopa fría. Llevaba un pañuelo al cuello tipo "*fin de semana en Costa Brava*". No me alegré en lo más mínimo. Él, por el contrario, estaba encantado. Pasamos por un barrio lleno de edificios y grúas inmóviles. Entramos en un café que había por allí y nos sentamos en una mesa diminuta cuya ventana daba a una avenida que llegaba prácticamente hasta el horizonte.

El café era lo que cabía esperar; luz oculta de tubos fluorescentes, cuadros en las paredes estilo parisiense, mesas de terraza y un camarero muy elegante que nos dirigió una mirada rápida e imposible de analizar.

—Creo que podrías ser un gran amante.

—Gracias —dije, mientras nos acomodábamos.

—El otro día estuve con aquella comediente peruana.

—¿Sí?

—Sí, deja que te cuente, esa chica es bastante lasciva, estudió ingeniería y se involucró con uno de sus profesores, cuando se ventiló el asunto echaron al profesor y a ella, un año más tarde, le cancelaron la matrícula. Luego trabajo por un tiempo de reponedora en un supermercado y se involucro con el supervisor entonces los echaron a los dos. No es una analfabeta, quizá creas que es una estúpida, pero es una excelente muchacha, bonita, buenos modales, sosegada y lo más maravilloso es que parece que la envuelve una especie de niebla infinita.

Se acercó el camarero y Preiss le pidió dos cafés. El camarero anotó en su libretita y se alejó.

—¿Sí? —continué.

Yo estaba más que seguro que él ya le había arremangado el vestido y las enaguas por encima del sostén hasta las axilas y ahora, a toda prisa, deseaba deshacerse de ella.

—Sí, no ha conocido a ningún hombre de verdad en Chile. Quiere conocerte.

—Oh no. Yo ya no existo, no voy a bailes, fiestas, lecturas y esa caca. La gente me aburre. No puedo explicarlo. Además estoy estupendo con Paula.

—Sólo estás empotado, eso es todo. Es muy simple, estás empotado.

—Bueno, ¿y qué? —dije yo.

Y como tantas veces, cuando estábamos en una sesión de café y copas, contando historias, al final no sabíamos cómo habíamos llegado a donde habíamos llegado.

—Así es que tu padre se suicidó porque dejaste preñada a su dama.

—Ya te dije que eso no es cierto, le deprimió que ella se largara de la ciudad.

—Pero ella se largó de la ciudad porque estaba embarazada.

—Le temía a mi padre.

—Y el crío es tuyo.

—No estoy seguro, no sé, nunca he confiado mucho en esos exámenes, el resultado decía que era mío, supongo que así es, pero mi padre no lo sabía. Creía que era su retoño.

—Y ella se largó sin decirle nunca nada

—Jamás le dijo nada, todo el mundo sabía que mi padre era un cabrón insufrible y, en cierto sentido, se le podía considerar totalmente banal y convencional. Criado para ser tonto, hecho para las convenciones, luchó para salir a flote, pero se hundió. Banal, convencional.

Estuvimos hablando hasta las tres de la madrugada, sin embargo aquel punto de la conversación había calado tan hondo en mí que de pronto todos mis procesos mentales de año y medio atrás se me antojaron fútiles y estériles, una mezquina consumación de mí mismo. Nunca volvimos a hablar del asunto; pero todo había cambiado para mí. Sabía que no quería engañar a mi padre, que no deseaba engañarlo, sin embargo, lo había engañado. Me sentía triste, derrotado, merecía morir en un asilo de ancianos.

—Dime, ¿qué es lo que te hace seguir adelante?

Lo miré. Me miró con dureza. Luego me permitió conocer su sonrisa.

—Todo me ayuda a seguir adelante —afirmé.

—Quieres decir que rascarte el culo te ayuda a seguir adelante.

—Sí, rascarme el culo, llorar, cagar, todo.

—Grandioso.

—No veo nada grandioso en eso —sentencié.

Pero allí estábamos, dos perros con algunas diferencias y otras historias. El camarero apareció con una bandejita y los cafés, los dejó sobre la mesa y volvió a desaparecer. Tomé mi taza y le di un sorbo.

—Muy gracioso —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Lo encuentras gracioso?

—¡Oh no! Haz lo que quieras, piensa lo que quieras. Quiero decir... ¡por el amor de Dios!...

—¿Cuál es tu definición de cobarde?

—Un hombre que se lo pensaría dos veces antes de enfrentar a una mujer con las manos vacías.

—¿Cuál es tu definición de valiente?

—Un hombre que no sabe lo que es una mujer, pero que cree que sabe y la enfrenta sin querer.

Nos quedamos en silencio. Afuera la gente circulaba perezosamente. Estaba con Preiss en aquel café y hablamos y dijimos otras sandeces. No todas buenas, pero las dijimos. La llovizna había cesado. Por supuesto aquellas tardes de llovizna eran las mejores, podíamos prolongar durante horas y horas un café.

A la distancia un condenado colegial bailaba una rumba.

—Retozar con Paula junto a la cordillera sería perfecto. Las cortinas permanecerían cerradas y todo estaría quieto —le dije a Ernesto, satisfecho.

—Entiendo.

Calentó el motor por cuatro minutos y dimos vueltas por los alrededores, hasta llegar a una calle olvidada. Las paredes de los edificios se descascaraban. Estacionó frente a un taller mecánico. Yo comía maní. Me di vuelta y sacudí a Preiss intentando despertarlo, pero la única respuesta que obtuve fue su ronquido y luego palabras

incoherentes, entre las que figuraban, quizá: “puta” y “mataré”; pero para poder identificarlas en medio de las sílabas roncadas que no llegaban a salir de la garganta habría tenido que estar al corriente de las desgracias de Preiss. Me volví a acomodar, suspiré y contemplé el panorama. Retornamos bajo el almendro delante del chico que, ahora, bailaba al son de un regetón. Ernesto continuó hablando:

—...en el peor de los casos sería un gran amor.

—Claro.

La tarde pasaba. Ernesto sacó *El Sur* del día anterior de debajo del asiento, lo hojeó y leyó en voz alta. La crónica—ofrecida con puntilloso descaro y no menos recelo—estaba destinada a los lectores de la prensa roja, y se refería a un congresista bulímico de Talcahuano que, por razones no muy claras, se enterró un sable en la garganta (¿o fue una katana o un estoque o una espada?) y había sobrevivido para relatarlo. Más tarde, un crucifijo produjo un vuelco inesperado en su vida y durante un año anduvo con lágrimas en los ojos y terminó en una secta religiosa en los barrios cochambrosos de Ipanema. Era el gusano, la arpía, la araña. Yo pregunté:

—¿Te gustaría morir atravesado por una sierra eléctrica?

—Es terrible.

—Creo que puede ser mejor que cualquier otro modo.

—Creo que debe ser horroroso.

—No. En absoluto. Te tomas un diazepam, cualquier comprimido para dormir y cuando la sierra corta tu cabeza ni te das cuenta.

—...

Me quedé en silencio, Ernesto también. Ernesto se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa y eso me proporcionó un placer diabólico: la animosidad, el puro y simple odio. Un hombre escuálido, con zapatillas, cruzó la calle. Él me miró como si fuese incapaz de comprender lo que yo hacía. Ernesto y yo nos quedamos sentados en el auto admirando a la gente pasar. Triste mes.

Estábamos a finales de marzo, más que la mayoría de los mortales está de acuerdo en considerar triste. Me parecía normal que, a falta de acontecimientos más tangibles, estas andanzas vinieran a ocupar cierto lugar en mi vida. Y uno se imagina que, tarde o temprano, algo va a pasar, que algo va a ocurrir. Craso error. Una vida puede, muy bien, ser vacía y, a la vez, breve. Los días transcurrían pobremente. Ernesto, encendió el auto y dimos otras vueltas por allí como si fuera la excusa simbólica para vivir desprovisto de aflicción, de vacío y de dolor. En aquellos días en que mi madre decía que mi padre era puro espíritu. En aquellos días en que recordaba a mi padre haberse consumido como la cabeza de un fósforo porque la amante lo abandonó, porque la amante huyó de la ciudad sin dejar rastro, ni excusa, ni huella, ni el tenue aroma del perfume inglés de su pieza.

Tenía palpitations detrás de los ojos. Me retiré a la sala. Tomé un par de aspirinas y las hice bajar con cola de mono, directamente de la botella.

El alcohol me entró bien. El dolor de cabeza se hizo más soportable. La vena de encima del ojo dejó de latir.

Preiss franqueó la entrada. En pocas horas había convertido el living en una pocilga. Observé la jeringuilla a plena vista y el resto de polvo blanco sobre la superficie plana y pulida de un tablero de ajedrez. Observé a la madre de Ernesto abrazada a Carlota, ambas saturadas de droga y tendidas en un sofá felpudo. Carlota se comportaba como una pequeña promiscua. Ella era más ardiente que apasionada. Amaba la vida, el placer, el amor mismo más de lo que amaba a un hombre. Ernesto jugaba con una ametralladora de juguete. Disparaba tiros. Carlota se levantó del sofá y se acercó. Carlota,

convertida en una escultural mujer de veintiún años, una rubia en el cenit de su abundante belleza. Nos preguntó si deseábamos beber. “No faltaba menos”, confirmó Ernesto. Carlota se alejó y volvió con las cervezas. Eran las seis y media. El humilde, rechoncho, banal de Leonardo se tragaría la historia. Yo disponía de tiempo. Ernesto se largó. Yo calmé los nervios con profundas respiraciones y una docena de cigarrillos. Visualicé lo que debía hacer y decir. Volqué un cubo de hielo. Preiss había rasgado a cuchilladas el sofá, lo había destripado hasta los muelles. Carlota se disculpaba de no sé qué. La madre de Ernesto le tomó la mano a Carlota y se puso a besarle los dedos y luego le contempló las uñas como si fueran un mapa. Aparté la vista y apreté las muelas. Le diría a Leonardo que todo había sido un brutal asalto. Sería una mentira piadosa. Él no daría crédito a nuestras palabras, pero las iba a aceptar. Carlota lo confirmaría. Los destrozos de la casa eran difíciles de explicar. Nadie nos creería, pero qué podía hacer. Me sentí aliviado. Miré a la madre de Ernesto y le dije, acariciándome la barbilla con la palma de la mano: "Debes tomar tus relaciones más en serio, debes cuidar tu felicidad, mamá." Lo afirmé como si yo tomara algo en serio. Fue una estupidez decir aquello, tan torpe y tan poco decoroso. La señora respondió: "¿Y qué putero derecho tienes para hablarme de seriedad y de felicidad y eso? Asqueroso cerdo soltero". Por un momento el aire se llenó de chispitas. Se limpió de la mejilla un hilillo de saliva. Sacó un porro de su escote, lo olió y lo devolvió al escote. La señora continuó como si le hubieran dado cuerda: "No me vengas con la beatería de la santidad del matrimonio y de la trascendencia de la estabilidad y de esa bazofia, mientras tú andas fornicando, por ahí, con chinas y chulas, camboyanas y zombies y con qué sé yo qué más" (Estaba brillante, lo merecía). "Lo que yo creo es que deberías probar casarte antes de ponerte de consejero matrimonial". Me parecía levemente sádica y tenebrosa. No cabía duda de que resultaba una mujer extraordinaria,

deseable, acalorada. Cada vez más desnuda, a medida que las violentas palabras le iban soltando el suéter del cuello, ese cuello que revelaba una belleza turgente, soberana, despreocupada.

El sábado que siguió Romina pretendía comprarse un sombrero, una jaula o una ratonera. Tal como lo veía y como lo he visto durante años, Concepción era la jaula, la ratonera y la mujer comprándose el sombrero sin saber para qué. Ese es el ignominioso culebreo que iba desde la Costanera a las Tres Pascualas, del Cerro Caracol a Villa Cap. Lo que Dios olvidó pulir, en su magna obra, lo encontrábamos ahí; centros comerciales y el bocadillo de hamburguesa, retretes grasientos y profilácticos rehusados, canutos en la plaza de armas y krishnas y organilleros y putas y gitanos. Ejércitos de gente buscando trabajo. Chapucillas así las puedes ver una tras otra y tras otra. Homosexuales que van al bar con una escopeta recortada entre las piernas. Por todos lados olor a sudor y orina caliente.

Estudiantes y obreros sentados delante de las casas en el tenue sol de febrero, limpiaban con arena cucharillas de lata, se encasquetaban sostenes. Asesinatos y robos y violaciones y por la ventana volaban los coches. En una ciudad malditamente hedionda como esta, se me escapaba el sueño hacia algún punto del cerebro y sólo me quedaba sentarme a esperar. Era la danza del mercado, de la fábrica y las máquinas con sus juegos para niños. La danza del vino y los melones podridos. La danza del tráfico y los locos semáforos. La danza de la pasta base al comienzo de la noche y en la calle la boca abierta de la niñita de quince años con los ojos desorbitados. La danza del cortapluma y del punzón. La danza de la ninfómana borracha a media calle con labios de pétalos

de rosa. Este es Concepción; el parloteo monótono y Romina y Carlota en el taxi a las tres de la madrugada. Y a las tres y quince Ernesto cacareaba: "A estas alturas nadie va a salir escapando con cara de inocencia", y Valeria entonaba el exitazo: *¡No somos demonios sexuales! ¡No violamos como los buenos soldados!* Y mucho más tarde, en las noches calurosas, Maka dejándome sin sábanas o, mucho antes, Francisca metiéndose en una bañera mostrándome sus piernas. Concepción y la danza de la piscola, los plátanos fritos, las criadillas y el churrasco y los churros. Sabía que una civilización entera de almas perdidas, vivía dentro de esta ciudad, día tras día, noche tras noche y para siempre. Y como en una obra de marionetas poniéndome de puntillas tarareaba la larga canción en medio de la vida, la interminable alegría.

Llegamos al departamento de Romina cerca de la medianoche. Ella abrió la puerta y dijo, exagerando manifiestamente, pues quería impresionarnos lo más posible, que no pretendía atendernos y que fuéramos moviendo el culo a otro lado. Romina se encontraba algo agitada, tiritaba. Tras ella, en la penumbra, había un gorila semidesnudo. Supongo que estaba cumpliendo un viejo deseo. No discutimos. Buscamos el ascensor. En la planta baja del edificio, junto a la escalera, me detuve y grité a todo pulmón: "¡Que duerman bien, mariquitas!" Apuesto a que desperté hasta la última sabandija del piso (eso estuvo muy, muy bien). La verdadera desesperación puede convivir con el ingenio. Ernesto apuró el paso y yo lo seguí. Entramos por calles laterales hacia la periferia. Llegamos a un lugar bastante concurrido. Pasamos por un pasillo, subimos una escalera, pasamos por un

comedor y salimos de él. Ninguna gran cosa. Ernesto abrió una puerta que daba a la cocina, y el desfile de bandejas nos desorientó y condujo hacia otra sala, oscura, donde proyectaban una película. Nos quedamos parados como dos botones de un exclusivo hotel cinco estrellas. En la penumbra se distinguían ocho o nueve cabezas. A Ernesto le hice señas para que guardara silencio. Los tipos de la sala hablaban con el de la pantalla. Parecía una mini conferencia. Entonces apareció otro tipo en la pantalla. Traía un perro amordazado con cinta de embalaje. El tipo que hablaba desapareció de la pantalla y al momento volvió con un arpón y, sin mediar aviso, apuntó al perro. Se tomó su tiempo. Hizo un disparo que le rozó la oreja, el animal movió la cabeza y se quedó quieto, con la cabeza alta, tiesa, la boca apenas entreabierta, las orejas erguidas. El tipo puso otra flecha, apuntó de nuevo con delicadeza. Hizo el disparo. La flecha zumbó en el aire y acertó sobre el ojo izquierdo. Un hilillo de sangre corrió por la frente del animal. El cuerpo se desplomó. Las extremidades patalearon. Las ocho o nueve cabezas no se movieron. Luego el tipo empezó el desollamiento; con la punta de los dedos tomó la lengua y la cortó, le hizo estallar los globos oculares, lo abrió en canal y lo despellejó, fría, calculadamente. La sangre salpicaba. Cuando terminó la operación, el tipo sacó un bisturí de un bolsillo e hizo señas hacia una esquina de la pantalla. Entró en el enfoque otro fortachón, llevaba entre las manos un niño de meses, prácticamente era lo que yo alcanzaba a distinguir. El bebé chillaba, idiotizado. Me desconcertó, hasta el punto que palpé mis propios genitales a través del pantalón para ver si aún seguían allí. No obstante, tocarme de esa forma me descompuso. Las cabezas ahora estaban llenas de asombro y con expresión inocente, como un crío que acaba de descubrir un montón de regalos. Ernesto abrió la boca, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. El aire sofocaba. Lo empujé y nos largamos de allí. Bajábamos por una escalera.

Me quedé pasmado.

—Creo que eso nadie lo permitiría ni en el mejor sueño —aseguré.

—Suenan un poco violento —afirmó.

Hubo un corto silencio. Salimos a la calle. Nos paramos en el borde de la vereda como si esperáramos un taxi y luego seguimos caminando.

—¿Y Romina? —inesperadamente cambió de tema.

—Cree que una cópula repetida cien veces ilumina tanto como una puta bengala —afirmé.

Hubo otro silencio. Ernesto me ofreció un caramelo. Subimos una cuesta por una zona umbría. Cortamos por una calle estrecha. Dentro de un edificio el teléfono sonaba, sonaba, sonaba y nadie lo contestó. Paramos al lado de un semáforo. Los vehículos avanzaban. Continuamos. Pasamos cerca de un camión estacionado y junto a una camioneta raquítica, en ésta un payaso enculaba al domador del circo. Uno de ellos se quedó mirando el cielo y el payaso continuó dando brazadas en el vacío. Parecía que se jugaba la vida en eso. De la camioneta salía un olor fuerte, mezcla de enfermería y laboratorio, cerveza rancia y desinfectante, y todo venía de esa carcasa. Yo ya tenía el cerebro embrutecido, embotado por el traqueteo. Llegamos a una vereda polvorienta frente a una casa y cruzamos la reja y la puerta. El comedor estaba desierto. Me tiré en el sofá. Ernesto fue a la cocina. Su pequeña hermana entró por la puerta de calle, pasó corriendo hacia un dormitorio y al instante regresó. Se puso a jugar frente a mí. Me hacía señales con las manos y bajaba la cabeza. El cabello cubriéndole el rostro, se entretenía con unos catálogos que observaba y organizaba en pequeños montoncitos. Hacía esas cosas cuando estaba sola y emocionalmente deprimida. Ernesto salió de la cocina con una bandeja con pan, té y mantequilla. Se sentó y la chiquilla se le echó al cuello. La mocosa vestía uniforme escolar, y llevaba mochila y trencitas. Ernesto le dio un pellizco en la mejilla, la sentó en las rodillas y jugó al caballito. Luego

la chiquilla lo dejó y se me acercó apuntando con las manos, entonces las manos se convirtieron en dos pistolas. Comencé a hacerle cosquillas en las axilas. Nos pusimos perfil contra perfil y nos quedamos así unos segundos. Más tarde, ellos se fueron a dormir y yo me quedé en el sofá y me hundí en el sueño con Francisca y ella se transformó en la hermanita que saltaba en un campo de girasoles. Los girasoles se convirtieron en ángeles y luego en cerdos y peces y uno de los peces dio paso a una borrosa serie de sucesos en los que Ernesto había tomado la carretera que llevaba a Coronel, a su lado iba una chica de once o doce años, una miniatura coqueta. Ernesto conducía intentando contarle una historia confusa, de amor y desdicha, y mientras conversaban se metieron a toda velocidad en una curva que desconocían y volaron hacia la nada. En el silencio pude oír el chirrido de los neumáticos y luego el prolongado silencio en lo alto de un acantilado. Me desperté de madrugada con el cabello revuelto y la cara desencajada. Sin saber si había dormido poco o demasiado, y me volví a dormir.

El amor a veces se reduce a perder. Por el amor perdemos el sueño, el pelo, la belleza, la razón e incluso la vida. La lista es interminable y es agotadora. No esperaba milagros. Ya había gastado mi reserva de esperanza y cualquier diversión que mitigara el amor era bien recibida. El amor, por lo tanto, no desapareció, pero poco a poco, comencé a notar que lloraba menos. Que no siempre mojaba la almohada antes de dormirme. Y una vez, incluso, descubrí que había pasado tres horas enteras sin pensar ni traer al sueño a Francisca. Constituían pequeños triunfos, lo admito; pero teniendo en cuenta las circunstancias, no podía burlarme de ellos.

La noche de nuevo; la estéril y helada noche de Concepción, en la que la paz y la intimidad se mezclaban con lo que más parece la crónica sabrosa, íntima; de petardos, de cafiches, de flojos irremisibles. Preiss estaba con expresión totalmente ausente. Hundido en sí mismo. Y, por primera vez, esto unido a un aspecto delicado, delicioso, inmaculado, lo que despertaba en mí ese sentido de admiración que te indica cuando las cosas van derecho al desastre. Preiss y yo nos paseábamos desnudos por el comedor. La ropa tirada por el piso. Habíamos medido nuestros penes y acto seguido fotografiado los diversos ángulos. En especial la curva, la sinuosidad y declive del glande. En cierto momento, Preiss inclinó la cabeza y enroscó la lengua a mi pene. La sensación, sin lugar a duda, se podía definir como exquisita, deliciosa, embrujadora. Sin embargo, yo no calzaba con las facetas, las profundidades y simplezas del maricón. Y me lo empecé a repetir hasta vaciarme, pero aquello no estaba mal. Y él no era homo ni bisexual, sino un lunático y extrovertido granuja. Claramente en nuestras vidas había mucha confusión y agitación. Preiss me dijo:

—Tírate en la alfombra.

—Alto... viene alguien —respondí.

—¡Carlota! —exclamó él.

Ella había entrado en la sala deslizándose como una chica de topless sobre la pista de hielo. Se detuvo ante nosotros mientras las paredes temblaban. Miró a Preiss, él fijó las pupilas en la punta de sus pies desnudos, murmuró palabras que nadie entendió y se quedó muy quieto, con la cara lívida, unos ojos sin luz.

—¿Qué estás haciendo aquí con este escritorucho de segunda clase? (El escritorucho era yo).

—Eh, ¡quieta ahí, zorra! —no sé porqué dije eso, pero lo dije.

—Bueno, Carlota, tengo un pequeño problema y pensé que necesitaba que me ayudaran.

—¿Que te ayudaran?... ¿Quién?

—¿A qué viene esto...? No, gracias. No me voy a embarcar en explicaciones, perdona, no puedo decirlo... tú lo confundes todo y no vas a entender nada...

—Tú no conoces problemas desde que me tienes. Yo puedo hacer cualquier martingala mejor, que esta pequeña cucaracha. (Eso estaba bien, me acababan de convertir en la pequeña cucaracha, eso resultaba indecoroso, ¿o no lo sería nunca?)

Me puse de pie. En realidad ya lo estaba.

—¿Ah, sí? Pues, a ver si consigues una erección de veinticinco centímetros, so puta... (Últimamente mi pene no llegaba ni a los tres centímetros, pero no importaba, había que crear ficción, torcer la realidad, engañar para salvar la dignidad o lo que sea).

—¡Cerdo machista! —exclamó, amenazante.

El incidente mejoraba a cada instante, eso era lo que de algún modo yo colegía. Me sentí asustado. El piso comenzó a hundirse bajo mis pies y empecé a caer, a caer.

—Todo esto son tonterías —le grité a Carlota como un tipo que se ahoga e intenta agarrarse a la boya.

Me estaba cagando en mis propias nalgas. La caca húmeda, tibia, corría por mi pierna derecha sin darme cuenta. Todo lo que yo pudiera decir o pensar estaba equivocado. No era posible ninguna clase de acierto en ese estado de caos mental en el que me encontraba. Carlota se contoneó un poco por la habitación volviéndome más majareta de lo que ya estaba. Luego dio un salto y observó a Preiss. Carlota surgía impresionante, la mirada astuta, maliciosa, radiante, imperiosa.

—¡Ven aquí, perro! ¡Ven arrastrándote por el suelo! ¡Ven! —le ordenó.

—¡No lo hagas! —le grité.

—¿Eeeeeeh? —dijo ella.

Se largó. Preiss enarcó las cejas interrogándome. Espanté una polilla mientras dejaba de hacerlo. Sonrió.

Levanté mi ropa del piso y fui al baño a limpiarme. Él se vistió y salió a comprar una caja de té. Debía de tener uno o dos años menos que yo, hablaba con educación. Lo que daba miedo de por sí. Y de pronto me entró el deseo incontenible de olvidar aquello, pero después, me pasé un buen rato meditando en qué impresión le había causado a Preiss. ¿Sería que eso me gustaba porque me sentía infeliz o me sentía infeliz porque eso me gustaba? Había subsistido años escuchando a éste, al otro y al de más allá, parlotear sobre sus corazones rotos, ¿y me había servido de algo? ¿Y por qué corregir esa idiotez en vez de todas las demás idioteces? Quizá por eso mismo me repetía: "Tenemos que ser infelices, tenemos que ser infelices, tenemos que ser infelices..." Todo muy lindo, pero muy cobarde. Al final, me pasé la tarde apoltronado en un rincón mirando el techo.

En las fotografías siempre aparezco particularmente ridículo. En la primera, todavía estaba en pañales. Digo esto, porque no sé de qué otro tema hablar. Desde entonces la situación no mejoró: al contrario, empeoró. A los diez años conocí a un gitano que bailaba como trompo. Nos sacaron una fotografía bailando. Yo llevaba el pelo largo y una gafa hippie. Resultaba el ardid más desquiciado que hayan visto. A mí me horrorizan los puertos, pero tengo una fotografía en el puerto de Talcahuano. Estamos Paula, Leonardo y yo. Paula está en medio, y Leonardo y yo a los costados. Aparecemos comiendo latas de sardina y con unos abrigos que llegan al suelo. Aparecemos achispados y tragando las malditas sardinas. A ellos les gustaban las sardinas, pero a mí me gustaban más que a nadie. Parece ridículo, pero es así. Tengo una fotografía con Preiss y Ernesto. Conocí a

Preiss en el colegio y a Ernesto en la universidad. Preiss era cínico, Ernesto el humorista y yo algo loco. Al costado de la fotografía aparece Francisca, sonriente, con una falda cortísima, rascándose el culo. La puta fotografía es muy graciosa. Dos semanas después de sacarnos aquella fotografía me encontré con Preiss y me dijo que iba a postular a la marina y si no quedaba seleccionado, se iría en un buque mercante. Ernesto viajaba constantemente a Arica, su familia residía en esa ciudad salvo la pequeña hermana que vivía con la abuela en la Costanera.

La gente te cuenta historias preciosas de la infancia. Para mí; la infancia, la adolescencia, la adultez y la vejez son la misma mierda, sólo que cuando eres pequeño tienes menos fuerza para tirar de la cuerda y eso no hay Dios que lo cambie. Tengo otras fotografías. Una con Maka mientras acariciábamos a un perrito de la calle. Maka y yo fuimos novios durante meses, un invierno me espoleó a prometer casarme con ella y tres meses más tarde me abandonó. Tengo una fotografía de Carlota y Romina saltando junto a un ciclista decrepito y otra en que las dos están abrazadas en la pista de baile. También guardo la que nos sacó la profesora de inglés a Preiss y a mí. Hay otra fuera del colegio, en la cual los tres aparecemos riendo y abrazados. Un día, entré a orinar a un pequeño boliche, tenía el baño más espeluznante que pueden imaginar, pensé que sería un buen lugar para rascarme el ojo del culo y sacarme una fotografía. Guardo una fotografía de Bin Laden, el terrorista más buscado del mundo. Él ordenó desplomar dos rascacielos de Nueva York. Por entonces, todos lloraban, mientras yo reía. Para mí, Bin, era el único héroe de este putoso mundo. Por supuesto todavía poseo la fotografía de Valeria con uniforme de colegio y borracha, en la que aparece Paula con bikini abrazada a mí. Paula recién, en aquel tiempo, había sido contratada para integrar el equipo de la sucursal bancaria. Le tomé una fotografía en las puertas de la sucursal. Tengo fotografías, muchas fotografías,

algunas muy tontas y otras no. Fotografías y más fotografías.

Allí estaba. Escritor de cuarta categoría, dispuesto a vender el culo a diestra y siniestra.

—Quiero ese maldito libro —me dijo Preiss.

—Muy bien —le aseguré—, es tuyo.

Estábamos sentados en una farmacia matando el tiempo. Veíamos pasar la tarde apaciblemente.

—Y si este libro no da plata, te cortaré personalmente tu lindo pene.

—Es justo.

—Primero tenemos que hablar algo.

—Adelante.

—Quiero aparecer en la dedicatoria.

—¿Qué? ¿No sabes que esas cosas nacen? ¿De qué estás hablando?...

—Claudio, no siempre consigo que una mujer pague un libro.

—Oh, por favor.

—Claudio.

—Pero eso puede estropearlo todo. Echar a perder la credibilidad.

Ya no estaba vendiendo mi culo sino mi alma y todo lo demás.

—Está bien —dije—, escribiré esa maldita dedicatoria.

—Bien, bien... pero hay algo más.

—¿Qué hay ahora?

—Te acuerdas de Luisa.

—Sí, qué pasa con ella.

—Ella también quiere aparecer.

—Pero mierda ¿esa mujer está loca?

—Ya sabes, financia parte del libro.

—Está bien, seguro podré escribir su nombre allí.

—Gracias —dijo.

Suspiré tranquilo. Si hubiéramos continuado quizá a quién más se le habría antojado incluir en la maldita edición. Con lo extravagante que era, podía querer meter a su madre o a Sor Teresa de Calcuta o a algún amante del Dalái Lama venido de otra galaxia. De Preiss podía esperar cualquier cosa. Me sentí frustrado, perdido, ignorante de mi propia vida y, sin embargo, salí a la vereda en el momento que a Preiss se le ocurrió comprar un medicamento. Masqué un palito de fósforo, ya blando, me sentía indestructible, saqué pecho, mucho pecho, hice un paso de baile, una pirueta igual que si viviera mi primer milagro o un sueño pletórico.

Preiss salió de la farmacia y juntos caminamos por el estacionamiento.

—Carlota anda diciendo que Ernesto es un imbécil —le expliqué.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Ernesto se tiró a la Pancha Melo.

—Viste, ¿crees que eso lo convierte en un imbécil? Ningún imbécil se agarra a la Pancha Melo. ¡La Pancha Melo!

—¿Y quién es la Pancha Melo?

—Un travesti de dos metros que se prostituye en Orompello con Heras. Debes probarla, es magnífica.

Lo decía con la mirada desorbitada y la quijada chueca, y estaba tan endemoniadamente fuera de sí que me detuve y él continuó caminando sin siquiera enterarse de que yo no seguía a su lado. Me devolví y caminé, caminé y caminé y no sé cómo llegué a una pasarela. Los vehículos pasaban por debajo. Suspiré hondamente. Una leve tristeza se apoderaba de mí y eso tampoco me importó demasiado. Un dolor punzante me atacó el colon, lo cual, en cierta forma, me descompensó, pero no me indignó ni me provocó ninguna decepción. Continué caminando sin razón. Por lo general caminaba sin razón alguna. Aplanaba las calles sin motivo aparente. Me desconsolaba un poco.

A veces me veía obligado a vivir con tal urgencia que apenas me quedaba tiempo de consignar estas notas y fragmentos. Una de esas tardes tan primaverales como pocas, visité a Ernesto. Ernesto nuevamente se había cambiado de residencia. De un minuto a otro se trasladaba de una pieza prestada a una pensión, un hostel, un cuchitril o un sótano y ahora vivía en una casa de familia. Los dueños habían viajado a Perú a visitar unas ruinas y él se quedó en la mansedumbre del hogar. Tenía una borrachera y se sentía totalmente deprimido. Estaba dando vuelta unos trozos de pollo, sobre la parrilla, en medio del patio. Los trozos chorreaban, se chamuscaban; pero Ernesto seguía dándolos vuelta. Llevaba bermuda color caqui, calcetines gruesos, zapatones, tenía el torso desnudo. Un enorme gorro blanco de cocinero coronaba su cabeza, pero resultaba evidente que se le había caído innumerables veces porque estaba completamente arrugado.

—¡A servirse pollito! —exclamó él.

Entró a la casa, consiguió dos platos y arrojó una porción de pollo en cada uno y nos sentamos.

—Esto es algo digno de admiración —añadí, después de examinar la carne dorada.

—Sí... Hummm... —dijo Ernesto.

Ernesto puso la tv. Veíamos el programa comiendo pollo. En la pantalla empezaron a aparecer figuras del espectáculo, modelos, actores, futbolistas, un humorista calvo. Todo el glamour, los peinados y los rostros rutilantes y los trajes desfilaban delante de nosotros. Éramos dos fantásticos peleles viendo el gran espectáculo del mundo, pero sabía que el gran espectáculo del mundo lo conformaba gente sin talento, sin alma, ciegos. Eran pedazos de caca y detrito piloso andante; pero para el público, para la mayoría de la gente, aquellos personajes representaban dioses hermosos y venerables. Ernesto

apretó un botón y desaparecieron los venerables. Despachamos el resto del pollo y nos quedamos allí sentados. La tarde, en Villa Acero, transcurría lenta y apacible. Ernesto tenía los ojos clavados en su copa. Todavía llevaba puesto el sucio gorro cocinero. Nosotros siempre habíamos mantenido un poco de estilo, incluso en el peor momento. Quizá, esta vez estábamos obligados a hacer tabla rasa para volver a edificar nuestras emociones.

Semanas después dejó aquella casa y encontró una pieza en la *Agüita de la Perdiz*. Y esto era efectivo, real, muy real.

La tarde siguiente me presenté con paso raudo en la biblioteca de la Universidad de Concepción. Debía dictar mi cuarto taller literario. Un taller que había comenzado hace un mes o un poco más. Me acompañaba Carlota. Entramos al salón, saludamos. Había siete u ocho adolescentes. Carlota se acomodó entre ellos y yo me senté sobre el escritorio que estaba allí. Abrí un libro para esperar a ver si llegaba alguien más. Leí un par de líneas de la solapa, cerré el libro, observé la contraportada, me levanté y expliqué el trabajo de esa tarde. Así fue como improvisando, siempre improvisando, me enrollé en una arenga (por no decir celada, farsa, si bien distaba de la abierta mala intención) la que terminé de la siguiente manera:

—...ustedes creen que saben escribir ¿verdad? Pero el hecho es que muy poca gente sabe escribir y la mayoría sólo puede redactar a medias. Cada vez que alguien escribe me maravillo de que acierte a colocar en el lugar exacto una coma, una palabra certera o las comillas. Muy pocos saben hacerlo y sufren por eso. Algunos hacen yoga o simplemente se aferran al adulto enfermizo parapetado

tras el supuesto artista. Y muchos son víctimas de esta ilusión hasta el final. No crean que escribir es un placer de vida sin retorno.

No sentí vergüenza ni alegría ni fastidio ni nada. Alguien podía afirmar: "Es inteligente, encantador, es tan absurdamente dotado, tiene el ingenio desbordante." Para nada, no tenía absolutamente nada que ver con todo eso. Una niña murmuró: "Es un quisque superficial y maloliente." Y me pareció que lo decía con mayúsculas, con sorna. Eso me motivó:

—Yo no estoy aquí para decirles cómo tienen que vivir. Para eso vayan a ver a su rabino. O a su cura. O a su cónyuge. O, si alguno puede, a su concubina, a su amante... O a —y aquí puse una miradita sarcástica, una sonrisa ampulosa y con un opulento ademán me revolví el cabello— su *cocotte*.

Carlota se frotó la frente con la yema de sus largos dedos, cerró los ojos como diciendo al mundo que yo había comenzado con mi malicia, mi saña justiciera.

—Madre, el cabrón tiene labia —dijo el adolescente que estaba a mi lado.

—Todo hombre es un poeta —replicó Carlota, mientras mecía su cabellera larga, rubia, voluptuosa.

Hubo un silencio. Nadie sabía qué decir. El sabihondo se había hundido en sus orejas. Yo había realizado el acto más condenadamente bueno de mi vida (eso pensé) y no había una mente despierta en varios kilómetros a la redonda. Alguien preguntó:

—¿Por qué no traemos vino y amenizamos la reunión?

—Claro, y después buscamos una chulita en tu libreta de direcciones —le respondí.

Al principio rieron y yo también, más tarde pusieron caras sombrías y distantes y yo también. En aquel taller había una chica, bastante locuaz, que en un momento se había puesto a hablar de sí misma. Decía que la mayoría de nosotros sólo tiene dos o tres momentos auténticamente interesantes a lo largo de la vida y que el resto es relleno. Era un pelín cruel, pero era así. La chica

se llamaba Genoveva. Vestía pantalón corto, zapatillas y de una aleta de la nariz le colgaba una chuchería en forma de corvo dorado... ¡Cielo santo! Era una pequeña aficionada al tenis... ¡Oh, Dios! Aquella tarde yo llevaba un libro robado debajo del brazo. Genoveva deseaba leer, pero no sabía qué. Yo le ofrecí el libro que aquel mismo día sustraje de un anaquel de la librería *Antártica*. Estábamos en la víspera del día de Todos los Santos. Más tarde me encontré sentado, estúpidamente, en su casa, comiendo un enorme trozo de piña. Genoveva fue una de las chicas más extravagantes que conocí y, al mismo tiempo, daba la sensación de triunfo y de promesas infinitas. Genoveva parecía una de esas mujeres que no son responsables de nada de lo que pasa por su mente. En verano le encantaba viajar por las autopistas haciendo parar automóviles. Cada cierto tiempo, se cargaba con pastillas que la dejaban lela. Llevaba encima tanta pastilla que tenía que pasarse gran parte del día sentada en una pieza con la luz encendida. Me habló de sus vecinos; un familión con unos hijos muy traviosos que le tiraban piedras por arriba de la reja. Un invierno, salió totalmente drogada con un cuchillo en la mano, les sonreía malignamente. La visión debió resultarles una pesadilla, porque no volvieron a arrojarle piedrecillas. Mientras comíamos piña me relataba, divertidísima, esto y otras cosas. Me conversaba en el agradable calor del anochecer de Concepción. Grandes y hermosas nubes flotaban por encima de la ciudad, unas nubes que te hacían sentir la pequeñez de la vida.

Preiss fumaba, por la boca arrojaba humo como chimenea. Preiss; un chico rastrero, descarado, temeroso de ser absolutamente abominable y, en ocasiones,

derrochaba energía como el futbolista que acaba de meter el gol en la final del campeonato mundial. Ahora su voz sonaba nerviosa, monótona, apagada. Llevaba un pantalón rojo como de bombero. Yo intentaba fingir que no escuchaba lo que escuchaba o miraba un punto inexistente en el aire como si estuviera inmerso en un pensamiento profundo. Estábamos en mi pieza. Yo, sentado en la cama en posición de indio apache; él, en la silla en posición fetal y con escalofríos. En un momento lo volví a escuchar con atención.

—Una tipa me llamó —me confidenció Preiss.

—¿Y? —pregunté.

—Me dijo que me iba a matar. Dijo que la había violado.

—¿Qué?

—Me llamó por mi nombre y apellido.

—¿Y qué decía?

—"Tú, hijo de puta. ¡Tú me violas! Tú me violas y violas a mi hermana, cerdo maricón. Voy a ir por ti y voy a violarte hasta arrancarte un testículo. Y después, voy a matarte, voy a destruirte, porque ¡yo soy la destructora!"

—Dios mío...

—La tipa reía con odio desatado, parecía fuera de sí, parecía muy real. Es espeluznante... estoy seguro de que esta noche no podré dormir.

—Calma. Si llega, habla con ella.

—Yo no quiero hablar con ella ni con nadie. Puede que sea verdad. Creo que he violado a un par de putas.

—Pero chico, eso es el pasado.

—Sí, pero no creo que ella pueda entenderlo.

—Preiss, puedes quedarte aquí... o estoy seguro que Romina tiene sitio... esto no es tan horrible como aparenta, todos los temporales pasan...

—No, no, a veces hay temporales que no pasan nunca. Se quedan para siempre.

—Para ya. Te estás torturando.

—La vida no sirve para nada.

—Sí, esas mujeres tienen más estrategias que la policía y los servicios de inteligencia, y las utilizan más a menudo.

—Esas mujeres están por todos lados. Puedes encontrarlas debajo del piso, en el tejado o en un basurero clausurado. ¡Qué clase de tipas endemoniadas son!

—Es espeluznante.

—Hay putadas de muchos tipos, cada día.

—Bueno, yo también he abusado de algunas, como ellas han abusado de mí y no ha sido tan paranoico.

—¡Perra!

—Vamos, vamos, no siempre se puede pedir todo.

No esperaba milagros; después de esto, ya había agotado mi reserva de esperanza. Sabía que a partir de entonces, cualquier suceso sería un corolario. Una vida con vicios solitarios, con entierros organizados por teléfono, con Maka muerta no por sobredosis ni en un accidente aéreo sino por el paro cardíaco al ver que casi atropellan a su perro. Una vida con temblores, ansia, insomnio. Con Leonardo perdiendo el paraguas en una noche de lluvia, subiendo una empinada cuesta para más tarde, en medio del sueño, terminar bajo los escombros del edificio de Caty, producto de la explosión en cadena de una fuga de gas. Esos son los juegos y las putas ironías de la vida, una vida que seguiría su curso. Y yo, por supuesto, un día no podría escapar de la vida ni volver a verla ni oírla jamás.

Ese sábado me acomodé a un costado de la lavadora. Leonardo fue al refrigerador. Abrió la puerta y se quedó mirando el interior. Sacó jugo de manzana y lo bebió. El aire gélido le daba en la cara. Registró los pequeños paquetes y envases con alimentos sobre las rejillas, el

jamón envuelto en plástico transparente, la mantequilla mal conservada. Leonardo, voluminoso, de un lengüetazo se limpió el labio superior.

Sus padres vivieron en Concepción y más tarde se radicaron en La Serena. Leonardo ocupaba la casa que le habían dejado. Una casita ubicada cerca de un basural. A dos o tres kilómetros de la ciudad.

Cerró la puerta del refrigerador. Volvió a sentarse.

—Ya no me salen las palabras —aseguró.

—No.

—Deberían darme de patadas en el culo. Tengo menos sentido que una mosca y cuando digo "tengo", me refiero a mi cara fea, al que le han tirado flores con florero y todo, ¡Jesús, qué días y noches son estos!

Nada iba como la seda. Me levanté. Salí a la calle y encontré a Romina asomada al portón, con una chaquetita sin planchar, esperando. Me afirmé en la reja sintiendo el viento en mi pelo y en las orejas. La escuché decir bajito: "Claudio huele a meao de gato." La contemplé con rabia y ella me devolvió la mirada insistente, implacable, advirtiéndome, recordando.

—¡Llegó tu turno de llorar, marrana!

Me acerqué y le di una bofetada. Ella saltó sobre mí como un resorte. Me arañó la mejilla, me arrancó algo de pelo mostrando su cara fría e inhumana. Y nos liamos a golpes (en esto ella era hábil) y me hizo una zancadilla y me descargó un buen puñetazo en la boca, pero no salió sangre. Trastabillé hacia atrás, tropecé con un ladrillo, caí pesadamente con arte consumado, me levanté y le di unas cuantas patadas como Dios manda. Y ella me daba dos y yo le daba uno (era mucho más veloz que yo). Y ella corrió y yo logré alcanzarla, la tiré a tierra y ella se orinó y comenzó con los insultos, le salían desde las entrañas: "Concha de tu madre". "Cabrón". "Mariconazo". "Basura arribista". "Farsante". "Pedazo de bestia". Agitaba los brazos y gritaba perfectamente. Cuando terminamos, los dos jadeábamos; ella dijo:

—Ah, ahora me siento mejor.

Me miró sin ira ni rabia ni desprecio, más bien con un aire de nostalgia. Lo tomé, en cierto modo, con sigilo, por no decir que desvariaba, esboqué una sonrisa amarga, me sentí como si resbalara hacia una zona oscura. Ella giró sobre sus pies y caminó hacia la calle. Volví a entrar a la casa. Sabía que al día siguiente yo tendría un ojo terriblemente amoratado y un profundo arañazo. Un excelente golpe, pensé. Cojeando me acerqué a Leonardo y me senté junto a él.

—Eso fue delirante —me susurró Leonardo—. Pero lo necesitabas para mirar la vida de otra manera.

Él había contemplado la riña y se rascaba la flácida nalga.

—En veinticuatro horas todo habrá pasado y volverá a ser igual como antes de que te metieras en “esto.”

—No soy un héroe sino un payaso —respondí con el ánimo por el suelo.

—¡Claudio, hay tiempo!

Leonardo prendió la radio —ese amante sensiblero, ese granuja gordinflón, ese piojo fanático del rock—, estaba de pie, oyendo a los Rolling Stones cantar "Simpatía por el demonio."

—Leonardo, no la entiendes —le dije refiriéndome a Romina.

—Creo que un grupo Irlandés ejecutaría aún mejor esta parte —respondió.

Él, a diferencia de mí, sabía perdonar, dejar el resentimiento a un lado y limar asperezas. Entonces me entraron ganas de dar un paseo. Pero no, me deprimió entender las cosas tan al revés. Huir de lo que no se podía huir. No podía ponerme de pie y a Leonardo le dieron ganas de llorar desconsoladamente, pero no lo hizo. Afuera el viento era fuerte y la luna resplandecía. Leonardo no hablaba mucho; sin embargo, cuando se juntaba con Preiss, llegaban a ser algo difícil de controlar. Al concluir aquel día, Leonardo dijo: *Preiss, ¿dónde está Preiss? Tengo que ver al hijo de perra, tengo que verlo.*

Me invitaron a participar en un programa de radio. A la radio Infinita. Era en relación a un encuentro de poetas que había organizado y sobre la poesía en general. Me iban a pagar cinco mil pesos por la media hora que duraba el programa. Cuando llegué a la emisora me recibió el locutor. Un insecto al que le gustaba hablar. Se llamaba Marco. El lugar donde se realizó la entrevista no parecía gran cosa. Dos sillas, una mesa y el micrófono. Al otro lado del vidrio había un melenuado manejando el equipo. Marco me rogó que me sintiera a mis anchas y rellenara lo que pudiera. "Ok", dije. Siempre me ponía nervioso ante una entrevista o aparición pública. Incluso, en una oportunidad, me dieron calambres en el estómago y había vomitado antes de la lectura. Abrieron el micrófono. Estábamos al aire. El insecto habló de esto y de lo otro. Yo igual. El tipo me pidió que me definiera como poeta. Ante una pregunta como ésa dejé funcionar el rollo Villanueva. Improvisé:

—Yo soy un hombre de las cavernas, abro los ojos y luego intento ver si consigo llegar al final del día. Ese es un trabajo de jornada completa. Y aún así me considero un tipo normal. Bueno, puede que no exactamente, pero ¿quién lo es exactamente?

Él me quedó mirando. Yo lo contemplé, dejé vagar la mirada por la habitación insonorizada, y luego continué:

—Mi auténtica trinidad es ésta: dar buena imagen, patear culos y echar polvos. Aunque últimamente estoy a dieta (alguien sonrió por ahí, yo hacía caso omiso). Es hora de desmitificar una época y de construir un nuevo mito desde el arroyo hasta las estrellas.

Esto último, si mal no recuerdo, lo copié literalmente del libro que acababa de leer. Silencio. El flaquito cara de insecto me observó e hizo un movimiento de cabeza para que continuara.

Yo le hice señas con la mano para ir al baño. Colocaron algo de música. El insecto se rascó las costillas. Me levanté y salí, pero en realidad no quería ir al cagadero. Deseaba tomar aire. Di vueltas en el pasillo, allí había una vieja con la boca pintada de rojo y tentaculares pestañas postizas, estaba buena. Cuando regresé la música continuaba. Ahí afuera, el melenuado me explicó que la habitación les había costado una fortuna, pero absorbía los ruidos en un noventa y cinco por ciento. El melenuado tenía un tic en el ojo y era sensacional. Yo no dije nada y volví a la acción. El insecto me guiñó un ojo y me preguntó:

—¿Para qué escribir crítica si no se es capaz de noquear de golpe?

Me lancé en picada.

—Según mis cifras, he leído a dos mil quinientos autores (con alguna temeridad abulté la cifra con un excelente par de ceros, por lo demás era un cuento que me seducía) y los suficientes tipos que hablan de esos autores, y si les debo dar un mensaje: Muchachos, hay que empezar a ganarse el pan de otra manera. Y como el mundo sabe, ellos son lo peor de lo peor en cuanto a escribir y, sobre todo, en cuanto a pensar. No sé si son peores escribiendo o pensando, pero sea lo que sea que quede, es decepcionante.

Al tipo le fascinó esta parte, y no es que yo no lo crea, lo creo, pero no mucho. Sin embargo, tenía que andar con cuidado, estaban tan atentos que podían detectar cualquier palabra falsa, cualquier gesto falaz. Nunca podías desestimar a tu público. Habían pagado para escuchar. En consecuencia, les tenía que dar lo que querían. Fueron a una tanda de avisos comerciales. Me dieron ganas de correrme una paja. No lo hice. Volvimos al aire.

—¿Qué hay de la virtud?

¡Qué pregunta!... Yo contesté muy serio:

—Podría atribuir mi pérdida de virtud a algún suceso o circunstancia en concreto (no estaba muy seguro de

haber querido decir eso), pero no se puede perder lo que nunca se ha tenido (me relajé). La vida reinventa sus gestos más oportunistas para hacerlos pasar por sucesos de gran peso moral.

Leí algunos poemas. Me hizo otras preguntas:

—Tú escribes mucho de mujeres y de fornicar, ¿qué hay de eso?

Una vez más eché a andar el parloteo Villanueva:

—Nadie que sepa meterla como es debido entiende de globalización, tarjetas de crédito o lo que sea. Todas las mujeres saben que un ocioso atornilla mejor que un hombre de provecho. Pero no todas las mujeres joden tan maravillosamente como todas las mujeres creen que joden. Sus vaginas, a veces, pueden resultar tan aburridas como el campeonato del luche. Pocas mujeres saben que sus vaginas pueden resultar tan tristes como nuestros penes. Algunas creen, al igual que algunos, que ensartar es un arte. Falso, ensartar es estar tan caliente como una tetera o un quilombo en el quinto infierno, y para ensartar como se debe, tienes que estar tan loco como el diablo en su jodido agujero. Chico, conseguir un buen polvo no es fácil. No es necesario probar muchas mujeres para saber esto. Sólo las suficientes.

—Posees la conciencia del pequeño trotamundo, del pequeño vividor o aventurero.

—Amigo, nada más alejado de la verdad. Mis "correrías" siempre han sido accidentales, impuestas, siempre soportadas más que buscadas. Pertenezco por esencia a esa raza de gente jactanciosa, sin el menor sentido de aventura; espíritu inquieto, atrevido, travieso, pero no aventurero ni un Sandocan ni un Sansón del sexo.

—¿Puedes ser más concreto?

Me quedé reflexionando. Contemplé las placas acústicas que cubrían la habitación. Tosí. Miré la puerta acolchada. El micrófono, el marco de la ventana insonorizada. Pensé que era martes, el día de recogida de la basura. El bicho comenzó a sudar. Le respondí:

—Por ejemplo, si pudiera apretar una tecla y ver a Chile arrasado de extremo a extremo, lo haría no sin algún desdén, sin vileza, pero burlándome de mí mismo, mofándome de todo sueño y aspiración humana, y al fin diría “mi tierra” al lugar en cenizas; desearía que sucediera como una especie de expiación por los crímenes cometidos contra ti y contra otros iguales a ti, gente sencilla, demasiado impresionable, que nunca ha podido levantar la voz y expresar su rebelión, su legítimo deseo de revancha. Y después de haber ejecutado esa acción, en cierto modo, festejaría por el simple hecho de haberlo hecho. Y estoy seguro de que, por un instante, creería que existe la felicidad en el mundo, aunque sea más efímera que un sueño. Ves, desde el principio mismo fui un espíritu jactancioso. Y no es que sea una vasija rara, misteriosa, una suerte de jarrón chino. Simplemente soy lo que soy.

Con un discursito así no podía perder. Alguien al otro lado del vidrio volvió a sonreír. Era divertidísimo. Inventaba, improvisaba y farfullaba. Por fin había descubierto la veta del genuino escritor. El planeta me esperaba.

Cuando pienso en aquel mes de febrero me sobreviene una conmoción de silencio. No es que nos hayamos convertido en tipos raros o gentuza ordinaria que roba en el supermercado o la botillería. Pero pasarnos tardes enteras juntos, no contribuía a mejorar la situación. Sin duda, arrastrábamos la vida lenta y tediosamente y en el intertanto nos regocijábamos lanzando al viento repugnantes ristas de injurias y garabatos, altisonantes exhortaciones contra Dios y la patria, vociferando, tarareando e hipando al mismo tiempo. Pongo por ejemplo a Preiss. Hace más de un febrero se largó a llorar.

Debo reconocer que fue uno de los momentos altos de Preiss. Trató de explicarlo: "Esto es consecuencia de mi infancia y de mi pasado". Y ustedes ¿qué creen que hice?; sonreí y simplemente me dormí. No me derrumbé en la alfombra. En absoluto. Me levanté, bostecé, me despecé, y me acomodé en el sofá. Allí estuve roncando, gimiendo y resoplando durante casi tres horas. Me desperté reconfortado y fresco, pensando que lo mejor sería no irme muy tarde. Entonces me acordé de Preiss. Él estaba en el dormitorio plácidamente dormido y con el televisor encendido. Probablemente mi resfriado impedía ver lo divertido de la situación, lo amargamente divertido de la situación. *En Concepción toda la gente es un verdadero capullo*, me dije. Como lo de Rodrigo unos quince días después. Rodrigo había conocido a una violinista. La violinista estudiaba en la universidad y, según Rodrigo, podía hacerle olvidar a una tal Johanna. Decía que sólo tenía que conseguir que la violinista se la mamara tocando el violín. Yo le dije: "Pero, mierda, estás bromeando". "No, Claudio, esa mujer es todo un prodigio". Luego empezó a hablar de un tal Saúl Bellow. Un autor que, según él, era mejor que correrse acariciando el botón del seno y mirando las cachorras de la Playboy. Le pregunté si podría ser mejor que la mamada de la violinista. Dijo que jamás. Que el tal Bellow lograba ser formidable, pero jamás sublime. Que a lo más se podía llegar a un sólo orgasmo mientras se leía al tal Bellow. Finalmente, el maldito me obligó a acompañarlo a comprar un computador de segunda mano. El dueño del aparato era un siquiatra que vivía en un edificio céntrico. Un edificio muy antiguo. Nos recibió el dueño. El tipo —no sabíamos su nombre, no se lo habíamos preguntado— nos dijo: "Este computador se ha pasado toda la vida en una clínica de enfermos mentales". "Va a la persona adecuada", dije yo, mirando hacía otro lado. Rodrigo se lo llevó como si hubiera hecho la compra del siglo. Rodrigo, en aquella época, cursaba último año de Bioquímica. Tenía problemas con su tesis y algunas

mujeres. Y, según me explicó, había empezado a introducirse en la lectura de Heinrich Böll. ¿Quién era Heinrich Böll? Vaya a saber uno. Rodrigo, de vez en cuando, salía con Johanna a cazar imágenes en video como otros a cazar mariposas. La tal Johanna lo excitaba tanto como lo excitaban las mariposas. Rodrigo había publicado un par de ensayos en el pasquín y en la revista Trilce. Encontré divertidísimas sus reflexiones y habían causado cierto revuelo. Todo esto ocurría a fines de aquel febrero. Un febrero febril, delirante. Meses después leí al tal Böll. Más aún, cuando terminé de leerlo rompí a llorar. No recuerdo el motivo, pero fue así. Tiré el libro contra la puerta y le pegué una patada a la cama con una furia tan salvaje que tuve que estar saltando por la habitación con una almohada contra la boca, hasta que sofoqué el deseo de gritar.

Después de mi último numerito en la radio había decidido retirarme de toda aparición pública. Pretendía llevar una vida tranquila, sin remordimientos. Pero unas semanas más tarde un amigo de años me invitó a la tv. Y me dije que con un amigo, por una vez, debía ser leal y, hasta cierto grado, profundamente complaciente, pero siempre guardándome de ser excesivamente afable (es decir no dejarme consumir por la cólera ciega). Y que no me podía desligar del compromiso. Aunque yo negaba con la cabeza disimulando no entender la invitación y él procuraba convencerme con un lenguaje empalagoso. Nuevamente caía en la tentación. Era el bocón por naturaleza y, ante eso, no podía hacer nada. Incluso intenté borrar la idea de mi mente: fui a fiestas, me emborraché, tomé píldoras estimulantes, andaba cargado a las píldoras, me encerré en mi habitación a dormir y

escribir, dejé de contestar las llamadas telefónicas durante tres días, pero nada dio resultado. Así es que fui al programa de tv. Con llamadas en directo y todo eso. Sentados en sus respectivas sillas descansaban expectantes tres, supuestos, escritores. Me incorporé a ese grupo de personalidades. La cosa fue de maravilla hasta que llamó la abuelita y dijo que con algo que yo escribí había aprendido a correrse, pero que, después de pensarlo, prefería a Dios y que, después de pensarlo dos veces, prefería verme muerto. Le respondí que estaba totalmente de acuerdo y que no lo pensaría dos veces para correrme, pero que en todo caso eso estaba bien. Entonces ella replicó que apostaría la cabeza a que nunca había conocido una mujer de verdad. A lo que respondí que era cierto, pero que también era cierto que cualquier imbécil puede herir a una mujer y que sólo un hombre de verdad puede llevársela para siempre. Ella respondió que nadie había dicho que fuera fácil.

—Por supuesto. Tratar de querer a alguien. Pasar las noches despierto. No enredarse con la mierda de Dios y con la mierda de siempre. Esquivar las balas y tratar de creer que todos los fantasmas se irán por donde han venido, no resulta fácil —dije.

Y que si tenía hijas, las llevara a visitar a los parientes en el campo.

—Sólo quiero saber si es capaz de acercarse a una mujer real —vociferó.

—¿También quiere saber si se me pone dura? —pregunté.

—Eso también —dijo.

Entonces le expliqué:

—Se me pone dura y, si es lo que le interesa, le cuento que la meto por todos los agujeros y que le doy con ganas hasta por el culo y hasta que me corro. Normalmente, mientras me corro, las llamo putas.

Entonces la abuelita se salió de madre y me replicó:

—Oye, niño listo, ¿la chica, en tus sueños, te la chupa? Yo, como buen niño listo, le dije:

—En mis sueños, Dios me la chupa.

Sin embargo, en un segundo, todo aquello me hizo cuestionar si debía recelar o conmovirme. Y esta interrogante resultaba tan insólita, tan antigua, tan intolerable como la misma concepción del mundo.

Era para reírse. Todo era para reírse. O, más bien, había una risa en el aire y a eso le llamábamos el principio irrefutable de la vida más irrefutable que nunca. Llegar a la *Agüita de la Perdiz*, golpear despacito la puerta de la pieza y que apareciera Ernesto con su frasco para pulgas en la mano. O una bacínica. O no se puede ver al enfermito, es muy tarde. O entrar por Castellón, tocar el citófono, para que te dijeran que Romina estaba durmiendo la juerga o salía ella y me dejaba pasar, me servía un café y, en una de esas, empezábamos a llorar, pues Carlota había armado un baile del demonio con otra chiquilla fogosa, casquivana y parlanchina. Y luego iba a llegar Carlota y nos largaríamos a llorar los tres, porque parecía contagioso, llorarían hasta perdonarse y yo lloraría por lo que ellas llorasen, y entonces iba a suceder; el problema, lejos de terminar, iba a empezar; las mujeres deshidratadas son terribles, me iban a echar a la calle, iban a hacer el amor como tiuques y con un vibrador sin baterías, aunque llegara la madre (conspiradora), la cuñada (intrigante) y la hermana (bruja misionera y concupiscente). Yo; el titiritero y ellas; las marionetas, pero las marionetas me habían puesto de patitas en la acera. Y me secaría cada lágrima con un pañuelo y pensaría si no sería mejor, a fin de cuentas, raparse y hacerse un tatuaje de oreja a oreja para lucirlo en los centros comerciales; yo el gran huevón con una vida desastrosa y a pesar de eso me precipitaría por las calles con fulano y mengano y ellos dos, con una voz

extrañamente débil, casi trémula, me reprocharían: *¡Qué trabajo! ¡Ni un solo día sin ponerlo todo patas arriba! y aunque sea tu vida ¿puedes hacer el favor de callarte?* ¡Ay! Noche de brujas, final de juego, olor a serpiente. ¿Por qué no me dejaban seco en mi sitio de un pistoletazo? Y contra la pared yo y un par de ninfas de trece y nueve, y las terneritas tendrían un gran momento de inspiración. ¿No pueden acusar a las menores de corromper a los adultos? Dos tortilleras, ¡hip hip hurra! y luego ¿luego qué? (ovación prolongada). Una vida inexcusable cuya fugacidad sobrepasa la vida voluble de Lolita y de Las Edades de Lulú. Más audaz y menos bello que Hiroshima mon amour. Y la abuela de zutano me invitaba a solazarme con jineteras, y todo con quince consoladores de diferentes tipos y tamaños. Un día no me verían nunca más y eso lo daba por escrito. Y ni siquiera llegaba a ser terrible; hogueras de tapioca, arenas movedizas, zancudos, víboras y colmillos de piraña y en el fondo, en algún punto de la mente, demasiada piedad; yo que me creía despiadado. No podía querer lo que quería, y en la forma que lo quería y, de yapa, compartir la vida con los otros.

Concepción; ¡A un dedo del éxtasis!, para salir al aire de la noche con la cara lavada por el tiempo o picar como el zancudo. Concepción, mi amada, la gran felatio, el inmenso w.c. de oro, la gran mierda en bandeja de plata. Mi querida Concepción, el ojo del ano es mío y bien, así aceptamos el colorido del lugar donde vivimos, oyendo el ronquido de mocosos e impúberes tapados de diarios, de cartones y de nylon. ¡Qué maravilla ver hombres atrapados en el ámbar del instante! Cada paso un camino irreversible. Concepción, mi Hoguera del Deseo. Y entonces me acordaba de Paula, una chica que alimentaba con migajas a las palomas del parque, una chica excelente, con un sentido del humor que encantaba, a veces tan vivaz, tan alegre o tan limpiamente disoluta. Cuanto más hablaba con ella, más me tildaba de niño. Paula. Paula. O Carlota y Maka. O Maka y Paula. ¡Ay,

Maka! La soledad se cura con soledad. En un segundo todo felizmente liquidado y nos aburría —contra nuestra voluntad— la monotonía de la prosperidad no más que el furgón de Carabineros en donde te empujaban y te hacían callar rompiéndote la cara con botines, cabezas, codos, y rodillazos. Por amor al deber o porque les parece el guarro, el pastelito repugnante cabeza de chorlito, iy, más aún, tal como estaba la vida! Entonces nos dimos cuenta de cómo perdimos la infancia y cómo se nos escapaban los días. Eso que Maka había sabido muy bien.

Las cosas pasaban demasiado rápido y cuando las veías desaparecían en la mente. Lo perdimos todo y tratamos de ocultarlo, sólo encontramos más aflicción y, sin embargo, no se necesitaba mucho para calmar a los soldados heridos con las copas y copas y carcajadas y carcajadas de *La Capilla* (nuestro sucucho favorito). Yo jugaba con las vidas y espíritus como si fuesen un juguete. Lo miro todo y me río. Me cago en la pared. Me cago en este cuarto. Me cago en toda la casa. Las calles fueron muros, las baldosas colmillos, los puentes agujeros y los agujeros agujeros y eso lo aceptaría como un gesto necesario, adorando y maldiciendo mi postura de fante petulante. Adorando y maldiciendo. ¿O es que deseaba que me criticaran y ridiculizaran y por eso parecía no parar de hablar todo de todo, opinar, decir y no parar de contar cada anécdota más anecdótica que cualquier otra, que cualquier otra, que cualquier otra?

Pasó otro verano. Carlota tenía un par de amigas. Un par de putitas abnegadas. Contaba que les ponían multas y las llevaban presas. *No hay derecho*, les dije. *Porque uno tiene que ganarse el pan de alguna forma*. Preiss se rió. Carlota decía que eran agradecidas como nadie.

Estaban agradecidísimas con aquella pandilla pringosa y puteril que andaba desesperada en las noches solitarias. Carlota no permitía que nadie se burlara de ellas. Así que Preiss no lo hizo. Y Preiss jugó a los dados, al dominó y a las cartas. Malgastaba el tiempo a cualquier precio. Preiss era *e*/personaje, la verdadera joyita. Rodrigo decía que en mí veía una especie de parodia de Concepción o, a lo menos, la alegre pesadilla. Todos: Jijiji. Después de cada asunto hay tanto que decir. Ahí está el pálido gris de los ojos vacíos de Romina. Las cinco pecas de la nariz respingona de Paula y el vello rubio de sus piernas tostadas. Rodrigo se volvía melancólico. Esa misma velada Rodrigo repitió, una y otra vez, que no sabía en qué maldito sitio había nacido: "No tengo ningún jodido certificado de nacimiento". Preiss, le gritaba: "Pero, Rodri, cómo no vas a tener el jodido certificado de nacimiento". Y Rodrigo: "Mierda, sinceramente, no sé si nací en China, en Guatemala o en el Congo". Y se quedó con la mirada pegada al horizonte. Supongo que sus padres resultaban unos sajones palurdos que no tenían ni el jodido pasaporte. Nuevamente Ernesto viajó a Arica. Ernesto iba y venía de Arica estrujando los pocos pesos del pobre viejo. Ernesto siempre en el aire, perdido en sus ilusiones. Por dos semanas no pude pedirle prestada ninguna película. Mi mano tuvo que buscar en la biblioteca pública y en los negocios de reventa, y saqué a Woody Allen, saqué a los hermanos Coen, saqué a Antonioni. Hace un invierno... miento, hace más de tres años, cuatro años, cinco años salimos a la calle y aseguré que Concepción era una ciudad profundamente provinciana. Preiss reclamó: "Claudio, como siempre, estás metiendo la bomba de napalm en el potito de cada chileno respetable". Nuevamente reímos. Qué será de las amigas de Carlota. Qué será de Maka y de su sonrisa divina y de Ernesto. Un lunes a las ocho de la mañana Ernesto, Romina y yo nos tomamos del brazo y bebimos unas copas de ponche. Ernesto y Romina se despacharon toda clase de diabluras. Esa misma mañana, en

determinado momento, en medio de aquella alegría, Romina me miró, y me di cuenta lo mucho que ella había envejecido, pues tenía veintitrés años y aparentaba bastante más. Romina se había cambiado del departamento a una casa situada en uno de los cerros de Santa Juana. Desde la casa se divisaba por completo el largo del Bío-Bío. Había otras casas alrededor, pero no muy próximas. El invierno pasado, Preiss y Leonardo nos invitaron a la exhibición de una película de oriente y fuimos a verla en masa, juntitos. Rodrigo tenía intención de trabajar en una institución preparando jóvenes para la Educación Técnico Profesional. Rodrigo me habló de la tal Johanna durante dos días seguidos y luego cortó la salmodia. Supongo que poseía su esperanza calculada. Hace más de cinco meses que no veo a Francisca. Hace más de siete años compramos una corona bonita y de buen tamaño para la lápida de Maka, exactamente fue la semana del Jueves Santo de 1999. La última vez que conversé con Preiss, éste temblaba de arriba abajo. Decía que había entrado a trabajar en una gran fábrica y que en otoño salía a cazar conejos con un viejo artrítico, perezoso, encantador, pendenciero y vulgar. Dijo: "Jesucristo, ya no tengo tiempo para nada". Yo le aclaré que no era culpa de Jesucristo. Y que se abstuviera de culpar a alguien si no tenía tiempo para nada. El maldito Preiss tan carismático, tan cara dura y, por lo mismo, nunca estábamos de acuerdo en tales disputas. Me respondió que apostaría cinco mil pesos y un mariscal (en un restaurante de Lengua o de Coronel), a que siempre se podía encontrar el culpable. Ante un argumento tan repugnante ¿qué podía hacer? Carlota se inscribió en un curso de danza y andaba bailando como un trompo. A Romina los años la devastaron emocionalmente, pero continuó siendo una cosita muy mona. Siempre Romina escrutando a Carlota, loca y embobada.

Llamé a la puerta de Ernesto. Larguirucho, abrió en calzoncillos. Tenía los ojos hinchados y parecía incapaz de mantenerse en pie de puro sueño.

Con un escalofrío se rascó las pelotas. Por fin, se quitó las telarañas de los ojos y comprendió enseguida.

Le pregunté:

—¿Quién tiene el pene más grande de Talcahuano?

—Ernesto.

—¿Qué hace el Papa para excitarse?

—Toma benzendrinas y le pega a las mujeres.

—¿Con quien engaña tu madre a tu padre?

—Supongo que con todo el mundo.

—¿La madre Teresita de Calcuta?

—Ninfómana.

—¿Ernesto?

—El rey de las vaginas.

—¿Preiss?

—Matándose con cerveza en la casita de Víctor Lamas en Concepción.

—¿Los animadores de matinales infantiles?

—Homos.

—¿El infante que anima esos matinales?

—Habla cual marica que intenta ocultarlo.

—¿Carlota?

—Lesbi.

—¿Claudio?

—Putero, bocón. Je je je.

—¿La actriz más famosa de Chile?

—Frígida.

—¿Las monjitas del colegio La Providencia?

—Se la tocan.

—¿El galán más exitoso de Latinoamérica?

—Virgen.

—¿Chile?

—La gran mierda.

Lograba ser un cotilleo bastante divertido, fulminante, real. Cada vez que encontraba a Ernesto ahogándose como las ratas, yo lanzaba este discursito, me parecía precioso. Esa tarde él andaba con los ojos vueltos hacia dentro, la espalda curvada y con una sonrisa graciosísima. Con esa sonrisa se lo pasaba trotando de un lado a otro, visitando a viejos amigos con los que podía comer, pidiendo algunas monedas para la bencina de su autito, nunca nadie podría igualar su talento para esto. El talento propio de un hombre de nuestro siglo. Lo confesara o no, el maldito siempre andaba sin blanca, con el último billetito para el almuerzo del día, para la bolsita de té y el paquetito de azúcar. Y por mí, se podía morir. Si lo hubieran visto. El bicho rebosaba vitalidad. Igual que Preiss, cualquiera de los dos podía pasar por administrador de un prostíbulo de medio pelo. Por la noche tendía una cuerda con la ropa lavada. Tenía un espejito en la pared ante el cual se peinaba con una mirada de alivio, ingenuidad ampulosa y bondad. Tomaba su peineta negra y se peinaba y se peinaba, tomaba un trapito y limpiaba sus zapatos, tomaba la escobilla para pasarla por el pantalón. A veces lo admiraba. Otras veces me parecía lamentable. Y, al final, todo se convertía en constante alucinación mientras estábamos despiertos y los dos coreando: *al que no le guste que corra*.

Nos tumbamos de espaldas. Podía oír los grillos allá afuera. Paula aseguró: "Voy a ser una modelo de fama". No contesté. Pasaron los minutos, entonces ella saltó de la cama, levantó las manos hacia el techo y aulló: "¡Voy a ser una gran modelo! ¡Voy a ser verdaderamente grande!" "Está bien", dije, "pero mientras tanto, vuelve a la cama". Ella volvió a la cama. No nos besamos (siempre lo

hacíamos), no íbamos a tener sexo. Me sentía fatigado. Escuché a los grillos allá afuera, entonces se hizo el silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estate quieto.

Aguardé. Ella siguió allí. Sin moverse, alrededor de cinco minutos miró el techo en trance, concentrada. Luego se arrodilló sobre la cama, juntó los párpados y dijo: "He visto el ojo que todo lo ve, acabo de ver al ojo que todo lo ve". Sabía que iba a salir con una de esas. Me levanté y empecé a vestirme.

—¿Qué estás haciendo?

No contesté, seguí vistiéndome. Por una milésima de segundo esto la paralizó, le impidió seguir adelante y la lógica, algo me lo decía, desapareció por completo de su vida. Las vibraciones entre nosotros habían mermado. Me percaté perfectamente bien, si no me engaño, de que algo entre nosotros comenzaba a resquebrajarse.

—Tú no te vas de aquí —gruñó.

—Mierda, me voy.

Saltó sobre mí. Por primera vez me atacaba y yo estaba semidesnudo. Me aparté y ella cayó al suelo, rodó y se quedó tendida. Se encogió. Se acarició un tobillo para aliviar las consecuencias del golpe. Me vestí veloz y pasé por su lado hacia la puerta. La dejé allí. El mundo bullía a mi alrededor. Ella siempre había mantenido la compostura distinguida y agradable. Y, en ese momento, me pesaba verla así. Sabía que la había amado, pero sin darme cuenta ahí se iba parte de mi vida, de mi futuro. Lo vi irse, en cámara lenta como una señal inevitable de la vida. Luego me llamó.

—¿Qué estás haciendo?

—Por favor, amorcito, ahora no.

—No me hables así.

—¿Cómo quieres que te hable?

—¡Mierda, no me hables así!

—Vale.

Cortó. Debo reconocerlo: presentí su semblante vacío, su mirada tan ausente y su extraña sonrisa demacrada. Un hombre debería aprender algo de ciertas cosas. Había llegado demasiado tarde con demasiado poco. Pensé en ella: introvertida, bien criada, tímida, misteriosa, fascinante, una personalidad luminosa. Sin embargo, nuevamente comencé a deprimirme sin poder controlarme, no por una idea en particular, no estaba seguro de cuál era el motivo, pero deducía que tenía que ver con que necesitaba enfrentar una carcajada de despecho o de burla ante la cual no era inmune. ¿O es que las emociones, en ocasiones, debían ajustarse a principios o a actos morales o podían sostenerse en la cordura? Interrogantes en las que yo, en ese momento, no podía pensar de ninguna manera.

Al otro día, a las dos de la madrugada, alguien tocó la puerta.

—¿Quién es?

—Moisés.

Dejé entrar a Ernesto, se sentó y escuché sus primeras mierdosas palabras.

—¿Y el arte? ¿Qué hay con el arte?

—¡Oh, noooo...!

—Mierda, Claudio.

—El arte exige disciplina. Cualquier basura puede perder las pelotas por una falda o con un soberano mamarracho, a las dos de la mañana hablando de arte.

—Maravilloso, no esperaba menos, cabrón —sonrió.

La hora transcurría apacible. Me pregunté: ¿Qué sería de Paula, Preiss o Rodrigo? A Rodrigo le gustaba escuchar música clásica, a Preiss no. Paula solía sentarse en un sofá con las piernas recogidas y hojear una revista mientras el gordito de Leonardo preguntaba por Preiss: *¿Dónde esta Preiss, dónde?, necesito saberlo.* Y ahí estaba yo con Ernesto hablando de aquella mierda. ¿Qué sería de Paula? ¿Qué sería de aquellas lindas chiquillas que leían mis estúpidos poemas en los que hablaba por hablar? ¿Qué sería de aquellas chiquillas ante las que me

negué a confirmar o desmentir cualquier interpretación de mis poemas?, porque en esos poemas no había nada que interpretar, porque no había nada de nada.